

82-9 *Julio 1911*

BARRANTES.

NARRACIONES EXTREMEÑAS.

Contiene esta primera parte:

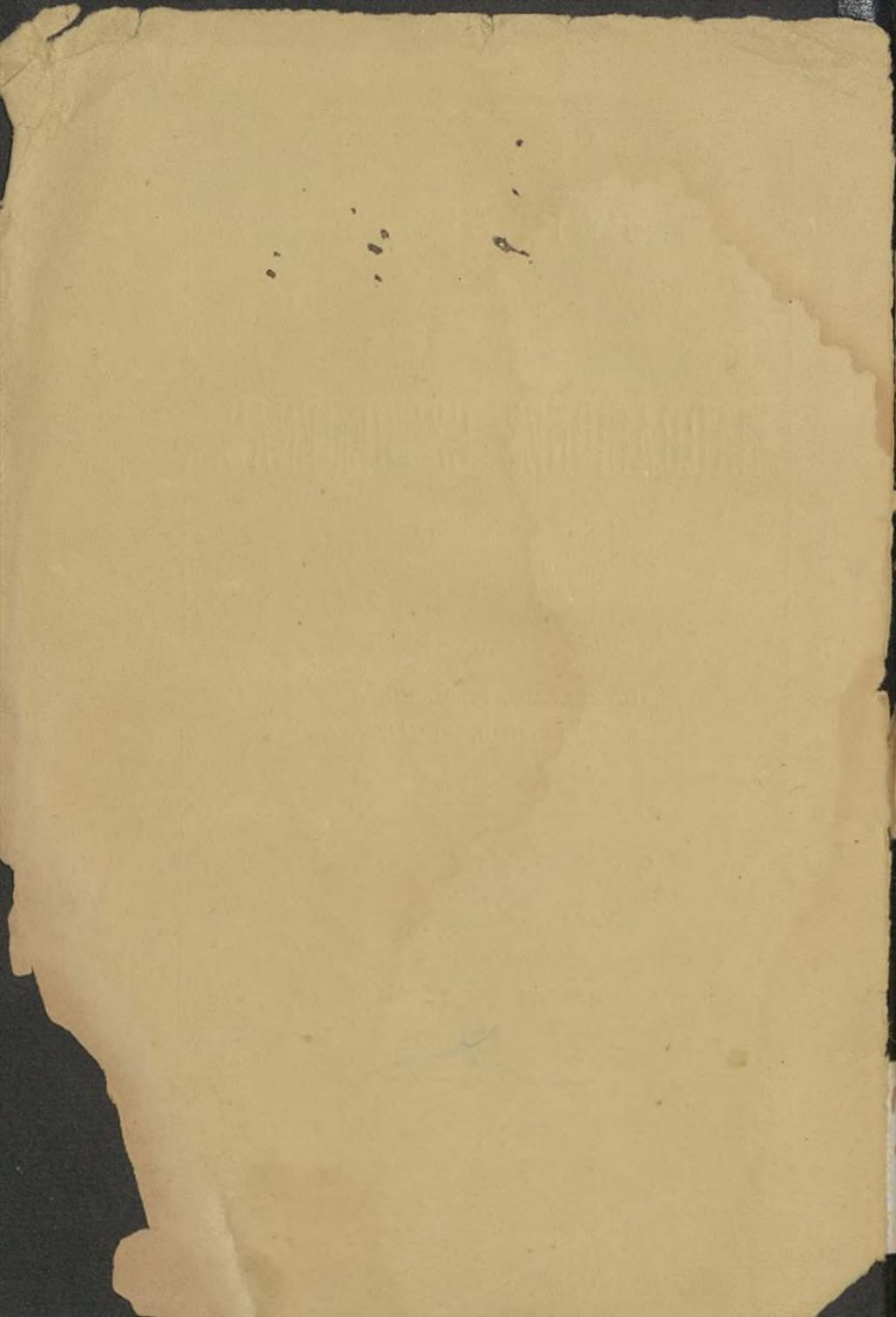
LA SERRANA DE LA VERA.
SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

Precio: Dos pesetas.

15.700

May 1862

715



L47-2391

NARRACIONES EXTREMEÑAS

D. V. BARRANTES.

I.

NARRACIONES EXTREMEÑAS.

4150

NARRACIONES EXTREMENAS.

NARRACIONES EXTREMEÑAS

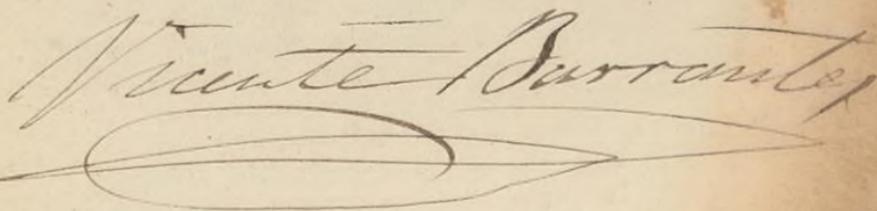
POR

D. V. BARRANTES,

ACADÉMICO DE LA HISTORIA, CRONISTA
DE EXTREMADURA.

Contiene esta primera parte:

LA SERRANA DE LA VERA.
SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

A large, elegant handwritten signature in cursive script, reading "Vicente Barrantes". The signature is written in dark ink and is positioned above a decorative horizontal line that tapers at both ends.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
QUE SE RESERVA TODOS SUS DERECHOS.

NARRACIONES EXTREMENAS

108

D. V. BARRANTES.

ACADEMICO DE LA HISTORIA, CRONISTA
DE EXTREMADURA

Contiene las obras de

LA SERRANA DE LA VENA
SAN PEDRO DE ALCANTARA.

Imprenta de J. Peña. — Olivar, núm. 22.

Á LAS

DIPUTACIONES PROVINCIALES

DE BADAJOZ Y CÁCERES,

en testimonio

DE ACENDRADA GRATITUD,

El Autor.

A LAS
DIPUTACIONES PROVINCIALES

DE BATALES Y CARRERAS

en los términos

DE ACERQUIANA CANTÓN

El Autor.

Constante en mi propósito de popularizar la historia de Extremadura, allegando de paso documentos para ella, que otros escritores utilizarán si á mí la vida ó la fortuna me faltáren, doy principio á la publicacion de una série de monografías sobre puntos concretos de tan curioso estudio, en pintoresca y agradable forma redactadas, para hacer factible su lectura en tiempos no muy dados, en verdad, á los trabajos sérios. Cuando sobrecoje todos los espíritus el crugir de los elementos sociales y políticos de España, que se entrechocan, que se compenetran, que al parecer se disponen á reñir en el tiempo y en el espacio rudísima batalla, destinada seguramente en los altos designios de la Providencia á marcar al país nuevos rumbos y nuevos derroteros al génio nacional, ¡ay! acaso incompatibles con nuestras glorias históricas, y hasta con la paz de nuestras conciencias, educadas en las escuelas del órden moral y religioso bajo las alas de la fé, que nos ha permitido una juventud llena de ilusiones, á nuestros hijos negada; cuando se respira una atmósfera de tribulacion é incertidumbre, como si la sociedad sintiese temblar la tierra bajo sus piés, ni el escritor ni el público pueden

apartar por largo tiempo su mirada de las cosas presentes, para tenderla por los nebulosos horizontes de lo pasado. En tales momentos sólo se presta el oído á los cantos de desesperacion de los Dioses que se van, ó á las mendaces sibilas del porvenir, que aletargan á los pueblos con ponzoñosos desvaríos.

El drama histórico en que nosotros mismos somos actores, y acaso estamos destinados al papel de víctimas, se desarrolla ante nuestros ojos dia por dia y hora por hora, sucediéndose con vertiginosa rapidez sus más graves peripecias. ¿Quién, cándido optimista ó enemigo de su dinero y su reputacion literaria, entrega un árido libro de añeja historia, pobre hijo de cien noches de insomnio y de años enteros de investigacion oscura y afanosa en los polvorientos archivos, quien lo entrega desamparado al coro melancólico que forman hoy las gentes ilustradas, puestas á la linde de la escena como estátuas mudas del dolor y el espanto, sin tiempo para otra cosa que para murmurar sordamente, á cada imperio que se hunde, á cada personaje que desaparece, á cada catástrofe que se verifica, el *sic fata voluerunt* del excepticismo y la degradacion moral?

Así, esperando mejores tiempos, si llegan alguna vez para el hombre de nuestra generacion, tengo por hoy que contentarme con dar vado á mi predilecto estudio en la forma y manera que el estado presente me permite, en pequeños libros y pequeños trabajos, símbolo de la pequeñez que nos rodea, para que pueda el lector echárselos en el bolsillo, donde lleva su conciencia, su periódico favorito y la carta olvidada de su mujer ó su querida; comenzando esta primera parte ó volúmen con dos leyendas que arrojan luz sobre una misma época de misteriosas transiciones sociales y religiosas, algo se-

mejante á la que hemos alcanzado. Tambien los espíritus graves del siglo XVI sentian bullir en el crisol de la humanidad los elementos en fusion de nuevas fórmulas, y tambien asistian á la lucha de la creencia con la duda, de la autoridad con los instintos naturales, del salvajismo con la civilizacion, eterna herencia de los desterrados del Paraiso, cuyo inventario pretendemos hacer hoy para rechazarla, en el momento peor elegido, que es quizás el de mayor vértigo, que registra esa interminable historia de las resistencias humanas á la mision divina.

Toda una síntesis del estado social de Extremadura en el siglo decimosexto, resulta de la contraposicion de esas dos leyendas, cuyos héroes son una mujer bandolera y un santo reformador de la Orden de San Francisco; leyendas ya conocidas del público, y bien quisiera decir estimadas, aunque no en sus desarrollos actuales. Trátase en *La Serrana de la Vera* de presentar un cuadro, más literario que histórico, porque faltan elementos para ello, de la perturbacion moral que produjo en las costumbres patriarcales y medio selváticas de un pueblo pastor, el advenimiento de una civilizacion nueva, que ya cubria con ostentosos ropajes de grandeza material los abismos donde iba á precipitar al mundo. Representada en una mujer hermosa y de vivísimas pasiones, esta circunstancia le dá extraño colorido y melodramático realce.

Leyenda estrictamente histórica y ajustada á la verdad en todos sus puntos, *San Pedro de Alcántara* es la reaccion moral y cristiana que aquella sociedad hacia contra los elementos corruptores de la época, presintiendo la reforma de Lutero y las guerras religiosas de Felipe II. Ambas acciones se desarrollan en Extremadura

y ofrecen puntos de vista curiosísimos y de alto interés histórico.

En la primera leyenda creo hacer un verdadero servicio á las letras pátrias, dando á luz jugoso extracto de una comedia inédita y casi desconocida del célebre autor de *El Diablo cojuelo*, Velez de Guevara, de quien dijo Cervantes con razon, que tenia como dramaturgo mucho tropel, boato y grandeza, que aquí se aquilatan comparando su *Serrana de la Vera* con la otra *Serrana* del mónstruo de natura, Lope de Vega,—que por cierto no le aventaja en esta ocasion, ni apenas le compite.— Ménos literario quizás *San Pedro de Alcántara*, cómo obra exclusivamente mia, lo que por este lado pierde, lo gana en ilustraciones históricas sobre cosas y personas, que interesan grandemente á los amantes de las glorias extremeñas.

Parecerá acaso menguada ocasion ó con torpeza elegida una leyenda biográfica en verso, para estudiar la filosofía de la reforma religiosa que, para hacer olvidar los extravíos del Papado y contraminar la obra de Lutero, emprendió aquella insigne pléyade de varones españoles, desde el cardenal Cisneros hasta Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola; pero confesando la justicia de la acusacion, confesaré tambien que no encontraba en la historia de mi provincia página más á propósito para desarrollar esas ideas, que la vida de San Pedro de Alcántara. Él me parece predestinado por Dios para oponerse al torrente de corrupciones con que la América nos pagó su descubrimiento, y no siendo hoy posible escribir á la larga la vida de un Santo, que nadie leería, he dado á esta poética leyenda, por medio de notas, el desarrollo y la importancia de una disertacion.

Aunque se achaque á las melancolías incurables que padece mi alma el empeño de volver los ojos llenos de espanto desde aquella síntesis á la que el tiempo actual nos ofrece, no puedo, á mi pesar, evitarlo; que descubro allí los elementos del bien más resistentes y decididos á la lucha, más llenos del espíritu de Dios y de viril energía, miéntras aquí, en el siglo XIX, la sociedad se presenta ya como rendida y sin fuerzas, como resignada á la disolucion, é insegura ¡tanto es su escepticismo! de si es un mal ó es un bien. Todas aquellas fuentes de vida se han secado; todas las de corrupcion y muerte han crecido... ¡Contraste desconsolador! Manos hábiles y bien intencionadas atajaban la gangrena social en aquel siglo, que á cada vicio nuevo oponía una virtud reformada ó purificada; pero en el nuestro, infeliz y miserable, nadie acierta á purificar y reformar lo viejo; y si una institucion se nos vicia, si un elemento se nos gasta, lo destruimos á cercen inmediatamente para vivir, como vive hoy el hombre, en la desolacion de las ruinas.

A estas *narraciones extremeñas*, seguirán pronto otras de la misma índole, si el público las acoge con la bondad á que me tiene acostumbrado. *La Imprenta en Extremadura* y *Comedias resucitadas* formarán el segundo volumen, no ménos interesante en mi concepto que el que sale hoy á luz; pues aunque la primera es una disertacion árida y para el lector vulgar, enojosa, como que investiga un punto oscurísimo y desabrido, el de los primeros libros que en aquella provincia se imprimieron, me ha deparado ocasion la fortuna de amenizarla con un epílogo novelesco y singular, que es la historia de un periódico manuscrito, hecho en Cáceres al final de la guerra de la Independencia por un hom-

bre eminente, que despues fué notable revolucionario y ministro de la reina Cristina y Espartero. Infantil em- presa, pero digna de estudio, que demuestra la cándida buena fé de aquellos patriotas.

Lo que falte de apacible y amena lectura á esa diser- tacion, lo compensarán las *Comedias resucitadas*, ya puestas en el telar, como vulgarmente se dice; trabajo exclusivamente literario y bibliográfico, destinado á probar que los pañales del drama español han sido por manos extremeñas tejidos, robusteciendó la tésis de un eminente crítico moderno, con los ejemplos de Romero Cepeda, Micael de Carvajal, Hurtado de la Vera y Luis de Miranda, todos poetas dramáticos del siglo xvi, ver- daderos Lázaros que bajo la vara mágica de la crítica, van saliendo del sepulcro en gloria y majestad.

Y si al final de tan jermiaco prólogo como el presen- te puede el autor permitirse para dentro de un año proyectos literarios, sin hacer lo que en son de mofa llaman los franceses *chateaux en Espagne*, entónces ter- minará sus *Narraciones* con otro volúmen de carácter histórico más general y elevado que los dos primeros, donde se estudie el desarrollo de la poblacion extremeña desde el siglo xiii, y las cuestiones étnicas y antropoló- gicas que esta materia abarca, interesantísima por ha- berla desdeñado los antiguos cronistas y aun los moder- nos historiadores, siendo así que la raza hebrea, la ára- be y la morisca han dejado en aquel suelo profundas huellas de su paso, y que su emigracion forzada, coinci- diendo con la conquista de América, explica el fenóme- no histórico de que una region, desde los tiempos ro- manos eminentemente civilizadora, haya tenido en los modernos que ser civilizada. Allí encajará, como anillo al dedo, la descripcion de las fundaciones extremeñas

en América y en Asia, donde la sangre de nuestro cuerpo social que se quedó aquí exánime ha de verse circular pujante y vigorosa mientras estuvo pura, volviendo luego, por el contacto de otras razas, á sus antiguas condiciones de anarquismo é infundibilidad.

Con esto dejaré pagada, por lo pronto, la deuda de gratitud que para siempre me liga á la noble tierra donde nací, la cual acaba de colmarme de honores y distinciones por el discurso que le dediqué al ingresar en la Academia de la Historia, concediéndome el cargo de su cronista, por primera vez en ella establecido, trayendo á mi tintero una pluma de oro, que por inmerecida me avergüenza, aunque sea de la calidad de mis patrióticos sentimientos, y poniéndome, en fin, bajo la mano sus archivos, donde por regla general han penetrado hasta el día pocos ojos investigadores. Sirvan, por ahora, estos pequeños libros que la ofrezco de muestra de mi gratitud,

Si pueden estas obras, y otras tales,
 Recompensar humanos beneficios
 A humanas recompensas desiguales,

como en caso análogo cantaba un antiguo poeta, y las obras futuras, que dependen de la voluntad de Dios, á él se dejen encomendadas.

V. B.

LA SERRANA DE LA VERA.

LA SERRANA DE LA VERA

LA SERRANA DE LA VERA.

I.

PRECEDENTES HISTÓRICOS Y POÉTICOS.

Hay en la Estremadura alta una tradición popular, que el trascurso de los siglos no ha borrado de la memoria de las gentes, porque la poesía con cinceles de fuego la dejó grabada en ella, y sus monumentos resisten mejor que los arcos de triunfo y los obeliscos á la accion destructora de las estaciones. En esa penumbra nebulosa donde la humanidad eternamente se agita, los tiernos sentimientos, las vagas aspiraciones á lo infinito, que constituyen la parte débil del carácter humano y á la par su poesía, suelen encarnarse mas vigorosamente en la plástica intelectual, por decirlo así, que las manifestaciones enérgicas y viriles, que responden y toman su significacion de la materia, desapareciendo ó trasformándose como ella en tristísima y perdurable metempsicosis.

Es la heroína de esta tradicion una mujer, circunstancia que indudablemente contribuyó á poetizarla y perpetuarla desde los primeros tiempos; mujer hermosísima, que por amores malogrados cobró tal odio

á los hombres, que se hizo salteadora de caminos, y no sólo vencía á los viajeros en sendas lides cuerpo á cuerpo, sino que se los llevaba á su cueva, donde despues de gozar con ellos los placeres sensuales en fúnebre orgía, los asesinaba sin piedad, señalando con rústicas cruces su sepultura, hasta que la justicia de Plascencia puso fin á sus aventuras en la horca. De aquellas rústicas cruces estaba sembrado todo el contorno de Garganta la Olla, pueblo elegido por la Serrana para teatro de sus proezas, y bien elegido por cierto, que aún hoy, en medio de una civilizacion más adelantada, recuerda con todas sus voces á la naturaleza el estado primitivo en que salió de las manos de su Hacedor.

Figúrense nuestros lectores el tragadero de un gigante de peña viva, aquí y allá salpicado de quebradas y canchales, que semejan glándulas, fibras y venas, por donde se derraman delgados cristales ó gruesos torrentes de agua sutil, sombreados por altísimos castaños, extensos nogales y negruzcas moreras, que reclinan sus brazos en faldas de helecho. Los pobres aldeanos, que en unas trescientas casas pegadas á los intersticios de las rocas como nidos de golondrina, labran pedazos de tierra arrancados por el arte á la estratificación de aquel grupo de montañas, que forman la sierra de Tormantos, tuvieron que construir en lo antiguo robustas paredes de sustentacion para que sus labores no se derrumbasen con las avenidas de invierno; paredes que los siglos han destruido y con ellas las artificiales tierras de panllevar, así como los castañares, dejando sumidos en la mayor miseria á los rústicos labriegos.

Confina Garganta la Olla con las aldeas de Jerte,

Cabezuela, Aldeanueva de la Vera, Cuacos, tan famosa en los últimos días de Carlos V, por haber sido mansión de los principales amigos y criados del monarca cenobita, Piornal y Pasaron; pertenece al juzgado de Jarandilla, y dista ocho leguas de Plasencia y media del camino que desde esta ciudad vá al puerto del Pico, atravesando la pintoresca Vera Placentina. A este camino deben seguramente los aldeanos de Garganta el no verse apartados del mundo y en estado salvaje, como sus convecinos de las Hurdes y las Batuecas, aunque no es por cierto la diferencia muy notable, que consiste únicamente en hablar algo mas claro y vestir algo menos al desnudo.

Entre las exquisitas fuentes de su término, que hacen gran papel en la tradicion de la Serrana, como luego veremos, hay una llamada de la Santa, á un tiro de bala de la aldea, mas notable en la antigüedad que ahora, pues solo manaba unos quince minutos al salir el sol, al medio día y al ponerse, en ciertas temporadas del año, y con grandísima abundancia; carácter intermitente, comun á ciertos veneros de la provincia de Cáceres. El de la Santa ya en mucha parte lo ha perdido.

Los romanos, que trazaron con admirable sagacidad nuestras primeras vias de comunicacion y acaso la de la Vera, llamaron á este lugar *ad fauces*, que hemos traducido nosotros literalmente, desde que, á mediados del siglo XIII, una gran sequía con su inseparable compañera la peste, despobló la famosa ciudad de Caparra; pues entonces, buscando los ganaderos de Cáceres abrigo y yerba á sus majadas, se establecieron en Garganta, adonde acudió al punto la ciudad de Plasencia á darles fuero y justicia. En los

siglos medios siguientes estuvo en el condado de Oro-
pesa por título de un mayorazgo, y debió de serles
mas blando el imperio de los condes que el de la ciu-
dad, pues quiso el corregidor de Plasencia restablecer
la jurisdiccion en 1493, y le salieron al encuentro ar-
mados los vecinos de Garganta, trabándose en la lin-
de una verdadera batalla, donde hubieran sacado
mala parte, que el corregidor llevaba una hueste de
los pueblos vecinos, á no acudir en su ayuda don
Francisco de Toledo, hermano de Oropesa, con buen
golpe de criados y gente de armas.—*¡Viva el rey!* grita-
ban los de la ciudad, y los de Garganta *¡Viva el conde!*
que es triste dato para la historia de la administra-
cion pública, por demostrar que en todos los tiempos
ha sido al pais onerosa y detestable.

Tiene Garganta ricas dehesas, que aun hoy forman
bosques impenetrables, como toda la region Vera-
na, por tantos títulos hermosa, incomparable y agres-
te. Apenas se concibe el verla en nuestros tiempos ol-
vidada por los pintores paisajistas, siendo así que
Cárlos V la hizo de moda, eligiéndola para acabar sus
gloriosos dias, y en la literatura pátria pasa por mode-
lo desde hace dos siglos la descripción que contiene
de sus frutas y arbolados un libro famoso, perdido por
sus pequeñas dimensiones, cuyo autor la robó á un
fraile mucho más antiguo, historiador del insigne
convento de Guadalupe; como si la paleta humana
agotára sus colores desde el mismo punto que los
emplea en cualesquiera detalle de aquel hermosísimo
lienzo. (1)

(1) **Amenidades, florestas y recreos de la provincia de**

«Aquí se hallan—dicen á duo los mencionados es-
»crítors—las hermosas camuesas, las buenas berga-
»motas, con todos los demás géneros de peras que
»imaginarse puede. Aquí los olorosos membrillos, los
»duraznos, los melocotones, las olorosas cermeñas,
»las granadas, los endrinos, los albérchigos, los niñe-
»ruelos, los nisperos y madroños, y asimismo grande
»multitud de morales y moreras, que esquilman mu-
»cha seda. Aquí se hallan los victoriosos laureles de-
»dicados á Apolo, y palmas vencedoras; grandes cas-
»taños, altos cipreses, crecidos robles, gruesos loros,
»verdes alisos, amontonados fresnos y altísimos ála-
»mos, donde trepando las parras consagradas á Baco
»desde el tronco hasta su altura, los hermosean con
»sus frutos y frescas hojas, y ellos las sustentan con
»su firmeza.

»Tambien fertilizan este suelo muchas olivas con-
»sagradas á Palas, símbolo de la paz, muchos naran-
»jales con grande abundancia de cidras, toronjas,
»ceoties, limas y limones, con mucha abundancia de
»zamboas y membrillos. Aquí los avellanos, los que-
»jigos con su flor como de peral, que nacen en las

la Vera alta y baja en la Estremadura, con un tratado...
compuesto por D. Gabriel Azedo de la Berrueza, natural de la villa
de Xarandilla.—Madrid, por Andrés García de la Iglesia, 1667,
en 8.º

Desgraciadamente, el autor, que goza grande fama entre los
hablistas por su descripción de los arbolados de la Vera, plagió
descaradamente á Fr. Gabriel de Talavera, autor de una **His-**
toria de Nuestra Señora de Guadalupe, impresa en 1397,
como puede verse pormenor en nuestro **Catálogo de los libros**
que tratan de Estremadura, pág. 312.

»aberturas de los peñascos de los montes. Aquí los
»nogales, enebros, ojeranzos, los acerolos, los perejo-
»nes, las serbas, los castaños y robles. Aquí los incor-
»ruptibles tejos de encendida y maravillosa madera,
»por criarse al desembarazo de los cierzos más frios,
»acomodan también para esculturas, camas y escrito-
»rios. Aquí las trepadoras hiedras abrazadas con los
»muros, donde los pajarillos esconden sus nidales y
»cantan sus canciones, pasando en silencio otra gran-
»de multitud de árboles y plantas que la vecindad del
»agua produce y engendra, con otros infinitos géneros
»de yerbas medicinales y odoríferas flores, que adorna-
»nan y enriquecen el suelo de esta amenísima provin-
»cia, siendo sus campos hermosos jardines, donde na-
»turalmente, sólo con la agricultura del cielo que la
»labra, se crían hermosas flores, odoríferas rosas,
»castas azucenas, cárdenos lirios, peonías, tulipanes,
»y de águila campanillas.

»Cógense á racimos las violetas, á montones los
»claveles, y los jacintos á puños. Aquí los arrayanes
»dedicados á Venus, las murtas, los paraísos, las re-
»tamas, los jazmines y naturales claveles que se to-
»pan en los campos; que trasladado todo á los claus-
»tros de los jardines, los enriquecen y hermocean...
»Es la tierra de su naturaleza tan viciosa en criar ár-
»boles y plantas y en llevar frutos, que muchos años,
»cuando los inviernos no son demasíadamente rigu-
»rosos, se ven muy de ordinario florecer segunda vez
»los árboles por el otoño y llevar segundo fruto, que
»se coge á vuelta de Navidad... Véñese también á su
»tiempo en las vides juntamente fruto maduro, en
»cierre y en agraz...»

Igualmente la poesía, quizás por boca de uno de

esos mismos escritores, el Sr. Acedo, antepasado del conde de la Cañada, tan famoso en la administracion y la literatura de Cárlos III, cantó las bellezas de la region placentina, en un romance dedicado á la retirada de Cárlos V á Yuste, diciendo en bello y poético tono:

Yace en la valiente España
Un gran pedazo de tierra,
Dulce olvido de los hombres
En la Vera de Plasencia:
Suelo de tanto deleite
Que acreditára á un poeta
Que fingió el Eliseo campo
A decir que fué en la Vera.
Aquí el temerario invierno
De lástima ó de vergüenza
Del campo siempre florido,
Dentro en sus huertas se encierra.

Este, pues, campo Eliseo de la alta Estremadura, poético retiro de frailes jerónimos, de emperadores cargados de gloria, y de almas, en fin, con el mundo desavenidas, lo fué de aquella mujer singular, cuya naturaleza selvática, por una especie de reaccion misteriosa sobre sí misma, volvió al estado salvaje á impulso de dulcísimas pasiones, que es extraña contradiccion, pero frecuente en el humano espíritu. Los que han podido estudiar en los paises intertropicales la perturbacion que causa á la inteligencia la lucha entre el estado primitivo y la civilizacion, que allí constituye la vida social, no juzgarán por cierto inverosímiles los frecuentes casos análogos que la Espa-

ña del siglo XVI presenta. Como destemplada por los sacudimientos nerviosos de una época de violentas transiciones, la naturaleza fluctúa entre la luz y la sombra, y ora tiende enérgica y decidida sus alas por las regiones esplendentes de la nueva vida, ora trémula y sombría se replega á las regiones oscuras donde su infancia ha corrido, no solo por la atracción impelida del *nihilismo*, tan simpático á la materia, como por el resplandor espantada de los nuevos focos que la deslumbran. Así se explica el barniz bárbaro que toman las grandes pasiones en los siglos medios; así la aureola de luz y sombra que embellece á las grandes figuras de la historia popular, mitad bandoleros, mitad héroes; y así la vida monástica, que con irresistible imán atraía á los claustros una sociedad entera que, despues de asistir á la tremenda lucha de principios antitéticos, de elementos irreconciliables, y para combatirse desencadenados, buscaba no tanto el reposo del espíritu, como el objetivo permanente é invariable de la creencia. Así quizás podrian tambien explicarse los delirios filosóficos de los tiempos que alcanzamos, poéticos pero insanos retiros de la inteligencia, cansada de volar sin otra luz ni otra guía que su propio instinto por el tiempo y por el espacio.

En la mujer, mas delicada, mas frágil, mas fogosa y ardiente en sus pasiones, toma ésta que podriamos llamar perturbacion de los tiempos un carácter extrañísimo. Para sacudir las ligaduras que el estado social la impone, consumida de tédio en la soledad de su caseron feudal, ó solitaria sin amante ni esposo en la aldea cuyos vecinos se han ido en masa á la guerra, no halla otro arbitrio que emular al hombre y dispu-

tarle palmo á palmo el teatro de su actividad, el cláustro, la batalla, la conquista, el galanteo, la aventura, el crimen rara vez, mas amenudo la cátedra y la ciencia. Análogas causas sociales producen, pues, á Santa Teresa, á la Sigea, á doña Luisa Carvajal y á la Monja-alférez. Lucrecia Borgia es el tipo absoluto, descarnado, del triunfo completo del mal en esta lucha de luz y sombra: ángel por la materia, demonio por el espíritu.

II.

La Estremadura del siglo XVI fué una region excepcional entre todas las de España y aun pudiera decirse que las del mundo. Las dos grandes corrientes civilizadoras de la Iglesia y de la guerra se habian desbordado, por decirlo así. Los Corteses, los Pizarros, los Vasco-Nuñez, los Sotos, arrastraban á Ultramar al cebo de la gloria y de las riquezas dos terceras partes de la poblacion viril, mientras á la restante, devorado su espíritu por la sed de oro y de lucha, la esteva se le caia de la mano cada vez que la campana llamaba al templo á oír la palabra propagandista del fraile, convidando á la guerra santa y á la destruccion de los infieles, ó al reposo y la meditacion, en brazos de un Dios que juzgaban unos implacable y vengativo, y otros infinitamente amoroso y misericordioso. Los campos estaban yermos y solitarios. En las ciudades crecia la yerba. Desnudos y sin educacion alguna, los niños vagaban por los egidos confundidos con los ganados, ya hechos silvestres, y siendo como ellos pasto de perros y de lobos. Mérida, que habia podido dar un contingente de 80.000 hombres á las últimas guerras de los reyezuelos moros, en el *Censo de poblacion* que se hizo en 1530 figura con mil dos-

cientos quince vecinos, de los cuales poco más de la mitad eran pecheros. En esa misma época, Badajoz, que había tenido á su alrededor, como campamento de un ejército que de Portugal le defendía, quince ó veinte arrabales populosos, solo conservaba uno, el de Telena, y ese ya casi despoblado y moribundo (1).

En los silos no había grano, en los hornos no había pan, en los hogares no se encendía lumbre, y era rara la mujer que al despertarse á media noche, sentía caliente y ocupado su lecho conyugal.

Para mayor dolor, á las guerras santas del moro y de la conquista de América, donde el pueblo pedía tréguas á la Providencia divina para restañar las heridas de la primera y robustecerse para la segunda, habíalas precedido la mayor y mas calamitosa de las guerras, la civil, ora por los maestrazgos de las Ordenes de caballería, ora por las lindes de los señoríos, ora por los bandos en las ciudades, ora, en fin, por la corona de Castilla entre los partidarios de la Beltraneja é Isabel la Católica. De suerte que un escritor coetáneo, testigo presencial de tantos horrores, como secretario y capellan del famoso D. Alonso de Monroy, tipo de los guerrilleros feudales que se reproduce invariablemente en todas las guerras civiles de España, había podido decir con espantosa sencillez, que en el último tercio del siglo xv *no se cogió pan ninguno y el que se cogió fué puesto en fortalezas para la guerra* (2). A seguida so-

(1) **Descripcion de la ciudad de Badajoz, que fué cabeza de reino.** (Ms. de mi propiedad.)

(2) **Traduccion que hizo Alonso Maldonado sobre los cinco libros de Apiano Alexandrino De las guerras ceu-**

brevinieron la conquista de Canarias, las dos pestes de 1506 y 1507, la sublevacion de las Comunidades en 1521, el descubrimiento de las Américas y las desastrosas campañas de Cárlos V.

En esa misma familia de los Monroyes, simbolo del estado social del país, hallamos un tipo de mujer, que es á la media civilizacion de las ciudades de aquel tiempo, lo que la Serrana de la Vera al salvajismo completo de los campos: doña María de Monroy, llamada la *Brava* en las historias de Salamanca.

Tráenle á su casa dos hijos, muértos en mala lid por los caballeros Manzanos; desde el último peldaño de la escalera los contempla tendidos en el zaguan, sin derramar una lágrima, y como sus matadores se hubiesen refugiado en Viseo de Portugal, temerosos de a venganza de la madre, corre ésta allá una noche seguida de algunos deudos, pone cerco á la casa, por viva fuerza la toma, y cuando al tumulto acude la justicia portuguesa, ya trae la feroz viuda cortadas por su propia mano y en un saco metidas las dos cabezas de los alevosos mancebos, que viene en pleno día á depositar sobre la tumba de sus hijos en San Francisco de Salamanca. ¡Sangrienta hecatombe del amor maternal, que deja el corazon helado! (1)

les, intitulada y dirigida á D. Alonso de Monroy, maestro de Alcántara, con la vida y hestoria del m. i. s. Don Alonso de Monroy, maestro de Alcántara. (Memorial histórico de la Academia, t. vi.)

(1) Gil Gonzalez y Dorado, en sus *Historias de Salamanca*, hacen memoria de este suceso terrible; pero lo pinta con todos sus detalles un historiador de la familia, el abogado de Plasencia

Sucesos tales no parecían en su tiempo extraños, ni destacaban mucho en el cuadro social, ni con negras tintas: por eso y por su misma frecuencia no los cantó la poesía popular tan gallardamente como la Serrana de la Vera lo fué en el romance, espejo fiel de los sentimientos públicos, y al teatro sacada, nada menos que por Lope de Vega, el mónstruo de natura, y por Velez de Guevara, el autor de *El diablo cojuelo*. Claro es que sus hazañas, ó digase en puridad sus crímenes, que solo por ser obra del amor pudieron parecer hazañas, superaron á cuanto en la mujer concebía la imaginacion de los poetas del siglo xvii, á todo lo grande y maravilloso acostumbrada. Su mismo galan dice en el acto último de Lope á los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que vienen á prenderla:

Es un alarbe en la vida.

¡Alarbe! No podía en el siglo xvi usarse expresion mas gráfica, ni mayor encarecimiento.

Sólo á la rareza del libro de las *Amenidades* puede atribuirse que no figuren los romances de la Serrana en nuestros Romanceros, con tanta mas razon quanto que sobre ser muy pintorescos y bastante bellos y pulidos bajo el punto de vista literario, eran populares en tiempo de Lope, y áun hoy, en las noches de invierno, al amor de la lumbre, donde salta la castaña y chirria en el asador la carne de javalí, los cantan á

cia, Gil de Ocampo, en su *Informacion sumaria del noble y antiguo linaje de Monroy*, manuscrito de mi propiedad, que tambien existe en la Biblioteca nacional.

sus nietos algunos ancianos de la Vera, truncados y desconocidos. Aquel libro, por fortuna, los ha conservado en su originalidad primitiva, y nosotros no nos cansaremos de reproducirlos para enriquecer el pobre caudal de la poesía popular extremeña:

LA SERRANA DE LA VERA. (1)

Allá en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana,
Blanca, rubia, ojimorena.
Trae el cabello trenzado
Debajo de una montera,
Y porque no la estorbára
Muy corta la faldamenta.
Entre los montes andaba

(1) También inserta Azedo una variante de poquísima importancia en lo sustancial, y de menor belleza poética. Por el estilo debió componerse medio siglo después del otro romance, cuando ya asomaban los Carrillos y Góngoras. HeLa aquí:

Allá en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana
Blanca, rubia, oji-morena.
Rebozada caperuza
Lleva, porque así cubierta
Su rostro nadie la viese,
Ni della tuviese señas.
A lo galante el vestido
Con tanta gala y destreza,
Las basquiñas enfaldadas
Montes sube y montes trepa.
Sus cabellos destrenzados,
Con los arcos de sus cejas
Flechas arrojan al aire,

De una en otra ribera,
Con una honda en sus manos,
Y en sus hombros una flecha.

Tomárame por la mano
Y me llevara á su cueva:
Por el camino que iba
Tantas de las cruces viera.

Atrevíme y preguntéle
Qué cruces eran aquellas,
Y me respondió diciendo:
Que de hombres que muerto hubiera.

Esto me responde, y dice
Como entremedio risueña:
—«Y así haré de tí, cuitado,
»Cuando mi voluntad sea.»

Y el aire las flechas vuela.
Sus hermosos ojos negros
Saltean como ella mesma,
Pues si ella quita las vidas,
Ellos matan y dan penas.
Con una flecha en sus hombros
Saltando de breña en breña,
Salteaba en los caminos
Los pasajeros que encuentra.
A su cueva los llevaba,
Y despues de estar en ella
Hacia que la gozasen
Si no de grado, por fuerza.
Y despues de todo aquesto,
Usando de su fiera,
A cuchillo los pasaba
Porque no la descubrieran.
Muchas hacinas de muertos
Se hallaban por allí cerca,
Ya de brutos destrozados,
Y ya comidos de fieras.

Dióme yesca y pedernal
Para que lumbre encendiera,
Y mientras que la encendia
Aliña una grande cena.

De perdicès y conejos
Su pretina saca llena,
Y despues de haber cenado
Me dice:—«Cierre la puerta.»

Hago como que la cierro,
Y la dejé entreabierta:
Desnudóse y desnudéme,
Y me hace acostar con ella.

Cansada de sus deleites
Muy bien dormida se queda,
Y en sintiéndola dormida
Sálgome la puerta afuera.

Nunca las fieras temió,
Antes, como si lo fuera,
Por su reina entre ellas mismas
La levantan y respetan.

Con una piedra á la barra
Tiraba con tal destreza,
Que ninguno la ganó
Por muy tirador que fuera.

Era muy grande y pesada,
Que solo para moverla
Aun parecia imposible,
Cuando á ella muy ligera.

De su casa se salió
Y habitó en aquellas sierras,
Solo por no la dar gusto
En un empeño que intenta.

Quiso casarse con quien
Sus padres se lo reprueban,
Y como desesperada
Se fué á vivir con las fieras.»

Los zapatos en la mano
Llevo porque no me sienta,
Y poco á poco me salgo
Y camino á la ligera.

Mas de una legua habia andado
Sin revolver la cabeza,
Y cuando mal me pensé
Yo la cabeza volviera.

Y en esto la ví venir,
Bramando como una fiera,
Saltando de canto en canto,
Brincando de peña en peña.

—«Aguarda, (me dice) aguarda,

»Espera, mancebo, espera,

»Me llevarás una carta

»Escrita para mi tierra.

»Toma, llévala á mi padre,

»Dirásle que quedo buena.»

—«Enviadla vos con otro,

«O sed vos la mensajera.»

Debía de ser muy popular este romance en el siglo xvii, pues Lope y Velez de Guevara copian á la letra algunos de sus versos, como veremos adelante.

III.

Arderán nuestros lectores, como nosotros, en deseos de adquirir datos más menudos y categóricos de las aventuras de la Serrana de la Vera. ¿Quién fué aquella mujer singular? ¿Qué estraños lances de amores la arrastraron á tan estrema desesperacion? ¿Cómo acabó su vida borrascosa? Hé aquí preguntas que desgraciadamente nadie puede contestar en términos claros, que echó el tiempo velos misteriosos sobre esta parte de la tradicion, y la misma poesía popular, tan atrevida y desenvuelta, no ha sabido ó no ha podido levantarlos, como si hubiera sellado la boca del pueblo una mano poderosa para que no pronunciára nombres propios, ni en detalles históricos se entremetiera. Veamos si la poesía dramática, que para dar cuerpo y forma á sus personajes necesita de otros atrevimientos y goza fueros mayores, nos permite aclarar lo que los romanceristas callaron, aunque en puntos de historia y de verdad no sean los poetas, ni menos Lope y Velez, testigos de abono.

Hay que resolver primero una cuestion literaria—cuestion prévia, que hoy se diria—por estremo importante. *La Serrana de la Vera*, del Fénix de los inge-

nios, se público en 1617 (1), y la del autor de *El diablo cojuelo* lleva la fecha de Valladolid, 7 (sic) de 1603 (2). ¿Cuál se escribió antes? En nuestra opinion la de Lope, que debió serlo en el último año del siglo xvi, á par con el *Blason de los Chaves*, que, como es sabido, está firmada en 20 de agosto de 1599, en la casa de campo de los condes de Chinchon, y es verosímil que al ocuparse en los estudios genealógicos de aquella noble familia extremeña concibiera el ilustre poeta la idea de *La Serrana*. Demás que los respetos que guarda, ocultando cuidadosamente los nombres de los personajes, enlazados sin duda alguna con las principales casas de Plasencia, Trujillo y Cáceres, prueban que escribía muy cerca de sus descendientes y con temor de afrentarlos. Por eso desfigura la tradicion en lo mas importante, mientras Velez, en quien no obran esas consideraciones, la sigue mas servil, descubre el

(1) En la sétima parte de sus comedias, que lleva este titulo: —**El Fenix de España, Lope de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio.**—Sétima parte de sus comedias. Con loas, entremeses y bailes.—Dirigidas á D. Luis Fernandez de Córdoba, Cardona y Aragon, duque de Sesa, etc.—Año 1617. Con licencia. En Barcelona, en casa de Sebastian Cormellas.

(2) El manuscrito autógrafo, quizás primer borrador, se conserva en la biblioteca del señor duque de Osuna. A la fina amistad del Sr. D. Mariano Zabalburu, secundada por el inteligente bibliotecario mayor de la casa, Sr. Salvá, debemos el haber examinado el autógrafo de Velez con mas detenimiento que hasta ahora lo ha hecho escritor alguno.

Sabido es que el baron de Schak, erudito aleman de inolvidable recuerdo para nosotros, en su excelente **Historia de la literatura y arte dramático en España**, dió noticia de esta comedia, hasta entonces desconocida, y seguramente inédita, del autor de **El diablo cojuelo**, y que nuestros escritores la pu-

apellido del galán, y si yerra en la época y en otros accidentes, como quien no vió papeles fidedignos, ó al vez quiso contrariar á Lope, conserva en cambio mas color local, y dá, por consiguiente, á su accion mas verosimilitud. La circunstancia de estar tachado el desenlace en el manuscrito de Velez, quedando manca la obra, la de no haberse representado, al parecer, siendo en nuestro concepto muy superior á la de Lope, y otros detalles que luego podrá el lector apreciar, arguyen asimismo la sospecha de que hubo interés muy poderoso en que el público no supiera que habia sido ahorcada la *Serrana*, puesto que recaía por mas de un concepto sobre familias principales tal deshonra.

Así, pues, en cuanto á la alteza de los personajes nos parece Lope el más seguro texto, y en cuanto á la exactitud de la accion, Velez: con la extrañísima

sieron en duda, hasta el punto de haber prohibado el ilustre compilador de Lope en la **Biblioteca de Autores Españoles**, una nota en que se dice, que hallándose ya citada una **Serrana de la Vera** en el indice ó catálogo que puso en su **Peregrino el Fénix de los ingenios**, y ésta inserta en la parte VII de la coleccion antigua de Lope, ésta y no otra debiera de ser la que en la biblioteca de Osuna atribuye Schak á Velez. Pero años despues el mismo autor de la nota prohibida por el Sr. Hartzembusch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, en su notabilísimo **Catálogo del teatro Español**, premiado por la Biblioteca Nacional, ha corregido su yerro, dando señas exactas del manuscrito de Osuna, como la de estar firmado por Velez en Valladolid en 1603, y dedicado á la famosa cómica Jusepa Vaca.

En desagravio de unos y otros, añadiremos que los primitivos bibliotecarios de la ilustre casa de los Girones tambien atribuyeron á Lope esta **Serrana** de Velez, segun nota puesta en el manuscrito, que sin duda no habian examinado por dentro.

circunstancia, que dentro de esta hipótesis se comprende muy bien, de que el primero nos parezca más exacto que el segundo en lo que toca al tiempo y á las relaciones que unen á los personajes entre sí.

○ Finge Velez su accion en el reinado de los Reyes Católicos, ántes de la guerra de Granada, el primer acto; y el final, en los dias justamente en que murió en Salamanca el principe D. Juan, antigüedad que contradice el estilo del romance de la Serrana, que aunque se escribiera algo despues de su aventura, nunca seria cien años más tarde, que es la diferencia que el estilo marca, pues para la poesia popular toda accion en tan largo plazo irremisiblemente prescribe, y si el que conocemos fuera variante de romance más antiguó, nó lo dejaria de descubrir algun toque, algun rasgo, alguna palabra siquiera. ¿Por qué cometió Velez, sin duda alguna á sabiendas, este anacronismo? ¿No seria intencional, para que menos se lastimasen los interesados en la historia de la Serrana? Tanto más fundada nos parece esta suposicion, cuanto que Lope, en cambio, seguro de que callando los apellidos y suavizando la accion habia de evitar áquel escollo, dá señas de los personajes muy circunstanciadas.

Del amante de la Serrana, pregunta Fulgencio á Fíneo en el acto primero:

D. Cárlos, ¿no es aquel de Talavera
sobrino de un obispo *ya difunto*?

Obispo *ya difunto*; fijémonos bien, que parece referirse Lope á suceso reciente y á persona de notoriedad pública. ¿Qué obispo de Plasencia puede ser este,

ligado con las principales casas de la alta Extremadura? No pudo ser otro que D. Gutierre de Vargas y Carvajal, hijo del famoso Francisco de Vargas, del consejo de los reyes Católicos y su alcalde de corte, magistrado tan sagaz, inteligente y activo, que por él dijo la voz pública lo de *averigüelo Vargas*, en testimonio de que delito que él no descubriera quedaba impune. Fueron el alcalde y su esposa doña Isabel de Carvajal, trujillanos, y estaban, por consiguiente, con las principales familias de Plasencia, Talavera y Cáceres emparentados. En cuanto al obispo, alcanzó por diverso estilo celebridad no menor que su padre, por haber fundado en la cabeza de su diócesis colegio de la Compañía de Jesús, después tan fecundo en ilustres discípulos, bajo la advocación de santa Ana y san Vicente mártir; y en término de Trujillo el convento del Berrocal, dotando ambas fundaciones con pingües rentas. En su palacio de Plasencia se ponía mesa diaria para 300 pobres, y otras que tal en Cáceres y Trujillo; y finalmente, por imitar en cierto modo á Carlos V, se hizo á sí propio juicio de residencia antes de morir, para lo cual, retirándose á su palacio de Jaraicejo, echó pregones por la diócesis, que los que se sintieran por sus providencias agraviados le demandasen al tribunal que nombró al efecto, en quien tenia depositada una gran suma de dinero para indemnizaciones (1). Placiase mucho en su retiro de

(1) Teatro de la santa iglesia de Plasencia, por Gil Gonzalez Davila. (Tomo 2.º del Teatro eclesiástico de España).

Jaraicejo, porque allí educaba en letras y santidad á su sobrina, la famosa poetisa extremeña, doña Luisa de Carvajal y Mendoza, que tantos tormentos habia de sufrir por el catolicismo en Inglaterra á los pocos años (1); y muerto en Jaraicejo en 1599, fué traído á la magnífica capilla que los Vargas acababan de edificarse para enterramiento de familia en San Andrés de Madrid.

Ahora bien, este obispo tenia muy próximo deudo con las condesas de Torrejon y Chinchon, probablemente hermanas, y Chaves y Carvajales por mas de una línea. De la primera consta que era nieta doña Luisa de Carvajal, con que ya vislumbramos claramente el lazo entre *El blason de los Chaves* y *La Serrana de la Vera*, y podemos, sin recurrir al manuscrito de Velez de Guevara, sospechar que era un Carvajal el amante ó seductor de la dama foragida,

Sobrino de un obispo ya difunto.

En todas las historias extremeñas, y aun en las de España, menudean los Carvajales copiosamente, y á D. Carlos nos lo pinta Lope tan enlazado con todas las familias ilustres del contorno, que en la escena

(1) **Vida y virtudes de la venerable virgen doña Luisa de Carvajal y Mendoza, su viaje á Inglaterra y sucesos en aquel reino**, por Luis Muñoz. Madrid, 1632, en 4.º Esta ilustre poetisa y mártir fué hija de D. Francisco de Carbijal, que murió de corregidor de Leon, y de doña María de Mendoza y Fajardo, hermana del marqués de Almazan. Su tia, doña Maria Chacon, madre del arzobispo de Toledo, la introdujo en palacio,

segunda del acto segundo resultan parientes suyos el capitán Andrada y D. García, y hasta la misma Serrana también resulta más adelante su prima, y se dice que los ódios encendidos entre estas dos casas ván á ser *destrucción de Plasencia* nada menos. Conspiran, pues, estas indicaciones á hacer verosímil la hipótesis de que la salteadora y su galán tocaban muy de cerca á los Carvajales, cepa y tronco de las familias extremeñas más poderosas, por cuyo respeto la tradición no ha conservado nombres propios, ni Lope tampoco. Efectivamente, en nueva confirmación de ella, Velez, de tales trabas desligado, desde el primer momento nos revela que el seductor de la Serrana fué el capitán D. Lucas de Carvajal, que aparece también emparentado con otros personajes de su comedia, incluso el jefe de la santa Hermandad, don Juan de Carvajal. Parécenos que con esto queda ya el misterio de los nombres propios bastante aclarado.

Respecto á la época, nuestras suposiciones pueden acercarse más á la verdad. Desde las primeras escenas de Lope, hallamos descrito así al rey:

Cárlos el santo, que es espada y fuego
Del moro en la defensa del cristiano;

según refiere el P. Francisco de Peralta, jesuita, rector del colegio de los ingleses de Sevilla, en *Carta* sobre la muerte de doña Luisa, que con el *Sermon* predicado por el P. Juan de Pineda se publicó en aquella ciudad en 1614. Véase, pues, que tenían los poetas razones muy poderosas para mostrarse circunspectos y reservados.

Y aunque sean calificativos para Carlos V singulares, que mejor cuadran á sus antepasados de la dinastía nacional española, en el acto siguiente vemos que dice tambien el capitán Andrada:

Y pues que vos, D. Garcia,
Sois letrado y sois soldado;
Pues el estudio dejado
Fuisteis con el duque á Hungría,
Y en Túnez visteis mil cosas
De la milicia mejor
Que tuvo el Emperador
En sus jornadas famosas.

Con que ya vemos claramente qué Carlos el Santo es el César austriaco, nieto de los reyes Católicos. La jornada de Hungría se verificó en 1532. En Extremadura tuvo mas eco que en otras provincias, porque el duque de Béjar y de Plasencia, D. Francisco de Sotomayor Zúñiga y Guzman, se hallaba en una gran cacería con la flor de la nobleza extremeña, cuando recibió la noticia *de la guerra del turco*, y todos sus comensales incontinenti resolvieron acompañarle en verdadera cruzada caballeresca, como cantó Pedro Barrantes Maldonado en sus *Trovas de Alemaña*. (1)

(1) Papel suelto gótico de ocho fojas en 4.º á dos columnas cuyo único ejemplar se conserva en la biblioteca del señor conde de Campo Alange. Lleva la siguiente cabecera:—**Las trovas siguientes hizo Pedro Barrantes Maldonado estando en Alemaña en la guerra del Turco en loor de los españoles; con un romance en que recuenta la súpita y muy valerosa partida del Ilustrísimo señor duque de Béjar, de la cual habla el romance.**

Ahora bien: en la comedia de Lope, hay galanes todavía enamoradizos, que asistieron con el duque en la jornada, y el padre de la Serrana y de su hermano, difunto ya, al parecer, también había asistido; con que la escena debe figurarse entre 1540 y 1550; es decir, en los últimos años del imperio de Carlos V, antes de su retirada á Yuste. El reinado de los Católicos, en que la pone Velez, es á todas luces insostenible.

Finalmente, respecto á la calidad de la Serrana hay razones poderosas para que nos inclinemos á Lope, que la hace ilustre y placentina, mientras Velez de Guevara le dá por padre á un rico labriego de Garganta la Olla. No era en el siglo xvi la seducción de una villana mancha que oscureciera los timbres de un mancebo noble, que aun se tenia por loable aventura, más acaso que en nuestros tiempos; y el hecho de haber acabado en la horca la triste doncella, sin que á través de los siglos pueda averiguarse ni aun su nombre, dá á entender que este es el que mas importaba cubrir, éste el infamado por el suplicio. Leonarda la llama Lope, y Gila Velez. Distanto Plasencia ocho leguas de Garganta la Olla, parecerá inverosímil que se fuera allá la Serrana á los que ignoren que la comunidad placentina tenia en término de este último pueblo una gran dehesa llamada las Regaderas, la mas montuosa y selvática de la sierra de Tormantos.

Es, en resúmen, lo mas verosímil que de la tradición popular y de los monumentos literarios podemos inferir, que hácia los mediados del siglo xvi, una ilustre doncella placentina, mal criada y varonil por todo extremo, que mas se cuidaba de halcones y li-

bros de caballerías que de rezos y oficios mujeriles, fué con amor ó sin amor, atropellada por un mancebo de los Carvajales, por cuya ofensa determinó de ejercer en todos los hombres venganza y exterminio; y como era ágil y forzada y diestra tiradora de flechas y escopeta, no le escapaba ningun viajero á quien su mala fortuna conducia por el camino de la Vera, saciando además con ellos sus violentísimas pasiones de mujer, en una cueva ó cabaña donde moraba sobre inaccesibles vericuetos. La circunstancia de ser el lugar que eligió de los mas hermosos del mundo, por haber agotado allí el pincel de la naturaleza sus colores; la de ser hermosa y quizás enamorada aquella foragida; la de poner sendas cruces sobre las sepulturas de sus víctimas, donde venia tal vez á rezar por ellas á la madrugada con la hermosa cabeza y los rizos cabellos caidos en actitud de sauce tembloroso, y finalmente, el trágico desenlace de su historia en un horrible patíbulo, fueron parte á enamorar al pueblo, que siempre de todos los fanatismos, de todas las poesías y de todas las grandes desgracias se enamora. ¡Qué violento, pero qué bello contraste con Carlos V, que acabó por aquellos dias en otra soledad hermana y próxima su carrera de emperador como un santo! ¡Como debió herir la imaginacion de los rústicos labriegos placentinos, que á la sombra de aquellos castaños selváticos, en impenetrables y

Agrestes gargantas,

Dulce olvido de los hombres,

habian pasado largo siglo como fuera del mundo!

Para que el lector juzgue por sí mismo si vamos

IV.

LA SERRANA DE LA VERA.

COMEDIA DE LOPE.

Comienza la acción en la feria de Plasencia, disfrazadas Leonarda, Estela y Teodora en hábito de serranas, con sus cestos de frutas y flores al brazo, por un amoroso discreteo entre las tres sobre la falsedad de los galanes, en que hace punta Estela por lo redomada y descreída. Hé aquí cómo se expresa:

Hoy con habernos vestido
de serranas de la Vera,
vereis si hay hombre que quiera
que no tenga amor fingido.
No digo, Leonarda, yo
que tu don Cárlos te engaña,
que faltará amor de España,
y de sus entrañas no.
Ni creo que don Rodrigo
sea falso con Teodora;
pero que veréis agora
la verdad de mi enemigo,

y como vecinas viendo,
que lo sois, que se me abrasa
mi casa, de vuestra casa
iréis el daño advirtiendo.

Salen á este punto los tres galanes respectivos,
que ruando por la feria se topan con las fruteras gar-
ridas.

D. Cár. Dadnos de hablaros licencia.

D. GAR. Que son serranas recelo,
más del cielo, que del suelo
de la Vera de Plasencia.

LEO. ¿Hablais conmigo?

D. GAR. Con vos,
que á esos ojos matadores
quiero comprar mil amores.

LEO. ¿Mil amores?

D. GAR. Si por Dios.

LEO. ¿Cómo sabeis que esta tienda
tiene esa mercadería?

D. GAR. Donde hay luz, serrana mía,
¿quién ha de ignorar que encienda?
¡Tienda mis ojos!

LEO. ¡Pues no!

D. GAR. ¿Y qué es lo que vendo?

LEO. Antojos.

D. GAR. ¿De qué?

LEO. De los mismos ojos.

D. GAR. ¡Yo antojos!

LEO. No, sino yo.

D. GAR. Pues si los teneis, hidalgo,
¿por qué los comprais en mí?

- D. GAR. Por hallarme agora aquí, que es donde perdido salgo.
(*En otro grupo.*)
- D. CÁR. No seais, serrana, esquiva;
vendedme un favor siquiera.
- EST. Si hecho alguno tuviera
yo os lo vendiera, así viva.
- D. CÁR. Que no sabeis que es favor
colijo de la respuesta.
- EST. ¿Qué vale?
- D. CÁR. Conforme cuesta.
- EST. ¿Qué es favor?
- D. CÁR. Gusto de amor.
- EST. ¿Amor es gusto?
- D. CÁR. Si es justo.
- EST. ¿Qué es amor?
- D. CÁR. Quererse dos.
- EST. Pues si yo no os quiero á vos
aquí no hay amor ni hay gusto.
- D. CÁR. Todo será comenzar;
queredme y gusto tendreis.
- EST. ¿Luego ya vos me quereis?
Mas debeis de burlar;
que no es posible que un hombre
pueda tan presto querer.
- D. CÁR. Serrana, siendo mujer
para amaros basta el nombre.
- EST. ¿Qué á todas generalmente
por ser mujeres quereis?
- D. CÁR. Sí, amiga.
- EST. Muy bien haceis,
pues amor os lo consiente.
¡Triste de la que se fia

- D. CÁN. de uno solo! Y con razon.
(*En otro grupo.*)
- ROD. ¿Quereis oír mi razon?
- TEO. Decid.
- ROD. Mas basta ser mia
Para que no la escucheis.
- TEO. ¿Qué es lo que quereis decir?
- ROD. Lo que no quereis oír.
- TEO. Pues, hidalgo, no os canseis,
que como no hemos vendido
lo que á Plasencia traemos,
por la feria andar queremos.
- ROD. ¿Y qué es lo que habeis traído?
Que yo os lo quiero comprar,
y á esas serranas tambien
estos caballeros.
- TEO. Bien;
todos nos quereis burlar.
- ROD. Descubrid la cesta á ver.
- TEO. ¿Compraréislo?
- ROD. Si por Dios.
- GAR. Y nosotros á las dos,
si hay algo que nos vender.
- LEO. Paso, no lo descubrais.
- GAR. ¿Qué vendeis?
- LEO. Un corazon
de un galan.
- GAR. Mal galardón,
y como halcon me tratais.
¿Mas qué hizo el desdichado
que le vendeis?
- LEO. Ser traidor

- CÁR. Y vos, ¿qué vendeis?
EST. Señor,
yo vendo un gusto forzado.
ROD. ¿Y vos, ojinegra?
TEO. Yo,
vendo unos papeles.
ROD. Bueno.
TEO. Que un cierto amante al sereno
soñó, pensó y escribió.
GAR. De veras, ¿vos qué traéis?
LEO. Unas naranjas traía.
GAR. ¿Agrias?
LEO. Todas, á fé mia.
GAR. Vuestra condicion vendeis;
pero tocadlas (1) y al punto
serán dulces.
CÁR. Vos, amiga,
¿qué traéis?
EST. ¿Quiere que diga
fruta?
CÁR. Eso es lo que pregunto.
EST. Camuesas.
CÁR. ¿Qué desabrida
fruta!
EST. Pues así soy yo.
ROD. ¿Traéis vos algo?
TEO. ¿Pues no!
ROD. Descubridlo por mi vida.

(1) Trocadlas, en el original.

TEO. Flores, así Dios os guarde.
ROD. En fin, esperanzas son.
EST. Baste la conversacion,
que no compran y es muy tarde.

Al postre cada galan compra una cosa á una serana, sin conocerlas, dándoles en pago joyas que de ellas mismas habian recibido como amantes. Jáctanse del hecho á deshora, ausentes ya las fruteras, y por eso el final de esta preciosa escena no es tan cómico como podia. Averigua despues el gracioso Galindo, á costa de unos cuantos cintarazos, como suele acontecer, que son damas disfrazadas; dícelo á sus señores, y sospechando el percance, ván todos á buscarlas por la feria.

En la escena siguiente hallamos ya una descripcion de Leonarda, que nos la ofrece por heroina de la comedia. Fulgencio cuenta á Fineo, que viene de la córte, lo que ocurre en Plasencia, como si digéramos las novedades de la poblacion.

FINE. ¿Está buena Leonarda?
FULG. ¡Ay suerte mia!
FINE. ¿Con suspiro?
FULG. ¡Ay de mí!
FINE. Señal me ofrece
ese suspiro de pasion por ella.
FULG. No ha hecho el cielo aquí cosa tan bella.
Es Leonarda un espejo en que se mira
el valor de Plasencia.
FINE. Si es Leonarda
por quien agora vuestro amor suspira,
no pongo duda que será gallarda.

FULG. Sin eso os digo que su talle admira,
y hasta la envidia enfrena y acobarda.
¿No viste ninfas de alabastro hechas?

FINE. Amor en piedra romperá las flechas.

FULG. Es un poco robusta de persona;
pero hermosa y gentil, que mas bizarra
no la hay desde Paris á Barcelona,
ni desde Transilvania hasta Navarra.
Es una nueva Hipólita amazona;
juega las armas, tira bien la barra,
y con el arcabuz, sin verse cómo,
pasa desde la vista al blanco el plomo.
Sube á caballo, y con las fuertes piernas
de tal manera los talones bate,
que menos tú le riges y gobiernas
con el duro bocado y acicate.
Tiene obras graves y palabras tiernas
con que apenas hay vida que no mate;
para nieve en efecto era estremada,
porque es muy blanca y en extremo helada.
Los hombres estimó toda su vida
por cosa de vil precio y accesoria;
pero esta nieve y piedra, enternecida
hoy ha dado al amor rica victoria.
¿Quiérete bien?

FINE.

FULG.

¡Ay cielo! está perdida.

FINE.

¿Por tí?

FULG.

Por un don Carlos, cuya historia
hoy romperé, si puedo, y podré creo
con un engaño y tu favor, Fineo.

El plan de Fulgencio es enemistar á D. Carlos con
D. Luis, hermano de Leonarda, que está recién llega-

do de la corte á hacer las informaciones para un hábito que el rey le ha concedido. Pónelo desde luego por obra, dando á entender á D. Luis en la escena siguiente, que la envidia le suscitará obstáculos en su negocio.

¿Quién hay que de ella se libre?

dice filosóficamente el hermano de la Serrana, y le replica el traidor Fulgencio:

Yo conozco un caballero
que emparentaba con vos,
y hoy nos ha dicho á los dos
que es contra vos el primero,
y aun á serlo nos incita;
pero sabemos muy bien
quién sois, y lo que él tambien
con su engaño solicita.
Que porque ha dado en querer
á Estela, y salirse fuera
de la voluntad primera
que tuvo á cierta mujer,
os ha hecho mal nacido,
y habla mal en vuestro abuelo.

Luis. Castigo venga del cielo
en hombre tan fementido.

¿Es D. Carlos?

Fulg. Yo no os digo
quien es; eso, pues, os toca;
miradlo y callad la boca.

Luis. ¡Ah, D. Carlos, falso amigo!

Por cierto que en esta escena hay toques de caballeridad é hidalguia muy valientes.

FULG. Sin nombre os digo que un hombre esto ha hecho contra vos.

Luis. Decís el hombre los dos ¡y estais encubriendo el nombre!

Todo temor es villano,
quien le tiene poco medra.

Ya que tirásteis la piedra,

¿para qué escondéis la mano?

Cárlos fué quien me ofendió,

y este decírmelo, ha sido

que á los dos os ha ofendido,

y quereis que os venga yo.

Y al marcharse, dice al paño á su criado:

Húndase el mundo primero

que lleve un hombre de bien

palabras á nadie.

El traidor no desmaya por eso, que enseguida se dirige á D. Cárlos, con igual treta:

¿Venís triste?

CÁR. ¿Cómo así?

FULG. Con esta nueva mudanza
de don Luis.

CÁR. ¿Es ironía,

por ver que de su alegría

la mejor parte me alcanza?

FULG. ¿Disimulais?

CÁR. No lo entiendo.

FULG. Dar don Luis vuestra Leonarda

- CÁR. á otro hombre ¿no os acobarda?
¡Qué alegre me estoy muriendo!
Sin duda que con sangría
me quiso matar amor,
que no sintiendo dolor
el alma se me salía.
¿Don Luis, Fulgencio, concierto
casar con otro á su hermana?
- FULG. ¿Fama de cosa tan llana
no ha entrado por vuestra puerta?
Despues que esa cruz le dieron
tan grave con ella está,
que dice que no os la dá
por cosas que le dijeron
pasando por Talavera,
de donde sois natural.
- CÁR. Si enemigos hablan mal
amigos buscar pudiera.
Yo soy noble conocido,
de cuatro abuelos hidalgo,
y él no sé si topa en algo
aunque la cruz ha traído;
la que ¡vive Dios! que ponga
tan tarde al pecho, que vea
que no hay bien que se posea,
que envidia no descomponga.
Seré el primero que diga
cosas... pero basta así:
que hablando en él hablo en mí
y mi propio honor me obliga.

Con razon dice Fulgencio á su amigo y cómplice
Fineo, al salir del teatro:

Ya de mis engaños ves
que ramas y flores crian;

pues en la escena siguiente encontramos ya á los dos hermanos departiendo sobre el suceso, que se ha hecho público, llenos de enojo. El carácter de Leonarda empieza á dibujarse con valientes rasgos.

LEO. ¿Con Estela trata amores
y ha jurado contra tí?

LUIS. Si, Leonarda.

LEO. ¿Cómo si!

LUIS. Sufre, vuelve en tí, no llores.

LEO. ¿Qué es sufrir ni llorar tanto?
Si los ojos con la injuria
muestran agua, es ira, es furia,
que no procede de llanto.

Y mas adelante con sus amigas, que acuden á pedirle satisfacciones, pues ya la bola de nieve de la calumnia ha rodado por toda Plasencia, se muestra mas clara aun su condicion bravía.

LEO. ¿Qué dices, Teodora?

TEO. Espera.

Que en tus fuerzas confiada,
arrogante de la espada
más que Alejandro pudiera,
no mirando que á mujer
conviene el aspa y la rueca,
que la que esto deja, trueca
su condicion y su sér,
¡te atreves á liviandades

- con tus amigas!
- LEO. ¡Qué bien!
¡Pues tú, Teodora, también
me riñes y persuades!
Tiéneme á don Carlos ya
Estela como á marido,
¡y á reñirme habeis venido!
No me habéis, quitáos allá.
- EST. ¡Qué bien has disimulado
el tener á don García,
á quien han dado este día
el parabien de casado!
Pues aunque mas fuerte seas
no le gozarás, traidora.
- LEO. ¡Hola, Avendaño!
- CRIBADO. (*Entrando*) ¡Señora!
- LEO. Quiero que tu engaño veas.
Cierra esa puerta, y por Dios
que han de ver aquestas damas
que soy hombre.
- EST. ¿Paces llamas?
Miedo tienes de las dos.
- LEO. Eso de miedo me agrada.
Vereis, si á las manos vengo,
que en vosotras dos no tengo
para la primer puñada.

La esposicion es tan confusa y desmañada, que á las veces se necesita el hilo de Teseo para penetrar en aquel laberinto de intrigas y bachillerías, formado por las tres damas, los tres galanes y una multitud de personajes secundarios.

Acaba torpemente el acto 1.º, apaleando á D. Rodri-

go, en la creencia de que es D. Carlos, los criados de D. Luis, á pesar de la palabra que éste habia empeñado á su hermana de no tomar resolucion alguna hasta tenerla con su madurez bien consultada. Ella con razon, al empezar el acto segundo, le acusa de fementido en un enojoso discreteo.

LUIS. No hay entre hermanos palabra,
y así no hay honra que obligue.

LEO. ¡Oh! ¡Qué el cielo te castigue
y hasta la tierra se abra!
¿La honra puede faltar
de ninguna parte, siendo
las manos que están ciñendo
el mundo?

LUIS. Cesa de hablar;
que yo en verdades me fundo,
que lo demás es donaire.

LEO. ¿No ves que la honra es aire
en que se sustenta el mundo?
Y como no puede estar
ningun cuerpo sin aliento,
la honra es el elemento
con que se ha de respirar.

LUIS. ¿Luego si te diera yo
un bofeton, ó tú á mi,
era caso de honra?

LEO. Sí.

LUIS. ¿Siendo tu hermano? Eso no.

LEO. ¿Cómo no? ¿Nunca has oido
que su padre al Cid mordió
un dedo, cuando intentó
que le vengase ofendido,

y le dijo:—«A no ser padre
»os diera en esta ocasion.

»Laynez, un bofeton?»

LUIS. ¿Y eso quieres que te cuadre?

LEO. Loco, rapaz, atrevido,
pues afrentabas á un hombre
que tuvo á lo ménos nombre
de tu hermano y mi marido,
si algunas prendas tuviera
con que fuera ley forzosa
casarme con él, ¿qué cosa
remediar tu error pudiera?
¡Buenos quedáran por Dios
nuestros padres, con un yerno
afrentado.

Leonarda toma con este enojo la peregrina resolu-
cion de irse al monte, sin descubrir, por cierto, ó sin
abrigar acaso la que despues la hizo tan renombrada
y temida.

LEO. Yo no he de estar en Plasencia
mientras esto se averigua.

.
...Las botas me he calzado,
la saya corta que ves,
que honestamente los piés
muestra deste y de aquel lado.
Esta espuela, este sombrero
son para irme al monte.

LUIS. Tente,
que en ocasion tan urgente

- es crueldad.
- LEO. Allá te espero.
- LUIS. ¿Sin tí me dejar, Leonarda,
en tan estraña ocasion?
- LEO. No espere mas galardón
quien mal la palabra guarda.
¡Hola!
- AVEND. (*Entrando.*) ¿Señora?
- LEO. ¿Está ya
ensillado el Andaluz?
- AVEND. Sentido está de la cruz.
- LEO. ¿Puede salir?
- AVEND. No podrá.
- LEO. ¿Y el Rosillo?
- AVEND. Está clavado.
- LEO. ¿Pues qué ensillan?
- AVEND. El Tordillo.
- LEO. ¿Con qué aderezo?
- AVEND. Amarillo
sobre cuero de venado.
- LEO. Dáme, Avendaño, la espada.
- AVEND. Cuchillo de monte habia.
- LEO. No es, Avendaño, este día
para guarnición dorada (1).
- Luis. Mira, hermana...

(1) Esta escena tan vigorosa, tan pintoresca y dramática, decae grandemente por un error fisiológico de Lope, que hace á su dama, en medio á tales arrebatos de pasión, ocuparse en cosas menudas é inverosímiles. ¿Daria gusto así á los mosqueteros

LEO. ¡Qué es mirar!
Hombre eres.

LUIS. Adios.

LEO. Adios.

¿Quién va allá?

CRIADO. Nosotros dos.

Toma estribo.

LEO. ¿Qué es tomar?
¿Será nueva maravilla
subir sin él?

CRIADO. ¡Gran blason!

LEO. Basta que toque el arzon
para ponerme en la silla.

LUIS. Espera.

LEO. No puedo mas.

LUIS. Óyeme.

AVEND. ¡Cólera fiera!

LUIS. Veréte partir siquierá.

LEO. ¡Adios, casa!

LUIS. ¡Al fin te vas!

del teatro, al necio vulgo que le hacia hablar en necio algunas veces? Es mas que probable.

A punto de montar á caballo, se vuelve Leonarda á los criados, preguntándoles:

¿No hay mochila?
Criado. Ya está enviando Camila
lo que has de llevar allá.

Leo. ¿Qué llevo?

Criado. Un gentil jamon
de Alcántara.

Leo. ¿Con qué hambre
lo dices! Y ¿qué hay fiambre?

¡Donosa observacion, en boca de una mujer y en tal momento!

Ese *jadíos casa!* tan enérgico y tan propio, muestra claramente el propósito de Leonarda, no bien desarrollado en toda la escena, que parece escrita con demasiada precipitación, y sin comprender el partido que de sus situaciones podía sacarse.

La que sigue á ésta es por todo extremo peregrina: Como si dijéramos debajo de la presidencia del capitán Andrada, júntase un tribunal de honor, para fallar sobre el punto que trae á las más nobles casas de Plasencia divididas. No ménos lo aparécen las opiniones. Hay quien piensa que lo hecho con D. Rodrigo es traicion, y disertase largamente sobre las calidades que distinguen á la traicion de la alevosia. Hay, por el contrario, quien sostiene que el afrentado es D. Carlos, porque á él iban dirigidos los palos que D. Rodrigo recibió; y por último, hay quien proponga para concertar los pareceres desagraviando á las familias, que Leonarda case con D. Rodrigo, en pena de haberle afrentado su hermano, á lo que se oponen Fulgencio y Fineo, autores de la discordia, dando por disculpa el primero una que recuerda el juicio de Salomon:

Hágolo, si no lo entiendes,
porque es don Carlos mi amigo.
Si es afrentado por Dios
y si el casarse es remedio,
¿qué ha de partirse por medio
y casalla con los dos?

A solas ya el galán de Leonarda con su criado Galindo, aprendemos que éste le entregó una carta de su amo en el momento en que montaba á caballo la

amazona, y siguese dibujando con gran vigor el carácter de ésta.

CÁR. ¿Has sabido en qué paró
el enojo de Leonarda?

GAL. Jamás de ardiente bombarda
colado hierro salió

entre el polvorin y el taco,

como de su boca allí

salió un—«Véteme de aquí,

»desvergonzado vellaco.»

CÁR. ¿Luego no tomó el papel?

GAL. ¿Qué es papel? A estarme quedo

creo que en palos y miedo

te trujera el porte del,

porque alzando la baqueta

con que el caballo regia,

sino se empina, hoy tenia

lindos guantes la estafeta.

CÁR. ¿Qué es caballo? ¡Triste yo!

GAL. Tú tienes gentil despacho.

Vestida de marimacho

con seis podencos salió,

un azor y dos criados,

que Avendaño y Carpio son ,

á un tordillejo brion

batiéndole los costados.

CÁR. ¿Dónde?

GAL. Tres leguas de aquí ,

hácia Garganta la Olla,

y no sé qué de una polla ,

capon y jamon oí ;

de donde vengo á entender

que hará más que noche allá.

-
- CÁR. Galindo, ensilla Jazmin.
GAL. ¿No vas armado?
CÁR. ¿A qué fin?
GAL. ¡Ah! Que vas en la demanda
del gigante Fierabras.
CÁR. Anda, loco, que es mujer.
GAL. Yo del monte he de volver
con linda leña detras.

Abandonemos á las otras damas, envueltas en su diabólica intriga, que enmaraña más y más el capitán Andrada, queriendo obligar á Estela á casarse con D. Rodrigo, sin respeto á cierto abrazo que Teodora habia de éste recibido en público, y dando ocasion á que la agraciada, con una sutileza propiamente femenina, crea á piés juntos ya el enredo de Fulgencio, y crea que D. Luis, de acuerdo con D. Rodrigo, para zafarse del compromiso de casar á su hermana con D. Carlos, imaginó el arbitrio de los palos, donde surge otro punto de honor que aparta de la intriga á don García, mensajero del capitán Andrada, exclamando noblemente:

Digo
que don Luis y don Rodrigo
serán incendio este día
de su pátria y de su honor.
Yo de todo alzo la mano.

Abandonemos, pues, este laberinto, algo mas semejante al de Creta de lo que parece, pues cuando por

la negativa de Teodora se rompen las paces que con tanta dificultad el tribunal de honor habia concertado, y ponen los caballeros mano á la espada, riñendo dos á dos, cátrate que, en vez de Minotauro, aparece en medio del laberinto, ¿quién creerán nuestros lectores? Nada menos que un leon, que tenia en su casa cierto D. Fadrique (al parecer el duque de Béjar), y que atraviesa la escena con toda la magestad de un rey de las selvas; como si el poeta se propusiera dar á tan grave personaje una participacion muy directa y fundamental en su intriga, en lo que por cierto erraria quien lo creyese.

Dejemos, pues, á Plasencia alborotada con el leon, y trasladémonos á Garganta la Olla de un salto, no mayor que los que dán á menudo los personajes de Lope, donde Leonarda se entretiene en la caza dealcon, y habiéndosele perdido de vista este fiero animal, que solo se oye el cascabel tras una zarza, le dá señuelo Avendaño con el consabido *hucho*, *huchooo*, y aparecen como al reclamo el traidor amante Fulgencio y su inseparable y débil Fineo, que traen la noticia del casamiento concertado con D. Rodrigo, no sin que Fulgencio haga de las suyas, sembrando nueva cizaña de este modo en el alma de la cazadora:

Este concierto es traicion,
y á gran peligro te pones.
Que don Rodrigo por dar
satisfaccion á su honor
dió el sí, y díjome el traidor
que te pensaba matar
en viéndote en su poder
con veneno, porque adora,

como sabes, á Teodora,
porque ha de ser su mujer.

Los criados procuran calmar el enojo de la feroz doncella, y hallan muy prudente la traza del casamiento.

AVEND. No pudo hacer mi señor
cosa mas honrada.

LEO. ¡Calla!

AVEND. ¿Pues cómo vivir podia
en Plasencia?

LEO. No viviera,
que á Flandes irse pudiera.
ó como su padre, á Hungría.
Basta que á un hombre perdi
á quien solo quise bien,
y que quiere darme á quien
apenas el rostro ví.
Pues no ha de ser de esa suerte.
Hola, Avendaño.

AVEND. ¿Señora?

LEO. Volved á Plasencia agora,
y con nuevas de mi muerte.
Decid allá que he caido
de un risco con el caballo.

AVEND. No me atreveré á contallo,
ni á ser tan mal recibido.

CARPIO. Ni yo por Dios.

LEO. Pues villanos,
daréos de cuchilladas.

AVEND. ¿Desto, señora, te enfadas?

LEO. Pues ya conoceis mis manos.

Toma el acto desde aquí el tono entre bucólico y caballeresco, que tan admirablemente usaba Lope, y de que Cervantes nos ha dejado modelos inimitables en su novela inmortal. Verdaderamente, sin acudir á la literatura romancesca, que á la sazón dementaba todas las imaginaciones, teniendo acaso en el mismo emperador Carlos V su tipo real y viviente, no acertára el ingenio mas peregrino á hacer comprender al público la brusca trasformacion del carácter de Leonarda, que á solas, ya en el bosque, dá rienda suelta á su furioso dolor, en un romance muy bello.

Claro cielo, sol hermoso,
agua, viento, fuego y tierra,
verdes enebros armados,
pardos riscos, blancas peñas;
murmuradores arroyos
de mis lastimosas quejas,
ecos que las vais doblando
con las sílabas postreras;
á todos, como testigos
de mi voluntad sin fuerzas,
hago juramento y voto
de no volver á Plasencia;
de vivir entre estos montes
en las mas cóncavas cuevas,
entre los silvestres gamos
y entre las cabras montesas;
de aborrecer á los hombres
y de tratar con las fieras;
de salir á los caminos
y hacerles notable ofensa;
de matar y de herir tantos

que haya por aquestas cuestras
tantas cruces como matas,
tanta sangre como adelfas;
de vestir de sus despojos,
y de ser en esta sierra
una esfinge mas cruel
que la que escriben de Tebas.

Aparece el amante, llenando tambien los vientos de quejas en tono de Petrarca, ora en sonetos rotundos, ora en quintillas preciosas, que recuerdan la *Diana Enamorada* de Gil Polo, cada cual respirando por la herida que han abierto en su pecho las traidoras palabras de Fulgencio; pero ella, mas dura que las peñas que la rodean, apenas si dá oidos á su galan, y le corta la palabra en términos muy dramáticos, despues de apuntar la trasformacion que ha sufrido su naturaleza selvática.

Ya es tarde por vida tuya,
que mujer desengañada
es grande furia la suya;
no hay ave del nido echada
que así de los hombres huya.
No es bien que tu pecho ame
para juntar con su nombre
el que tan limpio se llame,
una mujer que es medio hombre,
y un hombre que es medio infame.

.
Entre estas peñas tambien
viviré por penitencia
de haberte querido bien,

y no volveré á Plasencia
aunque mil muertes me dén.

CAR.
Mirad, mi bien, que os estimo
sobre cuanto el cielo ha hecho;
don Luis, señora, es mi primo;
para la cruz de su pecho
yo he sido el mejor arrimo.
A mí me han dicho que él fué
quien mi nobleza infamó.

LEO. No hables más.

CAR. ¿Cómo podré?

LEO. Hombre que tan mal habló
para siempre mudo esté. (*Váse.*)

CAR. Esa palabra te doy,
y de no hablar mientras viva,
pues tan desdichado soy.

Sale el criado á reunirse con su señor, y le encuentra mudo como una estatua. Escena cómica de mucho efecto. Estas quintillas son las mejores del drama.

GAL. Fuése airada y fugitiva;
temblando, señor, estoy.
Déjala, vaya entre fieras;
malas espinas la pasen
aquellas plantas ligeras;
malos barbechos la abrasen
del trigo que está en las eras.
Mal áspid, mal alacran
muerda sus blancos tobillos,
y sus piés, que huyendo van
por retamas y tomillos,

vayan por pez y alquitran.
Vuelve, señor, á Plasencia.
¡Ah señor! ¿No me respondes?
¿Callas? ¡Linda impertinencia!
¿Por qué tu rostro me escondes?
¡lréme? ¿dásme licencia?

.
Quiero en Garganta la Olla
pedir un conjurador,
ó traer de allá un dotor
que le saque de la cholla
este frenesí de amor.

No desmerece esta bella escena á las de D. Quijote y Sancho. Acaso es anterior la de Lope, y la recordó Cervantes al pintar la figura que hacia el caballero de la Triste, dando zapatetas entre las breñas y jarales, para que su escudero pudiese informar á Dulcinea de las locuras que por ella quedaba haciendo. Mucho, pues, convertido en tronco, permanecería el amante de la Serrana, á no aparecer el famoso leon escapado de Plasencia, que viene á tenderse mansamente á sus pies, como si fuera un martir en el circo romano. ¡Estraña antítesis! ¡Capricho sorprendente de un poeta medio pagano y medio divino! Toda una época de transicion social y literaria está simbolizada en estos rasgos, que á un mismo tiempo recordaban al pueblo español, frailuno y caballeresco, las *Actas de los mártires*, las églogas de Sannazaro y los romances de Angélica y Medoro.

Cierra D. Carlos la jornada segunda con éste, gemelo del de Leonarda:

Voto y juramento hago
de que á Plasencia no torne,
hasta que Leonarda diga
que mi firmeza conoce.
Viviré en esta montaña
entre animales feroces,
y será mi compañía
este rey de los mayores.
Diréle mi pensamiento,
que desdichas tan enormes
con bestias se comunican,
que no son para los hombres.
Iremos juntos de dia
á cazar por esos bosques,
y donde nos venga á hallar
juntos tendremos la noche.
Véngate, Leonarda, bien,
que esto merece el que pone
en el viento su esperanza:
vientos siembra y llanto coge.

Valientemente comienza el último acto con una escena de los bandoleros Ircano, Ausonio y Galicio, que ya cuentan horrores de la Serrana. Aunque muchos refiere la tradición popular, parécenos en este caso por todo extremo exagerada la pintura. Héla aquí:

- Aus. No pienso que es mujer, sino demonio
que entre aquestos romeros y jarales
quita mas vidas que costó la Cava.
Irc. ¿A dónde dicen que primero estaba?
Gal. Un villano me dijo que en Plasencia,

- y que es de gente principal nacida,
y que por ciertos pleitos hizo ausencia,
y anda en el traje de varon vestida.
- AUS. Cólera de mujer sin resistencia
es fúria, es áspid; quitará la vida
á cuantos de Toledo y Talavera
pasen á Estremadura por la Vera.
Si no la viera que en aquestos riscos
con cada cuerpo muerto cruces pone,
creyera ser demonio.
- GAL. Como apriscos
de ovejas, mil cadáveres compone.
- IRC. Entre estas murtas, brezos y torbiscos
ya puede ser que tantos amontone,
que pueda competir con la matanza
cuanto la márgen de este cerro alcanza.
- GAL.
Si parte, si destroza, si desmiembra
hombres, por ódio que á los hombres tiene,
buscar otro remedio nos conviene.

Cuando vuelve á encontrarse el galan, mudo por voto, con ella medio salvaje ya y respirando sangre, la escena es en alto punto dramática. Leonarda sale persiguiendo á otro pasajero al claro del bosque, donde los bandidos acaban de robar á D. Carlos la escasa ropa que le cubria. Trae ella la mas extraña que pueda imaginarse. «*Capote de faldas, faldon de pellejo de tigre, y montera de lo mismo, zapato y polaina, espada en tahali y arcabuz.*» (Así debian vestirla las comediantas de Lope.) El viajero perseguido ha soltado la capa, como José huyendo de la esposa de Putifar, con que la embaraza para matarle. Apercibe ella al galan; le

desconoce; le apunta, en desquite de la otra presa que se le escapa; pero tiembla instintivamente su mano. Son sus palabras como de loca. Por su desnudez le cree fugitivo del lecho de Estela, y ora le reconviene amorosa, ora le insulta ofendida, ora se le ofrece brava para guardar á Estela, si tambien anda por el bosque. El, mudo siempre y cabizbajo, escribe en la arena mientras ella habla, y luego huye. Leonarda en tences lee:

Aquí dice.—«No hablaré
mientras no me des licencia.»

Y mas delante:—«A Plasencia
no he vuelto, ni volveré.»

Aquí dice:—«Unos ladrones
me robaron.»—¡Ay de mí!

Basta, que el traidor así
dió respuesta á mis razones.

La escena, repetimos, es bellísima, y en ella una mediana actriz arrebataria al público moderno, que tanto se place en los poéticos antitesis de la locura de amor.

Encomendándose á Dios pasa otro viajero por el camino. Leonarda le asalta. Es de Plasencia, y á Plasencia vá. Por él toma lenguas de la ciudad. Quiere prender á su hermano, porque le atribuyen la muerte de D. Carlos, que ha desaparecido. Tambien contra él ha puesto D. Rodrigo carteles de desafio. Teodora no quiere casar con éste. De Estela se dice que está retraida en una alqueria. Los celos y arrebatos de Leonarda suben de punto. Sus sospechas se confirman. Del lecho de Estela venia D. Carlos indu-

dablemente, pues le acaba de hallar desnudo y fugitivo.

Una circunstancia muy dramática complica la situación. Trae el viandante de Talavera el retrato de un galán que pretende á Teodora; muéstraselo, y á Leonarda se le ocurre pegarle un balazo teniéndolo él en la mano. ¿Es reminiscencia de Guillermo Tell? Curiosa sería. Afortunadamente, el viajero se escapa, mientras ella monologuiza sus dislates, y pasan á la sazón dos mujeres del pueblo, Bartola y Lucía, ésta en cinta, como decían los romanos y decimos nosotros (por cierto que Lope usa la palabra *chichon*, peregrina para el caso), que así la ha puesto un jayan desalmado que le niega su débito. La situación, que chispea de gracia y desenvoltura, se hace quijotesca de todo punto, empeñándose Leonarda en enderezar aquel tuerto. Las villanas tiemblan de miedo y quieren escaparse.

- BAR. Señora, luego volvemos;
déjenos ir, por su vida,
- LEO. ¡Cómo! ¿Que os deje? Esperad.
- LUC. Luego volveré en verdad:
déjenos ir, si es servida.
- LEO. ¿No sabéis que yo nací
para agravios deshacer
de mujeres?
- LUC. Es mujer,
cumpre con quien es así.
- LEO. ¿Quién es aqueese villano,
ese que no te cumplió
la palabra que te dió?
- LUC. En el pueblo mas cercano

vive.

LEO, ¿Qué vecinos?

LUC. Treinta.

LEO. Guiadme.

LUC. ¿Si le querrá
matar?

BAR. Calla, que no hará.

Huyendo de la justicia vienen al bosque D. Luis y su criado, y otra vez oimos proezas de Leonarda. El pobre hermano está desesperado, que no puede vivir en Plasencia.

.....si á la plaza salgo un día,
ni me habla deudo, ni me busca amigo;
en corrillos murmurán de mi hermana,
que ya la llaman todos *La Serrana*.
Cosas cuentan allí de su osadía
que de Cisene no se dicen tales,
la que los hombres vivos dividia,
ni Amadis pudo hacer cosas iguales.
Tulia, Medea, Progne y Atalia,
y todas las mas fieras que señales,
fueron piadosas si á Leonarda miras:
en ella están las furias y las iras.
¡Jesús! ¡En qué paró la fortaleza
desta mujer! No hallo á quien la aplique,
Avendaño, si no es á la fiereza
del leon, que se fué, de don Fadrique.
Juntos dicen que habitan la maleza
desta montaña.

AVEND.

LUIS.

Ayer contaba Enrique
que del leon no tienen tanto miedo...

sin lágrimas decirlo apenas puedo.

Saltamos ahora al pueblo donde le ocurrió el desaguisado á la villana Lucía. A los primeros envites el seductor protesta que se casará, pues Leonarda se le insinúa de la siguiente manera:

si no le dieses la mano
te mataré con el pié;

pero es porque el muy redomado, valido de que su padre empuña la vara de la justicia y de que por los pueblos se ha hecho pregon contra Leonarda, medita apoderarse de ella, y lo pone en efecto cuando entra á descansar con la del chichon; pero alcalde y alguaciles salen á cintarazos de la alcoba, que ella dormía vestida, y se les escapa dejándolos solfeados; con que el alcalde, padre del novio, prorumpe en esta filosófica exclamacion :

De hoy más cantará cualquiera
la Serrana de la Vera,
que volaba y no corria.

Vuelta al bosque. D. García y D. Rodrigo, que han estado de caza, se separan, aquel para Plasencia, éste para Talavera, con la piadosa intencion de enemistar con Teodora á su nuevo novio. Despues, en la alquería, donde están esperando á Estela, un casero viejo manda á la criada ir por agua á la fuente, la cual tiembla de encontrarse con la Serrana, que anda siempre por allí, y de escolta se lleva cuatro jayanes. Por el camino van cantando, para entretener el miedo, lindas

coplas de aquella que tanto en el corazón les pone.
¿Serían populares en tiempo de Lope? Verosímilmente, ú otras parecidas, porque Velez de Guevara también las parafrasea.

Salteóme la serrana
junto al pié de la cabaña.
La serrana de la Vera
ojigarza, rubia y branca,
que un roble á brazos arranca,
tan hermosa como fiera,
viniendo de Talavera
me salteó en la montaña
junto al pié de la cabaña.
Yendo desapercibido
me dijo desde un otero:
—«Dios os guarde caballero;»
yo dije:—«Bien seáis venido.»
Luchando á brazo partido
rendíme á su fuerza extraña,
junto al pié de la cabaña.

Topamos esta vez á la Serrana en otra escena peregrina de locura. Ha salteado á un buhonero, le revuelve su caja y se pone unos anteojos para matarle,

para que cuando te embista,
como son de larga vista
parezcas algo á mis ojos.

Al decirle el cuitado:

¿Tan mal á los hombres quieres?

responde ella:

¡Muere traidor, no te nombres!

y le entierra, y le pone una cruz sobre el hoyo. En este momento llegan los cantores de la alquería. También los saltea, así como á cierto D. Juan, que va á Plasencia á casarse con Teodora, y que resulta primo de D. Carlos, con cuya averiguacion se enternece un si es no es la Serrana. De su boca sabe que está pregonada en dos mil ducados, y entrando en cuentas consigo misma, le autoriza á solicitar el perdón del rey, que el amedrantado viajero le ha ofrecido. Es gráfica espresion del respeto que entonces merecia la autoridad, á un tiempo hija de Dios y del derecho, la brusca mudanza que en aquella leona se opera.

¡Cómo! ¡Que mi desconcierto

ya por las córtés se siente!

¡Cómo! ¡Que mi mal vivir

del rey ofenda el oído,

y me mande perseguir!

Al cielo tengo ofendido;

vendré sin honra á morir.

Don Luis y D. Rodrigo, que se han tropezado en el monte, se dán de cuchilladas. El primero cae mal herido. Ella acude y se lo lleva á su cueva. D. Carlos, que desde lejos presencia el lance, se encela, y para matarlos quiere llamar al león—idea nada propia de un caballero enamorado—cuando sale Fulgencio con cuadrilleros de la Santa Hermandad, en busca de la

Serrana; ellos, por los dos mil ducados que el rey ofrece; él, por apoderarse de la que tanto adora.

En la alquería se reúnen, porque así conviene al autor, á quien apura ya el desenlace, Estela y Teodora, D. García y D. Rodrigo. Allí traen los cuadrilleros presa á Leonarda, y entonces Fulgencio descubre al hermano de ésta que él es el autor de todo el enredo en que se miran perdidos, por evitar que la jóven se casára con D. Carlos; y le dá á elegir entre su vida y su muerte, que ambas tiene él en su mano, pues trae provision real para matar á Leonarda donde la encuentre, y al mismo tiempo no vacila en casarse con ella.

D. Luis, que se resiste á dar tan inmerecido premio á tan villano amator, invoca el auxilio de los demás caballeros, que están en otra pieza, los cuales acuden, así como D. Carlos, desalados, y la emprenden á estocadas con Fulgencio y los cuadrilleros, no sin que la Serrana exclame, queriéndose arrancar el cabello que la tiene, como Sanson, sujeta á un poste:

¡Ah cielos, que yo esté atada!

Pero en este punto llega D. Juan, que ya vuelve de la córte, pues los personajes de las comedias antiguas se habian adelantado á la invencion de los ferrocarriles, y trae la cédula real, que hoy llamaríamos la amnistia; con que el mensajero renuncia á casarse con Teodora, viéndola amartelada con D. Rodrigo— que es lindo pago por cierto á su generosa caminata— y los demás amantes se dán las manos, despues que

D. Juan les cuenta lo ocurrido, en un romance, que tiene más de un toque del de la Serrana copiado atrás.

Allá en Garganta la Olla
desta Vera de Plasencia,
salteóme una serrana
blanca y rubia, zarza y bella.
A casarme por conciertos
con una dama extremeña
de Talavera venia,
cuando al bajar de una cuesta,
desta salteadora, miro
el talle, con que pudiera
robar más almas mirando
que con el plomo y las flechas.
El cabello en crespos rizos
debajo de una montera,
un arcabuz en el hombro,
y una espada en la correa.
Por ser tu sangre, don Carlos,
dióme la vida, y juréla
traerla el perdon del rey,
para que viva en su tierra,
sin que justicia ninguna
á su persona se atreva.
Es doña Juana, mi tia,
camarera de la reina.
Fuí á Toledo y alcancé
perdon de Carlos para ella.
Esta provision lo dice:
así lo firma y lo sella,
y al que no la obedeciere
haré yo que la obedezca.

Tal es la comedia de la *Serrana de la Vera*, fidelísimo resúmen de todas las bellezas y todos los defectos de Lope de Vega; pero no inferior en algunos detalles á muchas obras suyas, que se han incluido en las colecciones modernas.

V.

LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA INÉDITA, DE VELEZ DE GUEVARA.

Recordamos al lector que este manuscrito está dedicado á la famosa Jusepa Vaca, mujer del *divino* Alonso de Morales, príncipe de los comediantes del reinado de Felipe III; matrimonio de quien están llenos los anales histriónicos de la época; y le recordamos tambien, que en cuanto á la exactitud de los hechos y á los nombres de los personajes, el autor de *El diablo cojuelo* se acercó en nuestro concepto á la verdad más que Lope. Importa que el lector no confunda las especies, ni nuestras apreciaciones sobre ambos dramas, para su mejor inteligencia.

El capitán D. Lúcas de Carvajal llega á alojarse en casa de Giraldo, rico labrador de Garganta la Olla, que tenazmente lo resiste, pretestando no haber pechado jamás con la carga de alojamiento. Altivo é irascible el capitán se obstina á compás de la resis-

tencia del viejo, máxime habiéndoselas con un villano, él, noble de los mas altos del pais, valido en la córte, y cuando la mision que le trae al pueblo es de las que en todos tiempos dan fueros de libertad y aun de abuso.

En doce versos hace su exposicion.

Para la famosa guerra
de Granada me han nombrado
por capitán, y me han dado
patente para mi tierra
por mayor merced; y así
en toda la Vera puedo
hacer gente, y hoy me quedo
á tocar cajas aquí,
y á levantar la bandera;
porque en Plasencia querria
entrar ya con compañía
de la gente de la Vera.

Como el anciano, aunque protestando su lealtad al rey, mantiene su negativa á darle alojamiento, ya el capitán estalla:

GIR. A mí,

nunca me echaron soldados,
y no los he de tener.

CÁP. Esto esta vez ha de ser
por vida del rey.

GIR. Criados

y vasallos suyos somos;
pero no pienso servirlos
en eso.

CAP.

Yo sí mediros
con la gineta los lomos.

Lleno de noble indignacion replica Giraldo, que aunque no tiene hijos que le defiendan, tiene una hija que puede dar que sentir al capitan.

Una hija me dió el cielo
que podré decir que vale
por dos hijos, porque sale
á su padre y á su abuelo;
que fuera de la presencia
hermosa, tan gran valor
tiene, que no hay labrador
en la Vera de Plasencia
que á correr no desafie,
á saltar, luchar, tirar
la barra...

...es su ardimiento bizarro,
de bueyes detiene un carro,
de un molino la violencia;
corre un caballo mejor
que si en él cosida fuera,
y en medio de la carrera
y de la furia mayor,
que parece que al través
á dar con un monte viene,
suelta el freno, y le detiene
con las piernas y los piés.

Con cierta sorna é incredulidad, bastante inverosímil siendo ya famosa la Serrana en toda la Vera, como despues veremos, replica el capitan al padre:

No me diera
mucho pesadumbre á mi,
que yo luchára con ella
de buena gana, y si es bella
como defendeis aquí,
y tan diestra en el luchar
como en todo-maravilla,
con alguna zancadilla
la intentára derribar.

A lo que repone el viejo con grande energía;

Castigar sabe tambien
malicias...

A este punto suenan tambores en la villa, que aumentan las impacencias del capitán, y al mismo tiempo aparece la Serrana con un extraño acompañamiento, que copiamos de la acotación:

«Uno con un palo largo y en él metido un pellejo de lobo con su cabeza, y otro con otro pellejo de oso de la misma suerte, y otro con otro pellejo de jabalí. Detrás á caballo, Gila, la Serrana de la Vera, vestida á lo serrano, de mujer, con sayuelo y muchas patenas, el cabello tendido y una montera con plumas, y un cuchillo de monte al lado; botín argentiado y puesta una escopeta debajo del caparazon del caballo.»

Los aldeanos vienen cantando este villancico rústico:

A dar flores sale al valle
la Serrana de la Vera,

gentil cuerpo, hermoso talle,

la Serrana de la Vera.

Su belleza y su donaire

la Serrana de la Vera

viene enamorando el aire,

la Serrana de la Vera.

Sus ojos negros y graves

la Serrana de la Vera

no hay quien mire que no adame,

la Serrana de la Vera.

Dios mil años nos la guarde

la Serrana de la Vera,

y la dé un galan amante,

la Serrana de la Vera,

para que con ella case,

la Serrana de la Vera,

y pára á los Doce Pares,

la Serrana de la Vera.

¿Quién cómo ella

la Serrana de la Vera?

Al capitan le hace este espectáculo impresion profunda, y dice para sus adentros:

(No he visto en hombre jamás
tan varonil bizarria.)

Gila refiere á su padre los accidentes de la caza, las piezas que ha muerto, los peligros que ha corrido, y le anuncia, con la resolucion de niña voluntariosa, que se marcha á Plasencia á ver unas fiestas que hacen á los Reyes Católicos, que pasan por allí.

Después repara en el capitan, cuando su padre le dice:

- Yo, Gila, determino
acompañarte tambien.
- GILA. ¿Quién es este hombre de bien,
que tan galan de camino
estaba con vos aqui?
- GIR. Es un capitan.
- GILA. ¿Querrá
alojarse?
- GIR. Claro está.
- GILA. Pues yo no quiero
- CAP. Yo sí.
- GILA. ¿No hay mas que quererlo vos?
- CAP. Pues yo no pienso que hay mas.
- GILA. (No vi capitan jamás
tan resuelto ¡vive Dios!)

Continúa el altercado, y ella, enérgica y aun descomulgada, le dice:

...busque otro alojamiento
el alférez ó el sargento
para el señor capitan,
porque mi padre no aloja
sino es á mi solamente,
á su ganado, á su gente,
y al huésped que se le antoja.

Con esto van subiéndose á mayores. Apellídale Gila fanfarron y otra palabra que hoy la cultura del público no tolera, con que el capitan llama al sargento y al alférez, para apoderarse por fuerza del alojamiento; pero Giraldo por amor á la paz, le dice:

Esperad.

CAP. ¿Qué quieres?

GIR. Que os alojéis,
muy en buen hora, que llanos
estamos ya.

CAP. Al fin villanos.

Gila al oír esta palabra, monta en cólera, y cuando el capitán abusando de su triunfo, dice:

.....por bien haceis,
temiendo que la gineta
hiciera el alojamiento.
¿Cuál ha de ser mi aposento?

responde Gila, apuntándole á la cara:

el cañon de esta escopeta.

CAP. ¿Qué dices?

GILA. Procura entrar,
fanfarron.

CAP. Escucha, advierte....!

GILA. Vive Dios que de esta suerte
os he de echar del lugar.

Y el capitán retirándose, y Gila poniéndole la escopeta á la cara (*que lo hará muy bien la señora Jusepa,* añade el autor en su acotacion,) le saca, en efecto, del pueblo, que luego los hallamos en las afueras, saliendo al teatro en la misma actitud de la escena anterior, él reculando, y ella amenazándole.

CAP. Serrana hermosa y cruel,

GILA. ¿dónde me intentas llevar?
Esta es la cruz del lugar,
la horca aquella, y aquel
el camino de Plasencia;
aquel el de Jarandilla;
no volvais más á la villa,
á tentarme la paciencia.

Le deja ya con el mayor desprecio, y acude en su busca el alferez, no ménos desalmado y fanfarron que el capitan:

CAP. Haced sacar la bandera
de la villa, don García,
que mejor será en Plasencia
levantalla, y con violencia
de toda una compañía
abrasar este lugar,
y gozar esta mujer
tan brava.

ALF. Es buen parecer.

Disculpa el capitan su cobardia con los respetos que merece un lugar que es del rey, no de señorío, en lo que, como hemos visto, iba errado, á la fecha en que se supone la accion, y tambien con las violentas impresiones que la Serrana ha producido en su alma.

... mis locos antojos
más temieron á sus ojos,

dice entre airado y embebecido en los recuerdos de la reciente escena.

El alférez insiste en hacer una militarada.

Determinate, que yo solo, á Garganta la Olla abrasaré, y esa polla que entre sus gallos crió, te la daré sazónada en el plato que quisieres, y á todas cuantas mujeres tiene dentro, si te agrada. Resuélvete, y ya verás el valor de don García. ¿No basta ser sangre mia para intentar eso y más? Pero al salir del teatro, exclama demostrando la preocupación de su espíritu:

Loco me lleva y sin mí la Serrana de la Vera.

El autor nos traslada inmediatamente á la plaza de Plasencia, aderezada para la fiesta de toros con que la ciudad festeja á los Reyes Católicos. La escena es animadísima. Los caballeros pasean en el coso, hablando de la conquista de Alhama, que D. Rodrigo Girón vá á emprender. Los vendedores y alojéros pueblan el aire con sus gritos.

—Limas dulces de la Vera.

—Turrón.—Confitura fina.

—Lindas camuesas y peros.

—Cerezas.—Piñon mondado.

—Azúcar blanco rosado.

—Agua y anís, caballeros.

Otro detalle de costumbres de la época encontramos en esta escena, muy curioso. Un maestro de armas tiene su *puesto* en la plaza, donde los aficionados se ejercitan en tirar mandobles y reveses. La Serrana, que anda por allí con su familia, zurra de lo lindo al maestro, á su ayudante y á varios soldados que quieren terciar en la fiesta. La lid llega á ponerla tan ciega, tan furiosa, que ni el enojo de su padre, ni los ruegos de sus amigos, ni los mismos gritos de *¡guarda el toro! ¡guarda el toro!* que empiezan á oírse, logran volverla en su acuerdo, con que la abandonan todos en tropel, y se encuentra sola en medio de la plaza, al mismo punto que salen á su balcon los Reyes Católicos.

Su vista la serena instantáneamente. Esta transición es bellísima, aunque de todo punto inverosímil, por mucha que fuera su valentía.

GILA. Mas agradables presencias
en toda mi vida vi.
Hacelles quiero de aquí
dos cortesés reverencias.
Guardeos Dios, reyes cristianos,
y despues que ambos vivais
cuatro mil años, os vais
al cielo dadas las manos,
porque casados tan buenos
como yedra y olmo, es bien
que aquí y en el cielo estén,
jamás de gozarse ajenos.

Con esto, adios, que de mal
os libre, y quede con vos,
y echadme entrambos á dos
vuestra bendicion real.

Semejante ocurrencia, en el momento que el toro entra en la plaza y arremete con la Serrana, no puede menos de extrañar á doña Isabel, que dice á un caballero de su córte:

Loca aquella labradora,
Nuño, al parecer está.

Nuño. Por los cuernos asíó ya
al toro feroz, y agora
le rinde como si fuera
una oveja.

EL REY. ¡Qué osadia!

GILA. Ya saben la fuerza mia
los novillos de la Vera.

Los reyes, asombrados de tal bravura, quieren hacerla mercedes y le preguntan quién es. Ella responde:

GILA. Llámanme Gila Giralda,
hija de Giraldo Gil.

Pero corta la plática D. Rodrigo Giron, (Ponce debió decir) que viene á dar cuenta á los reyes Católicos de que en un alarde (revista) hecho en su honor en Salamanca por el mismo ejército que trae, dió el príncipe D. Juan una terrible caída del caballo. El punto

histórico anda aquí, como se vé, asaz mal parado, y el anacronismo y la inverosimilitud abundantes, que ni el príncipe habia muerto cuando se ganó Alhama á los moros, ni el marqués de Cádiz era ya de este mundo cuando ocurrió la desgracia del príncipe (1). Quince años, nada menos, distan ambos sucesos entre sí, la vida casi entera justamente de aquel malogrado vástago de la mas ilustre hembra que ha producido la tierra de España, distancia por cierto, que no debe asustar al lector, pues nuestros mejores dramáticos del siglo de oro tratan á la historia tan sin respeto, como si escribieran solo para vulgo ignorante y bonachon. ¿Acaso no creían que hubiese posteridad para ellos? ¡Pero si fué muy raro el que contó entre sus virtudes la modestia!

La relacion del maestre de Calatrava tiene en cambio algunos versos buenos.

Apenas el bucéfalo villano
escuchó el son de la marcial trompeta,
cuando de un mar de espuma crespá, cano,
siendo el príncipe un monte, se inquieta,

(1) «En jueves, postrero día del mes de febrero, año del nacimiento de Nuestro Redemptor Jesuchristo de 1782 años, tomó la villa el famoso y muy esforzado caballero D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, conde de Arcos Alhama era la mas rica pieza de su tamaño que habia en tierra de moros.» (*Historia de los Reyes Católicos*, por el bachiller Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, tomó 1.º, cap. XLII.) En el mismo año y en el cerco de Loja, murió el maestre de Calatrava.

La muerte del príncipe ocurrió en Salamanca á 4 de octubre de 1497. Consta de su testamento, otorgado en el mismo día, que acaba de publicarse en el *Libro de la Cámara del príncipe D. Juan*, por la Sociedad de bibliófilos españoles.

alza el herrado pié, baja la mano,
y dá un salto, una coz y una corbeta,
midiendo de las casas lo mas alto
con la corbeta, con la coz y el salto.

Quiso probar á darle una carrera,

¡pluguiera á Dios que nunca lo intentara!

parte el furioso bruto de manera

que imaginamos que jamás parára.

El vulgo atento el fin violento espera

que le temió primero que llegára,

que como con su voz Dios le autoriza

también algunas veces profetiza.

Como es de suponer, acaba tristemente la fiesta, diciendo Gila cariacontecida:

Con esto estorbó el cielo que no fuera

dichosa la Serrana de la Vera.

El acto segundo empieza con una escena villanesca de las que tanto agradaban al público de aquel tiempo. Gila está arando en el campo, y Mingo, su rabadán, que hace en la comedia veces de gracioso, la galantea y enamora, no sabemos si por pasatiempo ó á las veras; pero sí que ella le deja decir y hacer, hasta que pidiéndole una prueba de su afecto, le dá un apretón que á poco mas queda Mingo reventado.

Vienen sus criadas á buscarla, y por ellas sabemos que está el lugar lleno de alboroto por la llegada del capitán con su compañía. Efectivamente, se repite la situación del acto primero, y oímos á Giraldo decir con la mayor gravedad en su casa:

Alre de par en par, Pascual, las puertas,

y el señor capitán entre en buen hora.
Veamos qué pretende de mi casa,
que reyes á Dios gracias y justicia
tenemos para agravios semejantes.

Como si le durára la amorosa impresion que le causó Gila, viene D. Lucas tan de paz, que pide á Giraldo su mano. El buen viejo, aunque conmovido y en sus adentros regocijado, niega la pretension con mucha sensatez:

Gila no es para vos, señor D. Lucas,
que es una labradora, hija de un hombre
llano y humilde, aunque de limpia sangre;
rica para el lugar donde ha nacido,
pero no para vos, que sois tan noble.
Buscad una señora que os iguale,
que Gila para vos muy poco vale.

No solo insiste Carvajal, sino que dá razones menudas para convencer al anciano. Amen del amor que le inspira Gila, sus riquezas, que son grandes con las suyas propias comparadas, le permitirán vivir tranquilo en el hogar doméstico cuando se retire de los campos de batalla. Desea apresurar la boda, y que las amonestaciones se hagan con secreto, porque sus parientes se opondrian por serle ella tan desigual en linaje. El pobre viejo se rinde á tales razones.

Ya fuera necedad y grosería
no admitir la merced, Sr. D. Lucas.

Y dejándose llevar de la vanidad, le dice que su ha-

cienda es grande en efecto, y le falta tiempo para llamar á su hija, un tanto afrentado de que esté en sus ocupaciones de labradora.

Para que vayan á llamar á Gila
me dad licencia, porque está en la arada,
si vá á decid verdad.

CAP.

Del mismo modo
que salió de ella para rey de España
Wamba, puedo estimar que salga Gila.

Ella aparece á este tiempo, y sabe por su padre que le espera la mayor dicha del mundo. Socarrona y desconfiada, Gila mira de reojo á su vencido, y exclama en tono más hombruno que mujeril:

¿Hánme elegido
por general, por rey, obispo ó Papa?
¿he heredado las casas, las haciendas,
de los señores de Castilla? ¿vienen
por mí para gran turca bautizada?
¿Llámanme para hacerme princesa
de Castilla y Leon, ó preste Juana
de las Indias? ¿del Cairo gran señora?
¿de Alemaña y de Roma emperadora?

Quando sabe la verdad por boca de su padre, pues el galan permanece en mudo retraimiento, (el autor omitió acaso acotar que estaba *al paño*), se reviste de la misma sensatez villanesca del anciano, si bien empieza su relacion con unas palabras de doble sentido y mal gusto, probablemente encaminadas á arrancar aplausos de aquel vulgacho á quien adulaba Lope.

...Hasta agora
me imaginaba, padre, por las cosas
que yo me he visto, ser hombre y muy hombre.
...no me quiero casar, padre, que creo
que mientras no me caso, que soy hombre.
No quiero ver que nadie me sujete;
no quiero que ninguno se imagine
dueño de mí...

...No quiero
meterme agora á caballera, y herme
mujer de piedra en lo espetado y tieso,
encaramada en dos chapines, padre,
y con un verdugado hecha campana;
caminaré con una lechuguilla
deprendiendo de nuevo reverencias,
que será para mí darme ponzoña,
y Gila no es buen nombre para doña.

Tercia ya el capitán en el debate, mostrándosenos doblemente redomado, pues la ataca por el lado más débil que tiene, la vanidad. Aquí debemos hacer notar, que acaso el autor, porque este rasgo hiciese verosímil á su heroína, llevó la escena al tiempo de los Reyes Católicos.

CAP. Habeis de ser al lado de don Lucas,
si merezco esa mano, otra Semíramis,
otra Evadnes y Palas española.

GILA. Esa razon me puede obligar sola;
por imitar á vuestro lado luego
á la gran Isabel, que al de Fernando
emprende heróicos hechos, que si vivo
y ocasiones me ofrece la fortuna,

ha de quedar, contra la edad ligera,
fama de *la Serrana de la Vera*.

Llega D. García, y rinde el autor nuevo tributo al vulgo de su tiempo, haciéndole describir la muerte del príncipe D. Juan, y no solo la muerte, sino también las exéquias y hasta el túmulo que se le alzó en la catedral de Salamanca, en un interminable romance, hoy soporífero. Vánse el capitán y el alférez á alojarse la tropa, y Gila, con las criadas, se pone á preparar el alojamiento de D. Lucas, ya como de casa y de boda, cuando unos soldados acuden á jugar en aquella misma pieza, por sus respetos campando con significativo desenfado. Junto á tantas inverosimilitudes ésta es venial.

Gila tercia en la suerte, que también le tira el cubilete de los dados. La reconocen los militares, y disimulan, pues son de los que ella ha santiguado en la plaza de Plasencia, por lo que dice uno:

Disimula agora y calla,
que antes de marchar, un chirlo
le ha de quedar en la cara.

Pero el disimulo es imposible. Con los secretos fueros, que sin duda el capitán les dá, andan los soldados largos de manos, y más las llevan á Gila que á la espada ni al cubilete, por lo que les recuerda la Serrana para tenerlos á raya los sendos cintarazos que en Plasencia les sacudió. ¡Aquí fué Troya! Uno dice:

Quien lo imagináre, digo
que si no miente, se engaña.

GILA. Para tales ocasiones
guardo yo estas bofetadas.

Y en un verbo me los tiende patas arriba ó los ahuyenta. Ellos, á la verdad, no dán muestras de tener tan firmes las manos como las piernas, pues cuando el cabo acude á poner paz y quiere que se hagan amigos, dice Gila:

Yo no soy amiga
de gallinas.

EL CABO. ¡Mujer brava!
esta debe ser, sin duda,
la que tiene tanta fama.

Volvemos, sin saber para qué, á Plasencia, donde Isabel la Católica recibe de D. Rodrigo Giron el péssimo del infante D. Juan. Por cierto que es escena de muy bellos rasgos, pues cada vez que el maestro habla del asunto, la reina le interrumpe con preguntas sobre la guerra de Andalucía, como quien sacrifica su dolor en el altar de la patria, hasta que dominada ya por él, se ausenta para dar curso á las lágrimas. Don Fernando, más varonil, acude luego, y tranquilamente discuten rey y vasallo la jornada que intentan contra el moro.

La escena pasa otra vez á Garganta la Olla y á la misma casa de Giraldo. Es la madrugada. Reina un silencio criminal. Las cosas han ido tan de prisa como suele acontecer en las comedias antiguas, pues oímos al alférez y al sargento decirse en voz baja, celebrando la venganza de D. Lucas:

SARG. ...Con la ocasion
de acercarse el casamiento
debió de cumplir su intento,
que su altiva condicion
no pienso que de otra suerte
pudiera nadie rendir.

El alférez está mas en el secreto, conoce, al parecer, todo el plan y su ejecucion, pues añade:

Esta noche es la primera
que rindió su voluntad.
SARG. Pues si vá á decir verdad
ya amanece; no quisiera
que nos cogiera aquí el dia,
porque es, segun se me alcanza,
cierta señal de mudanza...

En efecto, poco despues sale el capitan, diciendo á sus cómplices:

Vamos de aqui,
y agradézcame el lugar
que no le abraso.

SARG. ¡A marchar!
CAP. Yo llegué, engañé y venci.

Queda el teatro en un silencio aterrador, hasta que los tambores anuncian la marcha de la tropa, que en el mismo punto sale Gila de su habitacion, gritando:

¡Traicion! ¡Traicion! ¡Padre! ¡Prima!
¡Mingo! ¡Pascual! ¡Anton! Presto.

¡Socorred mi afrenta todos!
¡Ah de mi casa! ¡ah del pueblo!
¡Que se me van con mi honor!
¡que un ingrato caballero
me lleva el alma! ¡Socorro!
¡Que me abraso! ¡que me quemó!

Sigue así querellándose en versos de mal gusto, hasta que acude la familia y su mismo padre, á quien refiere, ahogándose de dolor y cólera, que habia adelantado ciertos plazos... ¡y para mayor solemnidad se habia vestido de boda!

Como imaginé que estaba
tan cercano el casamiento,
le dí esta noche en mis brazos
ocasion para ofenderos.
¡Mal haya, padre, quien fia
de sus mismos pensamientos,
de palabras de los hombres,
de regalos y requiebros,
que estas galas enemigas (*las rompe*)
dicen, tremolando al viento,
que aquí se alojan agravios,
á costa del mismo dueño.
¡Ay furia! ¡ay rabia! ¡ay cielos!
¡Que se me abrasa el alma! ¡fuego! ¡fuego!

Con muy buen acuerdo, su prima la tranquiliza diciéndole:

Las quejas dejemos, Gila,
y acudamos al remedio.

GILA Bien decís.—Dadme un caballo
que imite á mis pensamientos,
y tú, Magdalena, dáme
de vestir; tú, Pascual, luego
dos escopetas me carga;
tú, Mingo, convoca al pueblo,
para que salgan á darme
ayuda; y ruego á los cielos
que ofendidos no castiguen
á mi enemigo, primero,
ni que primero que yo
ninguno le mate, siendo
dispensador de mi honra,
que por estos brazos mismos
mi agravio quiero vengar...

.
Y hasta matarle, no pienso
dejar hombre con la vida;
y hago al cielo juramento
de no volver á poblado,
de no peinarme el cabello,
de no dormir desarmada,
de comer siempre en el suelo,
sin manteles, y de andar
siempre al agua, al sol y al viento,
sin que me acobarde el día,
y sin que me venza el sueño;
y de no alzar, finalmente,
los ojos á ver el cielo,
hasta morir ó vengarme.

Empieza el acto tercero ya en el teatro de las proezas de la Serrana, que es la falda de una eminencia

enriscada y montuosa, casi á tajo en peña viva. A Mingo, que iba, caballero en un rocin prestado, á una diligencia de botica, se le cae medio muerto el pobre animal, y empieza á temer si se topará con Gila, que como

...en el capitan
su agravio no satisfizo,
el juramento que hizo
en cuantos vienen y van
cumple valerosamente,
siendo tan brava homicida,
que no deja con la vida
padre, amigo, ni pariente.

Entrase adonde cayó el rocin, y aparece por opuesto lado un caminante, que viene cantando el romance de la Serrana, con ciertas alteraciones, de carácter popular tambien, que no creemos sean de la musa de Velez. Despues se aparece la Serrana, bajando á saltos por los vericuetos.

Hé aqui la escena casi entera. Canta el viandante:

Allá, en Garganta la Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
blanca, rubia, ojimorena.
Botin argentado calza,
media pajiza de seda,
alta basquiña de grana,
que descubre media pierna.
Sobre cuerpos de palmilla
suelto airosamente lleva
un capote de dos faldas

hecho de la misma mezcla.
El cabello sobre el hombro
lleva, partido en dos crenchas,
y una montera redonda,
de plumas blancas y negras.
De una pretina dorada
dorados frascos le cuelgan,
al lado izquierdo un cuchillo,
y en el hombro una escopeta.
Si saltea con las armas,
tambien con ojos saltea.
Tente, caminante.

GILA.

CAM.

¡Ay Dios!

GILA.

Apéate, acaba.

CAM.

Espera.

¡Que obe de encontralla aqui,
pensando que era conseja!

GILA.

¿Donde vienes?

CAM.

De Toledo.

GILA.

¿A dónde vas?

CAM.

A Plasencia.

GILA.

¿Qué dinero llevas?

CAM.

Poco.

GILA.

Saca luego cuanto llevas.

CAM.

En esta bolsa va todo.

Perdona ser poco.

GILA.

Muestra.

Tú cantas mal y porfias.

CAM.

Tu historia pienso que es esta.

GILA.

Ya sé que es mi historia.

CAM.

Agora

no solamente en la Vera,
sino en Castilla, no cantan

otra cosa, y tu belleza
á tu fama se aventaja.

GILA. ¿Parézcote hermosa?

CAM. Afrentas
al sol, al alba, á las flores.

GILA. ¿Estimáras que te hiciera
favor?

CAM. Y será bien grande,
si con la vida me dejas.

GILA. Esa sierra arriba sube,
que en la cumbre de esa sierra
tengo una choza en que vivo,
de encinas y robles hecha,
donde quiero que conmigo
hasta ver el alba, duermas.

CAM. Tuyo soy, Daréte el alma.

GILA. Sube.

CAM. ¿Qué cruces son estas?

GILA. De hombres que he muerto.

Y sin mas ni mas, le tira al rio desde lo alto del
camino que sube á su cueva.

Sale Mingo andando á cuatro piés, cubierto con el
aparejo del caballo, cuando Gila se vuelve y le atisba.

GILA. Este villano pro cura
engañarme, y por la mesma
treta cogerle imagino.

MINGO. Ciéguela santa Quiteria.

GILA. Caballito, caballito,
el de las patas de pega,
por la virtud que hay en tí,
que me digas quién te lleva

quién te rige, quién te cuida,
quién te limpia, quién te hierra,
quién te enfrena, quién te ensilla,
quién te dá cebada nueva.

MIN. Por la gracia de Dios padre,
el caballo hablado hubiera.
Las palabras que decia
eran en su misma lengua.
Mingo soy, que ando perdido
hoy en figura de bestia,
aunque el mismo papel hacen
muchos vestidos de seda.

Se reconocen al fin, y le pide Gila noticias del pueblo, de sus amigos, de su familia. Cuando sabe que á su padre le han dado por fuerza la vara de alcalde, exclama sobresaltada:

¿Querrá prenderme con ella?
MIN. Dios te libre, Gila, amen,
de que la Hermandad te prenda,
que á la fé que te despache,
que la de toda la Vera
anda en tu busca.

GILA. No importa,
mientras yo tenga estas peñas
donde vivo, por muralla,
y estos brazos por defensa.

MIN. Quinientos escudos dan
al que traiga tu cabeza.

Quiere el rústico marcharse, y ella se lo impide, con lo que pone el grito en el cielo, creyéndose exceptua-

do de la sentencia general por ser su amigo y paisano; pero Gila, sólo, en gracia del paisanaje y la amistad, le otorga la eleccion de muerte, con mucha pena del rabadan, como el lector comprenderá sin esfuerzo. Durante este altercado recuerda que pasan los Reyes por el camino de Plasencia, y quiere ver si su enemigo vá en la comitiva, en cuya ocasion cruzan el bosque unos monteros persiguiendo á una fiera. Cree Mingo poder escaparse en tal oportunidad; pero ella le ata á un árbol, reservando su muerte para despues, y se sube á su cueva.

Salen en persecucion de la Serrana el maestre de Calatrava y varios monteros, furiosos porque invisible desde arriba ha matado con sus flechas á cuatro de ellos. Detras viene el rey cazando. Ponen á Mingo en libertad, y aparece Gila, en lo más alto del vericueto, haciendo alarde de no respetar á ningun hombre de los presentes, excepto al rey. Este la reconoce, la recuerda, y le pregunta los sucesos que á aquel trance la han traído.

Estas escenas son, por decirlo así, de relleno, y de todo punto inverosímiles, así como la siguiente entre el alferez y el sargento, que se aparecen como llovidos, para decirnos que la Santa Hermandad anda revolviendo el monte de punta en cabo para atrapar á la Serrana, á quien ellos no dejan tambien de tener temor, por lo que se ocultan en lo más fragoso. Cae la noche, para que el capitan, que viene detras, pueda empezar su monólogo con la siguiente invocacion, que hace esperar en vano verle arrepentido, como el Tenorio moderno en el panteon de su familia:

Noche oscura, madre helada

¿Conoceis en el lugar
gente?

GILA. A los mas principales,
que sangre Plasencia dió
con tanto valor.

CAP. Pues yo
soy de los Caravajales.

GILA. Al mismo rey son iguales.

(Aquí desgraciadamente hay en el manuscrito dos versos ilegibles.)

...mi sospecha.

CAP. De la guerra
vuelvo á vivir á mi tierra.

GILA. A buen puerto habeis llegado.
¡Noche, piedad has tenido,
pues que me has restituido
la ocasion que me debias!

Y abre la puerta de su choza. Los dos están en la punta del vericuelo, rodeados de abismos. La luna alumbra la escena. El arroyo murmurando hace música extraña á aquel coloquio de amor, extraño tambien y terrible.

El capitan reconoce á la Serrana; pero en su duro corazon no cabe el arrepentimiento, ni aun cuando entre tierna y rencorosa ella le dice que ha conocido á otro, que

era tambien capitan
como vos, y se llamaba
don Lúcas, y se preciaba

del apellido que os dan;
muy traidor y muy galan,
muy noble y muy fementido,
muy falso y muy bien nacido,
muy valiente y muy cruel,
y á la fé, si no sois él
que me lo habeis parecido.

D. Lúcas quiere retroceder; pero es imposible. No halla pretexto para alejarse. Lo dramático de la situación sube de punto.

GILA. Vos pareceis hombre honrado,
y daros posada quiero.

CAP. No, Serrana, que el lucero
de la aurora, desafía
á la noche con el día;
yo agradezco ese favor,
quedaos adios.

GILA. No, señor;
mi huésped habeis de ser.

CAP. Estais sola y sois mujer,
y yo estimo vuestro honor.

¡Imprudente palabra en tal momento y en tal boca!
Un gran poeta, y Velez lo era, no podia dejarla perderse en el vacío. Estalla como un volcan el corazon de Gila, cuando su pérfido burlador pronuncia el último verso:

y yo estimo vuestro honor.

GILA. ¿De cuándo acá lo estimais?

CAP. Desde el día en que nació.

GILA. Mentís, que hay testigo aquí
 de que verdades no habláis.
 Yo soy Gila.

La reaccion de los dos caractéres es eminentemen-
te dramática y natural. Gila, que en los primeros mo-
mentos ha reprimido su enojo, quizás esperando
amoroso arrepentimiento, recobra sus instintos de
fiera, mientras don Lúcas, aterrado por aquel en-
cuentro en tal hora y tal lugar, se envilece y se reba-
ja á sus mismos ojos, produciendo en ella el efecto
contrario que se propone.

CAP. Gila, palabra te di
 de ser tu esposo. Aquí estoy.
 Tu esposo y tu esclavo soy.

GILA. Ya es tarde, ingrato. De aquí
 has de volar, pues por tí
 al cielo he sido traidora
 con tantas culpas.

CAP. Señora...

GILA. No hay ruego que mi honra estrague.
 ¡Quién tal hizo que tal pague!
 y cáigase el cielo ahora.
 (Le arroja al despeñadero.)

Como todo el drama parece escrito de primera in-
tencion, que lo demuestran sus incorrecciones, sus
infinitas tachaduras (alguna llena más de dos ho-
jas, que están cogidas con un alfiler, ya mohoso y gas-
tado) y como la accion acaba con la muerte del capitan,
desde aquí se arrastra lánguida, sin interés, y acaso
por esto no pudo representarse. Acabaremos tambien
nosotros.

Todos los cuadrilleros de la hermandad de Plasencia acuden á deshora, cercan á la Serrana y la vencen y sujetan. Con ellos acude su padre, como alcalde de Garganta la Olla y los vecinos del pueblo. Lléganla á la ciudad para ajusticiarla. El único rasgo digno del autor de *El Diablo Cojuelo*, que estas escenas ofrecen, es el siguiente: cuando está próxima al suplicio, llama á su padre y á sus amigos, con tal naturalidad, que uno dice:

Querrá encargarles el alma.

GILA.

Llégate más.

GIRAL.

Ya me llego.

(*Le dá un mordisco terrible.*)

¡La oreja, ingrata, me arrancas
con los dientes!

GILA.

Padre, sí,
que lo merece quien pasa
por las libertades todas
de los hijos. Si tú usáras
rigor conmigo, al principio
de mi inclinacion gallarda,
yo no llegára á este extremo.
¡Escarmienten en tus canas,
y en mí los que tienen hijos!

Indescifrable el resto por las tachaduras, parece haber sido el definitivo plan del autor que acabe en tragedia, pues así la llama en la antefirma.

Tal es la obra inédita y casi desconocida de Velez de Guevara, ménos rica que la de Lope de Vega en detalles poéticos; pero más ajustada á la tradicion y á la verdad en cuanto á los hechos y á los personajes

que intervinieron en las aventuras de la *Serrana de la Vera*.

Ahora el lector, con los perfiles de uno y otro cuadro, podrá trazarse en su mente el que más le plazca, seguro de que la poesía ni la tradición no han de proporcionarle mayores esclarecimientos, á menos que la casualidad, protectora de los que pasamos la vida entre pergaminos y papeles viejos, descubra en lo porvenir algun apunte ignorado y auténtico, que esa benéfica deidad niega, hoy por hoy, á mis incesantes investigaciones y mi pronta garra.

SAN PEDRO DE ALCANTARA.

I.

Dáse cuenta en esta primera parte de un extraño suceso, que
aconteció en una alegre boda.

AQUÍ COMIENZA EL DEVOTO ROMANCE EN QUE SE REFIERE
LA VIDA Y VIRTUDES DEL ESTÁTICO VARON **San Pedro**
de Alcántara, REFORMADOR Y MAESTRO DE LA ORDEN
DE SAN FRANCISCO EN EXTREMADURA.

En San Benito de Alcántara,
Templo de los Caballeros,
Una boda se celebra
De gente noble del pueblo.
Mari Villela Sanabria,
Que es de hermosura portento,
Al buen Alonso Barrantes
Las llaves dá de su pecho.
Enlutadas vestiduras
Lucen ambos, que por cierto
Enviudaron en un dia,
No hará diez meses completos (1).

(1) Aunque en el árbol genealógico de San Pedro de Alcántara, que yo poseo, no consta el mes de 1507 en que murió su padre Alonso Garabito, consta, así como en las historias, que su madre volvió á casar en el mismo año.

El pueblo es el que los casa,
Mañoso casamentero,
Que adivina las pasiones,
O enciende tal vez su fuego.
En el duelo de Barrantes,
Todo lágrimas y duelo,
Dijo una voz:—«Garabito,
»El corregidor, ha muerto.»
Y al punto mozos y mozas,
Al punto viejas y viejos,
Se miraron con malicia,
Platicaron con secreto,
Como quien dice:—«De un golpe,

Tampoco han podido las particulares de la provincia de San José, ni las del santo alcantarino, señalar la fecha del nacimiento de éste. Copiaré aquí la parte que le toca del citado árbol genealógico, que ofrece curiosidad á los lectores.

56.

María Villela de Sanabria (hija de Juan de Sanabria y de Urraca Gonzalez Maldonado) casó en primeras nupcias con el bachiller Alonso Garabito, gobernador de Alcántara y natural del reino de Leon, que murió en 1507.

57.

San Pedro de Alcántara.
Nació en Alcántara en 1499,
murió en 18 de octubre de 1562,
en Arenás.

68.

En segundas nupcias con Alonso Barrantes Maldonado, viudo con sucesion de María Roco de Campofrío.

Casaron en 1507.

69.

Pedro Barrantes Maldonado,

Historiador.

Casó hácia 1537 con doña
María Ordoñez de Peraja,
en Alburquerque.

70.

Doña N. Barrantes

Casó en con
Pedro de Cáceres.

71.

Doña N. Barrantes,

sin sucesion.

»¡Qué par de viudos tenemos!»
Y en pláticas y miradas,
Ya matrimoniar hicieron
A la fiel corregidora
Con el triste caballero.
Lloraban ambos entonces
Su viudedad sin consuelo;
Al cabo de un mes, sin duda,
Como el dolor no es eterno,
Los maliciosos rumores
Debieron llegar á ellos...
¿Quién se tapa los oídos?

Adiciones.—Puedo yo acrecentar á este árbol genealógico un número, entre el 56 y 57, ó sea un primogénito de los Garabitos, que desconoció el autor. Entre varios apuntes de Pedro Barrantes Maldonado, que obran en mi poder, hay uno que dice así:

«1.º de octubre del año de 1533 compré á mi señora mi madre María Villela, mil maravedís de renta de yerba llanos en esta dehesa, por precio de 19.000 ms., estando la dehesa arrendada en 30.000 mrs. de invierno y verano, los cuales 19.000 mrs. yo pagué por ella á Andrés de Villacastin, recaudador de las rentas de la Mesa maestra, que los pagaba ella como fiadora de **García Garabito**, su hijo y del bachiller Garabito, etc., etc.

El núm. 70 se llamaba **Doña Francisca Maldonado**, y estaba ya casada con Pedro de Cáceres en 21 de abril de 1531, con que verosimilmente era mayor que Pedro Barrantes, y debería llevar por lo tanto el núm. 69 del árbol. Consta del mismo papel, donde éste registra haberle comprado en dicho día una parte de la misma dehesa, por escritura pasada ante Francisco Caballero.

El núm. 71 parece apócrifo, y haberse confundido con María Campofrío, hija del primer matrimonio de Alonso Barrantes, con quien tiene también la semejanza de haber muerto sin sucesión, según parece de los mismos apuntes escritos en 1538, donde asegura Pedro Barrantes, que solo él y doña Francisca nacieron de este segundo matrimonio á que el romance se refiere.

Voz del pueblo, voz del cielo...
En resúmen, allá van,
Entre un lucido cortejo,
La hermosa corregidora
Y el dichoso caballero.
—Como en el Corpus, está
Hecho un áscua de oro el templo.
Que el prior de San Benito
Es hermano del mancebo.
Bajo palio los recibe,
Con tan deslumbrante séquito,
Que antes que prior, parece
Un cardenal por lo menos.
Reina extremeña la Orden,
Valía en aquellos tiempos
El sello prioral de Alcántara
Mas que el piscatorio sello.
Joyas y arreos de obispo
Ostenta por privilegio;
Que si el Papa lo resiste,
El rey le convence presto.
El caudatario que lleva
Le costó un ruidoso pleito
Con el obispo de Coria,
Prelado de mucho genio (1);

(1) La escritura x, de las que en el **Bulario de Alcántara**, impreso en 1759, corresponden al pontificado de Clemente VIII, lleva este título:—**Letras Executoriales del tribunal de la Nunciatura de Su Santidad, para que al prior de Alcántara se le mantenga y ampare en la posesion de decir Missa Pontifical con Mitra, Báculo, Zapatos, Guantes, Anillo y demas ornamentos Pontificales, y echar bendiciones al pueblo en las iglesias de su Conven-**

Y junto al altar se miran
Cien caballeros profesos,
Con sus espadas al cinto
Y con sus cruces al pecho.
Allí los comendadores
De Heliche y del Portichuelo,
De Belvis, de Zalamea,
De Santibañez el viejo,
De Piedrabuena la rica,
Del juro Badajozeno,
De Almorchon y Ceclavin,
De Moraleja y los Diezmos,
Y el Comendador mayor,
Y el arrogante Clavero;
Unos sesudos y graves,
Otros galanes y apuestos,
Todos cubiertos de gloria
En los pasados recuentros
Con los moros de Granada,
Donde sus lanzas hicieron
Más tropa que una ciudad,
Mas que una tropa un ejército. (1)

to y Priorato.—Este rótulo nos excusa de extractarla. Es su fecha de 26 de setiembre de 1663: pero se citan allí Breves anteriores de Clemente VII y Eugenio IV, y decisiones de la Rota favorables á los priores de Alcántara.—El caudatario que levantaba la cola del Prior, ocasionó además otro ruidoso pleito con la villa de Alcántara, que fué sentenciado en 22 de marzo de 1684 contra el corregidor y los regidores. Consta de la escritura xv del mismo pontificado.

(1) Es importante el estudio de las fuerzas que las Ordenes militares tenían obligacion de llevar á la guerra de moros, estudio que no se ha hecho, ó por lo menos no ha llegado á nues-

Tambien un niño... ¿Es un angel
Que ha descendido del cielo?
Mas angelical figura
Ojos nacidos no vieron.
Solo contará ocho abriles,
Y ya le conoce el pueblo
Por su hábito franciscano,
Que gasta fuera de tiempo.
El frailecillo de hinojos,
Mientras los demás inhiestos,
Embelesado contempla
Boda, prior y cortejo.

tra noticia. La de Alcántara, además de asegurar sus castillos y fortalezas, con gente de sueldo y bien gobernada, tenia que servir al rey en estos términos:

- La Encomienda mayor, con 12 lanzas.
- La Clavería, con 8.
- El sacristan mayor, con 1.
- El comendador de Lares, con 12.
- El de Heliche, con 10.
- El de Zalamea, con 7.
- El de Herrera, con 7.
- El de Santibañez, con 4.
- El de Castillo, con 2.
- El de Villashuenas, con 1,
- El de Castilnovo, con 5.
- El de Portezuelo, con 6.
- El de Piedrabuena, con 6.
- El de Almorchon, con 6.
- El de las Helches, con 4.
- El de las Casas de Calatrava, con 4.
- El de la Moraleja, con 3.
- El de Belvis, con 3.
- El de Benfayar, con 3.
- El de Peñafiel, con 3.
- El de la Magdalena, con 3.
- El de los Diezmos, con 3.
- El del Esparragal, con 2.

Concluye la ceremonia,
Y van las gentes saliendo,
Y el frailecillo de hinojos
Clavado sigue en el suelo.
A cerrar á San Benito
Acuden los pertigueros,
Y embebecido en su arrobo,
Ni acierta quizás á verlos.
El mas gruñon se aproxima,
Y dándole con el cuento
De su pértiga, le dice:
—«¿Estás dormido ó despierto?
»Alza, muchacho, de ahí,
»Y vete á tu casa presto;
»Ya tienes allá padrastro,
»Que te pondrá como nuevo.»
El pobre niño le mira
Entre sañudo y risueño,
Se echa el capuz á los ojos,

-
- El de Mayorga, con 2.
El de Belvis, con 2.
El de la Puebla, con 2.
El de los Hornos, con 2.
El del Acenche, con 2.
El de la Portuguesa, con 2.
El de las Casas de Coria, con 2.
El de Ceclavin, con 1.
El de la Peraleda, con 1.
El de Quintana, con 1.
El del Juro de Badajoz, con 1½.
El de Batumbera, con 1½.
Tomamos esta curiosa lista de las **Diffinitiones y actos capitulares de la inçlyta cavalleria de la Orden de Alcántara**, impresas en Alcalá en 1553, en fólio; pero en otras **Diffinitiones** algo posteriores y no menos raras, impresas en Madrid,

Y vá á salirse del templo.
—«Anda con Dios, frailecillo,
»Que lo que te pasa es serio.
»¡Antes del año tu madre
»Ha maridado de nuevo!
»La soledad ¿la aburria?
»¡Eranle sus lutos peso?
»Miren la Mari Villela
»Con sus jergas y embelecós,
»Con su rosario y sus misas,
»Y sus ojos de agua llenos,
»¡Qué pronto y qué bien los puso
»En otro que tal mancebo!
»Qué bien dijo aquel que dijo
»Que el muerto al hoyo... y *laus deo.*»
»—Repórtese el deslenguado
(Exclama el niño con fuego);
»Que es mi madre muy cristiana,

por Alonso Gomez, impresor de córte, en 1369, leemos en el capítulo penúltimo estos curiosos párrafos sobre la ordenacion de las fuerzas en campaña, faltando ya el gran Maestre, por serlo el Rey:

«..... ayan de ir y vayan (las lanzas) debajo del gobierno del comendador mayor de Alcántara, y en su defecto del clauero, y el comendador de Castilnovo por alferez para que lleve el pendon de la dicha Orden en el qual irá pintado de la una parte nuestro padre sant Benito y de la otra parte un crucifijo con las insignias de la Orden, ni mas ni menos.

»Y todas las lanzas han de sér ginetas, á la costumbre y modo antiguo de Castilla, pudiendo llevar corazas de las antiguas, ó coracinas tranzadas, ó coseletes de los deste tiempo, con mangas de malla y celadas ligeras.»

Y para distinguir sus caballeros en los trances de guerra dispuso el Capítulo «que vayan todos de una color y con una divisa de la Orden para que mas conocidos sean sus hechos.»

- » Y está mi padre en el cielo.
 - » ¿Quién le dice que no ha sido
 - » Permision de Dios eterno,
 - » Que quiere sacar mas flores
 - » Del cándido y fértil huerto
 - » De sus virtudes, tesoro
 - » Que yo, solo yo comprendo?
 - » Tendrá un hijo que le gane
 - » Gloria humana... yo no puedo....
 - » El de laurel; yo, de estrellas,
 - » Los dos la coronaremos.»
- Y tomando agua bendita
Con la punta de los dedos,
Por la puerta de la iglesia
Salióse medio colérico;
Mientras decia al cerrarla
El anciano pertiguero:
—«Bien dice el señor prior:
» Parece el rapaz un viejo.
» ¡Miren el gentil profeta
» Que aquí le ha salido al pueblo!
» Si hace siete... no... ocho años
» Que á bautizar le trajeron,
» Y ya se atreve... ¡Jesus!
» ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos!»

II.

Segunda parte, en que se refiere la sencilla historia de un convento de franciscanos, hoy convertido en polvorin por las mudanzas del tiempo.

Por una parte, en que se refiere la sencilla historia de un con-
vite de franciscanos, hoy convertida en poema por las mu-
danzas del tiempo.

Terciado al hombro el mancebo
Porque le abruma el calor,
Y está el sombrero tan roto,
Que no le libra del sol;
Cantando coplas de amores
Con muy robusto pulmon,
Un estudiante mancebo
Se dirige á Badajoz.
Que de Salamanca viene
El festivo cantador,
Lo dice de su equipaje
La siguiente relacion:
—*Ropa que pedro, Mi figa*
A sala Manqua yebó
Este año de M. Qiniientos
Beynte años del Señor.
Rropa:—«una espada morisca,
•Un esquero, un cinturón...»
Pero á fé que el tal papel
Ya sin fuerza ni valor,

Sólo el mancebo lo guarda
Por maternal devocion.
El hato que trae ahora
Pintado estará mejor.
Un cestillo por maleta,
Que para huevos sirvió,
De un ramo de encina pende
Con honores de baston,
Que lleva al hombro, tendido
Cual su azada el cavador;
Y en él hasta cuatro blancas
En dos monedas de á dos,
A la punta de un pañuelo
Atadas por precaucion.
Un libro viejo *De jure*,
Sin forro; el *Arte de amor*
En latin; un cubilete
De dados; pan y jamon,
Y una camisa... que fué
Nueva cuando el rey rabió.—
Aunque el cansancio le rinde,
Y hasta le falta la voz,
Las puertas de la ciudad
No le llaman la atencion,
Que costeando sus muros
De musulmica labor,
Como quien busca un camino
A la ventura de Dios,
A los puntos cardinales
Se vuelvè en contemplacion;
Pues no se ve alma viviente
De la ciudad en redor,
Hirviendo como caldera

Bajo los rayos del sol.

—«Entre Orinaza y la Muela, (1)

»Que cerros pelados son,

(1) El primero de estos cerros es el que hoy se llama de San Cristóbal, sin duda por una ermita que se construyó allí á mediados del siglo XVI, convertida mas tarde en casa fuerte y despues en castillo para defender la entrada de la frontera portuguesa, que toda se domina desde sus muros.

Esto se deduce de ciertas notas manuscritas que tiene un ejemplar de los **Discursos patrios de Badajoz**, por Rodrigo Dosma, (edicion de 1691) existente en la Biblioteca de la Academia de ciencias de Lisboa; pero es verosímil que en la Edad Media existiese ya en el cerro de Orinaza poblacion ó casa feudal, de donde tomase alcunia una poderosa familia, pues en documentos de aquella catedral consta que en 1284 ejecutaron providencias de Sancho el Bravo, los **Alcaldes de Badajoz** Estéban Perez de Orinaza, Miguel Fernandez, Diego Gil y otros caballeros.

La Muela es el opuesto cerro, allende Guadiana, donde está fundada la ciudad antigua, hoy castillo medianamente restaurado, que conserva de su primitiva fábrica una torre árabe, el arco de entrada, algun trozo de muro, y parte de las poternas, convertidas en cárcel pública desde el décimosexto siglo. Se le llamó la Muela, segun Dosma, por la configuracion del terreno. y asi se le llamaba ya en tiempo de Sancho el Bravo, pues lo dice el romance de los bandos de Badajoz:

El rey con crecido enojo
Su mensaje habia enviado
A el maestro de Calatrava,
Don Rodrigo era llamado,
Y al gran maestro del Temple
Y á otros muchos hijosdalgo,
Y á Córdoba y á Sevilla,
Y á todos les ha rogado
Que cerquen en Badajoz
Todo el bando Bejarano.
Como ellos lo supieron,
Al castillo se han pasado:
Alzáronse con la **Muela**,
Quera muy fortificado.

- «Guadiana corre á Occidente: Bajo
«De pasarlo acabo yó. — En
«Aquí el campo bejarano, «Que
«De horrorosa tradicion,
«Tumba á cuatro mil cabezas
«Que Sancho el Bravo cortó, (1)

(1) Es tradicion que en este campo están enterradas las 4.000 personas del bando de los Bejaranos, que mandó Sancho el Bravo degollar, haciéndoles falsa, pues ellas se rindieron sobre el seguro de ser perdonadas, que les dió el bando portugués con autorizacion del rey. Las historias lo dicen, y el romance no lo oculta, au que por espíritu monárquico lo perdona.

Los del rey allí los cercan,

Mas luego se han concertado,

Que den el castillo al rey,

Y ellos los han asegurado

Que el rey los perdonaria

Sin castigar lo pasado.

Debajo d'este seguro

Luego se habian entregado.

Así tambien el castillo

Los del rey lo habian cobrado.

El rey con crecido enojo

Mandó matar todo el bando;

Entre hombres y mugeres

Cuatro mil han degollado.

Todos los mató en un dia,

Que ninguno no han dejado

Que hubiese por apellido

Sobrenombre Bejarano.

A otra horrible tradicion sirve de cuna aquel inmenso osario. Quedó la tierra, dicen, tan fecundada, que á unos enormes nabos que produce, se les llaman desde entonces **bejaranos**. El horror que inspiraba el rey por su deslealtad era tan intenso, que no lo han borrado los siglos.—Una culebra, que hacia grandes destrozos en pastores y ganados, dió el nombre de **Cañada de Sancha Brava** al cordel de la Mesta, que á una legua de Badajoz, corta el Guadiana cerca de la frontera de Portugal.

- »A morir viene en Rivillas,
- »Que tambien muere veloz
- »En el gran río, lamiendo
- »La puerta de la Traicion. (1)
- »El camino de Sevilla
- »Debe ser aquel.»

Y echó,

A mas andar, por el lado

Opuesto á la poblacion.

Y, por Dios, tamaña empresa

¿A quién no diera pavor,

En Extremadura, en Julio,

Torpe seria quien no viese palpitar en la oscura y mal estudiada historia de estos bandos del siglo XIII, una cuestion de razas, interesantísima y de alto estudio. Los bejaranos debian de ser descendientes de los moros de Beja, que en el siglo XI contribuyeron á la fundacion de la breve y simpática dinastia de los Aftasidas, cuya córte fué Badajoz. Los Portugaleses eran sin duda alguna los castellanos asentados en Portugal, que, á medida que iban ganando su tierra por la derecha del Duero los condes gallegos antepasados de Alonso Enriquez, se replegaban á la frontera de Castilla, por antipatia con aquellos señores, ó lealtad á los reyes legítimos. Por la parte de Salamanca y Ciudad-Rodrigo verificábase al mismo tiempo idéntico movimiento de razas, llamadas tambien portugaleses y bejaranos.

(1) Todavía existe esta puerta, tapiada, en el muro Norte del castillo, desde que por ella quiso huir el primer rey de Portugal Alfonso Enriquez, y tropezando en el cerrojo con toda la fuerza de la carrera del caballo, se quebró una pierna. Justo castigo á la traicion que le habia franqueado la entrada en la ciudad. Desde entonces no pudo gozar salud, y murió al cabo.

Cerca de la puerta de la Traicion se ha encontrado recientemente un precioso plato de bronce de cincel admirable, con las armas de Portugal, y una inscripcion que prueba haber pertenecido al rey Alfonso Enriquez. Sin duda lo perdieron sus reposteros en el tropel de aquella fuga. Lo conserva en su gabinete de antigüedades la Comision provincial de monumentos históricos de Badajoz.

Y con dos blancas de á dos?

Solo á un estudiante mozo,

De aquellos que eternizó

El estudiante extremeño

Hernan Cortés de Monroy.—

El camino, siempre malo,

Fué desde entonces peor,

Que al pasar el arroyuelo

En sus arenas se hundió;

Pero él cantando seguía

Con poquísima aprension:

Alcántara para el vino;

Para amores, Badajoz.

A poco andar, un repecho

Tan empinado encontró,

Que la sed en que se ardia

Se la apagaba el sudor;

Y entonces, echando un voto,

Medio en latin y español,

Con la mano en los ijares

El estudiante exclamó:

—«Ya estará cerca el convento.

»Y en llegando, ¡vive Dios!

»Que he de agotar la bodega:

»Y hundir el mejor colchon:

—»¡Profano!» dijo á este punto

Una misteriosa voz,

Saliendo de entre los árboles

Como grito acusador;

Y volviendo la cabeza,

Sentado á la sombra vió

De un olivo, un triste fraile,

Medio muerto de calor.

Su cadavérico rostro
De dulcísima expresion,
Comparado con la tierra,
De tierra le pareció.
En su demacrada frente,
Que heria un rayo de sol,
El cerquillo semejaba
La corona del Señor.
Por los girones del hábito,
Que San Francisco vistió,
Brotaban cárdenos huesos
Sin lienzo alguno interior,
Manchando en sangre los nudos
Del deshilado cordon.
Y era jóven: de sus ojos
El vivísimo fulgor
A un alma llena de fuego
Hacia tal vez traicion.
A su lado ¡cosa estraña!
El mancebo reparó
Ladrillos, vigas y piedras
En ordenado monton,
Como si trajera en hombros
Aquel bendito de Dios
Tan ponderosa balumba
Del lejano Badajoz.
—«Su paternidad perdone
(El estudiante exclamó
Con la mano en el sombrero
Y humildoso en la expresion):
«Vengo de lejanas tierras,
»Hace muy grande calor;
»Su paternidad perdone

»Si mi lengua blasfemó.

»¿Es, por dicha, del convento

»Que en tierra de Badajoz

»Fundó Fray Pedro de Alcántara.

»Fraile de su religión?»

—«¡Fundar! (dijo el franciscano):

»Sus casas las funda Dios.

»Polvo el hombre, sólo funda

»Para el gusano roedor.

«Yo soy Fray Pedro de Alcántara,

«Ese misero soy yo.»

Deja caer el mancebo

Capa, cestillo y baston,

Y abiertos entrambos brazos

Al fraile se dirigió:

—«Hermano del alma mía,

»Echame tu bendicion.

—«¡Mi hermano!

—«Pedro Barrantes.

—«¡Tú Pedro!

—«Yo Pedro soy.»

Y en largo espacio de tiempo

No se oyera otro rumor

Qué sollozos y latidos

De uno y otro corazón:

Siéntanse sobre las piedras,

Enlazados con amor;

Y así de familia y casa

entablan conversacion:

—«¿Vienes de Alcántara, hermano?

»—Sí, con la ayuda de Dios.

»—¿Y madre?

—«Dándole al huso.

- » *Téntiga* (1) de sol á sol;
» Derecha como la rueda,
» Sana como el lino en flor.
» — Así vive en la alegría
» Aquella feliz mansion,
» Con una madre cristiana
» Y un padre trabajador.
» — ¿Padre...? en Cáceres le dejo
» Que ha habido una conmocion,
» Y alzan de Comunidad,
» Como en Castilla, la voz (2).
» ¿Tú no sabes...? ¡hay revuelta!
» — Castigos del cielo son
» Por los pecados del mundo,
» Que es muy grande pecador.

(1) Extremeñismo tan antiguo como expresivo, que acaso se inventó el mismo día en que atribuyen las crónicas al maestre de Santiago, D. Pelay Perez Correa, el famoso milagro copiado de Josué para tener tiempo de ganar á los moros la batalla de **Ten-tu-dia**. en este mismo nombre se edificó un monasterio cerca de Guadalcanal, en la sierra próxima al campo de batalla, que riega el arroyo **Matamóros**, de tradicional y expresivo nombre. Llamóse el monasterio á su vez **Nuestra Señora de Tentudia**, hoy **Tudia**, por abreviatura.

(2) Aunque este romance sea de todo punto histórico en lo que se refiere al santo de Alcántara, en los accidentes que se introducen para darle colorido pintoresco y dramático se ha permitido el autor algunas alteraciones, que pueden llamarse veniales. Así, por ejemplo, Pedro Barrantes Maldonado solo contaba once años cuando ocurrió el levantamiento de las Comunidades de Castilla, y San Pedro de veintidós á veintitres, cuando se fundaba el convento de San Gabriel, donde fué primer guardián. Este suceso acaeció verdaderamente en el mismo tiempo de las Comunidades (1521), y por cierto que el Sr. Gayangos asegura, fundado en un de los manuscritos de que luego hablaremos, que Pedro Barrantes, aun siendo tan niño, lidió ya contra ellas bravemente.

- »—Arden las ciudades todas
»Desde que el Rey se marchó.
»Porque las gentes que mandan
»Ni hablan siquiera español.
»En Salamanca, en Toledo.
»En Segovia, ¿qué se yo?
»La plebe quema y ahorca
»Al que le place mejor.
»Tundidores y pelaires,
»Y gentecilla feroz,
»De los Concejos tiranos,
»De las ciudades terror,
»Capitanes de la chusma
»Donde Evangelio es su voz,
»Hasta el trono la levantan
»Cual canes ladrando al sol.
»Por dicha de nuestra tierra
»Espejo del pátrio honor,
»Bandos de Alcántara y Cáceres,
»De Jerez y Badajoz,
»Han apagado sus ódios
»Para afrontarlos mejor,
»Y cuelgas, robos, ni incendios,
»Aquí no hemos visto, no.
»¡Villanos! mas de una vez
»Me ha dado la tentacion
»De ir á esa guerra con padre,
»Sirviendo al Emperador.
»Su majestad me enamora,
»Y tengo en mis mientes yo
»Que ha de ser gran capitán
»Para el soldado español.
»—¿Pues qué.... (dijo el franciscano,

- Con severo aspecto y voz)
- »¿No estudias en Salamanca,
 - »Dónde padre te envió?
 - »—Sí, de Salamanca vengo,
 - »Que me han dado vacacion,
 - »Como es honrada costumbre
 - »Cuando principia el calor.
 - »Llego á casa, abrazo á madre,
 - »Y á tu convento me voy;
 - »Que bien sabes que te quiero
 - »Con todo mi corazón.
 - »—¿A los Majaretos fuiste?
 - »—Y nuestro tio, el Prior (1),
 - »Me dijo que estás fundando
 - »En tierra de Badajoz.
 - »Mira, pues, lo que me cuestras;
 - »Mira, pues, si era razon
 - »Que me cansára de andar
 - »Tras de mi hermano mayor.
 - »Al fin te encuentro: ¡oh fortuna!
 - »Ya mi cansancio acabó,

(1) Lo era Fr. Miguel Roco, hermano de María Roco de Campofrio, primera mujer de Alonso Barrantes. —Santa Maria de los Majaretos, convento en que profesó el santo, estaba situado en la frontera de Portugal, á una legua de Alcántara, y ya en 1515 era él uno de sus cinco moradores, segun se lucen sus historias del siguiente auto de visita, que se hallaba en el archivo de la Orden de Alcántara:—«El año de mil quinientos y quince en 15 dias de abril visitaron el convento de los Majaretos frey Antonio de Jerez y frey Alonso Godinez, y hallaron que al presente era vicario fray Miguel Roco, y que con él estaban moradores quatro frayles de la órden de los Mendicantes.»—«De estos quatro era uno de ellos San Pedro de Alcántara,» añade fray Marcos de Alcalá, en su **Crónica**.

- »Y el hambre, y la sed, y todo;
»Que en tu rica fundacion
»Habrá... —Un pozo.
—¿Qué me dices?
»¡Agua!
—Divino licor;
»Por quien lloró en el desierto
»El mismo pueblo de Dios.
»—Si en cambio comemos bien,
»Menor será mi afliccion.
»—Legumbres de nuestra huerta,
»Y de la limosna, arroz.
»Eso para tí: yo ayuno
»Un dia sí y otro no.
»—¿Y dormir?
—»En una tabla.
»—¡Ay hermano, qué colchon!
»En cambio será el convento
»De incomparable labor;
»Altares de argentería...
»—De piedra y ladrillo son,
»Que de limosna me dan
»Las gentes de Badajoz.
»—¿De limosna! pues ¿no tiene
»Tierras... —»La que él ocupó.
—¿Y ganados?
—»En el huerto.
»Un perro, gran ladrador.
»—Pero mulas poderosas
»Para hacer la cuestacion.
»Pasi-largas, corajudas.

- » De ojo inquieto, saltador;
- » Esas mulas de convento,
- » Que trasportan de un tirón
- » En jornadas de á diez leguas,
- » Al lego, al predicador,
- » Y una alforja con jamones,
- » Y otra con pan, y otras dos
- » Con pollos... con vino...

—Basta.

» —¿Teneis de esas mulas?

—No.

- » —Pues entonces, ¿qué teneis?
- » —Cinco piés de habitacion,
- » Y nada mas; que en la regla
- » Que profeso, hermano, yo,
- » Es la pobreza bendita
- » La primera condicion.
- » —Pues no es la de San Francisco?
- » —Reformada con rigor,
- » Que andaba fuera del órden
- » De su santa fundacion.
- » Pobreza, solo pobreza,
- » Nuestro Padre profesó;
- » Que ella es la llave del cielo,
- » De las virtudes crisol,
- » Espejo del alma pura,
- » Cayado del buen pastor,
- » Con qué á su rebaño guía
- » Al agua de redencion.
- » Mente y ojos, Dios eterno,
- » Ciega, confunde mi voz...
- » ¿No es cierto que el fraile pobre
- » Te sirve mucho mejor?

»—Pues yo pienso, hermano mio.

»Que eliges mala ocasion,

»Porque vienen de las Indias,

»Que un ginovés descubrió,

»Tantos, que al punto se meten

»En los claustros...

—Esa es hoy.

«Entre las razones santas,

»Una profana razon.

»Cargado vuelve de oro

»El que á las Indias marchó,

»Y manchada su conciencia

»Con mas de un negro borron.

»Los lazos de la familia,

»La dulce vida interior,

»A su tormentoso espíritu

»No ofrecen satisfaccion;

»Que sus pechos corrompidos,

»Secos ya para el amor,

»Solo palpitan... de miedo

»Al justo enojo de Dios.

»Todo en el mundo les habla

»Un lenguaje acusador;

»¡Miseros! el claustro es mudo,

»Y allí acuden en monton,

»No como ovejas, cual tigre

»Que sácia su hambre feroz

»En el fondo de su cueva,

»Donde burla al cazador.

»¡Torpe afan! ¡Vana esperanza!

»¡Impia preocupacion!

»Asi los vicios del mundo

- » En tropel deslumbrador
- » Traspasan de los conventos
- » Las puertas, que el oro abrió.
- » Así la humilde cogulla
- » De los siervos del Señor,
- » Mónstruos encubre tal vez
- » De lascivia, de ambicion,
- » Que el dulce cláustro convierten
- » En teatro corruptor;
- » Que en vez de espejo á los pueblos,
- » Escándalo y befa son;
- » Que pervierten la familia
- » Del sencillo labrador,
- » Predicando con su ejemplo
- » La holganza y la seduccion;
- » Y así veo, hermano mio,
- » Muriéndome de dolor,
- » A Extremadura desierta,
- » Perdida la religion. —
- » Mas vamos á San Gabriel;
- » Que es ya la puesta del sol,
- » Y necesitas descanso,
- » Pobre mozo.

—» Por mí, no.....

- » —Ayuda á echarme esta carga.
- » —Hermano, ¿tienes valor?....
- » ¡Tú, tan débil! ¡Tan enfermo!....
- » —Fuerzas me dá siempre Dios.
- » Así traigo diariamente
- » Limosnas de Badajoz,
- » Y poco á poco acabándose
- » Vá la casa del Señor;
- » Pobre, sí; pero le basta,

- »Que en un pesebre nació.
- »Hernan Gomez de Solís,
- »Devoto y rico varon,
- »Hacerla quiere á su costa (1);
- »Mas no lo consiento yo,
- »Que es bien que su choza el pobre
- »Compare con la de Dios.

(1) Al cabo consiguió su empeño Hernan Gomez, desnaturalizando y corrompiendo, que es la verdadera palabra, el plan del santo alcantarino, que sin duda por su juventud y escasa influencia en la Orden tuvo que ceder ante el poderoso. No habia sonado aun la hora de la reforma franciscana para aquella parte de Extremadura.—La iglesia de San Gabriel y las ermitas del huerto se hicieron como él las habia trazado, pobres y humildes hasta la exajeracion, que en estas no cabia un fraile tendido sin dejar la puerta abierta; pero el resto del convento, que costó Gomez de Solís, fué relativamente suntuoso, y pudo servir á los obispos de Badajoz de casa de recreo y aun de albergue á Felipe II con su familia y su córte en 1580. Allí cumplió el rey Prudente 53 años, y allí cogió la reina doña Ana las calenturas malignas, que complicándose con su preñez le ocasionaron la muerte, y acaso al pais la reputacion de mal sano que hasta hoy goza.

Tambien desnaturalizó Hernan Gomez el eremitorio del huerto, que simbolizaba el pensamiento de la reforma, construyendo una ermita mayor y de cierto lujo, dedicada á San Juan Bautista, cuyo titular pintó para el altar mayor Luis de Morales, el Divino, que á la sazón se hallaba allí, en su pátria, y era, como dice la Crónica de aquella provincia franciscana, el mas excelente y de mas fama que en su tiempo hobo en España de pinzel. El mismo habia pintado el retablo del altar mayor de la iglesia.

¡Coincidencia extraña y gloriosa! Con el caudal dejado pocos años despues por aquel Gomez de Solís, se edificó el convento de Santo Domingo, bajo la direccion de fray Luis de Granada. Quizás por unos mismos pasos, entre picapedreros y albañiles, andaban aquellos dos ilustres mancebos trazando su Tratado de la oracion y meditacion.

»—Hermano, tú eres un santo.
»—Soy, hermano, un pecador.»
Y la ponderosa carga
Repartiendo entre los dos,
Subieron á San Gabriel
En dulce conversacion.

1—Hermand, lo eres un sabio
:—Soy, hermano, un pecador,
Y la pondera carga
Repartiendo entre los dos
Sabidón & San Capistrán
En dulce conversación

III.

De la entretenida plática que pasaron con el rey de Portugal,
fray Pedro de Alcántara, y el famoso historiador Pedro Bar-
rantes.

En la colección pública que guarda con el rey de Portugal,
hay Pedro de Alcantara, y el famoso historiador Pedro Bar-
tolo.

—«Siéntese nuestro carísimo

»Padre, fray Pedro de Alcántara,

»Y dénos cuenta de todo

»Lo que en la Arrabida pasa.

»Siéntese también, hidalgo,

»El que á fray Pedro acompaña,

»Que ¡solo el venir con él

»Ya nuestro favor le alcanza.

»No os embargue este lugar

»Por ser de la Reina cámara;

»Que la Reina, como yo,

»Os la ofrecemos por casa.»—

Así el rey de Portugal

Al fraile extremeño hablaba

En mil quinientos cincuenta,

Un lunes por la mañana.

—«Señor (respondió fray Pedro),

»No vengo á ver á la Infanta,

»Que desde ¡el último viernes

- »La tengo bien confesada (1).
»Solo vengo á que mi hermano
»Humilde bese tus plantas,
»Ya que él por verme ha venido
»De nuestra villa de Alcántara.»—
Púsose el hidalgo entonces
De hinojos ante el monarca,
Que inclinándose hácia el suelo,
En sus brazos le tomaba.
—«¿Este es (dijo) aquel hermano
»De quien fray Pedro nos habla.
»Que contra el turco en Hungría
»Ha hecho tantas hazañas?

(1) Doña María, hermana de D. Juan III, que reinaba en Portugal en el año á que el romance se refiere. Ambos eran hijos del rey D. Manuel y de doña Leonor, hermana de Carlos V.

Princesa de grandes prendas, fué doña María peritísima en lenguas, principalmente en latin y griego, y aun hizo estudios teológicos bajo la direccion de su confesor, San Pedro de Alcántara. Por este tiempo andaba en tratos de boda con Felipe II de España, que no tuvieron efecto por razones de Estado, acaso por su edad, pues habia nacido en 1524, avanzada indudablemente para un príncipe mozo y que aun ya viejo fué siempre amigo de mujeres mozas. Su sobrina doña María, hija de Juan III, la reemplazó en el tálamo real de España, no sin haber ella recibido estériles plácemes de su confesor, que creyó segura la boda, como puede verse en la curiosa correspondencia que sostuvieron, publicada en el tomo II de la *Vida del Santo*, por fray Diego de Madrid, impresa en 1765.

Quizá por este despecho, quiso entrarse monja doña María, y se lo estorbó el santo alcantarino, aconsejándole que en cambio fundase el monasterio de las Descalzas Reales de Evora, que intituló Santa Elena del Monte Calvario, donde tuvo sepultura en 1577.

Tambien fué confesor San Pedro de Alcántara de la infanta doña Isabel, así llamada, aunque solo era hija de D. Jaime IV, duque de Braganza, por haber casado con el infante D. Duarte, hermano de Juan III.

- »¿Es éste aquel estudiante,
»Que abandonando las aulas,
»Lidió con los Comuneros
»Por Carlos V de España? (1)
»—Señor (dijo el franciscano),
»A hombre vivo no se alaba;» —
Mas el rey siguió diciendo,
Como si no le escuchára:
—«¿Sois, en fin, Pedro Barrantes,
»Que en libros, caballos y armas
»Envidia á sabios y reyes
»Dió en Flandes y en Alemania?
»¿Qué se hizo, buen hidalgo,
»Aquella morisca jaca
»Que en las batallas de Hungría
»Tan lindamente os libraba?
»Yo he leído en los papeles,
»Que de vuestros hechos tratan,
»Que aun al rey de Portugal
»Le estuviera bien gozarla.
»— ¡Ay señor! (dijo Barrantes
Con un suspiro del alma),
»Era hija de los vientos
»Abrazadores del Africa;
»Rucia oscura, acribillado
»El cuerpo todo á lanzadas,
»Que, cual yo mis cicatrices,

(1) Así lo asegura el historiador de Alcántara, Jacinto Arias de Quintana Dueñas, en unos apuntes manuscritos sobre la vida de Pedro Barrantes, que el Sr. Gayangos posee. Es sin embargo inverosímil la noticia, pues contaba once años escasos nuestro héroe cuando ocurrió el alboroto de las Comunidades.

- »Con orgullo las mostraba.
- »Feroz en la lid , en rua
- »Mañera, arrogante y blanda,
- »Como el rayo revolvia ,
- »Como piedra se paraba.
- »Por ella un embajador
- »De Maria la Stuarda
- »Me dió sesenta angelotes,
- »¡Que nunca yo los tomára! (1)
- »—Dicen tambien, que sois dado
- »A hacer libros para estampa ,
- »De romances y de historias,
- »Ocupacion muy cristiana;
- »Y que teneis otros muchos,
- »De molde ya, en vuestra casa ,
- »Traidos á grande costa
- »Del mismo Paris de Francia.
- »—Al militar ejercicio
- »Hicieron trégua mis canas,
- »Que si bien no peino muchas,
- »Tengo ya algo vieja el alma.
- »Tierras, mares, campamentos,
- »Motines, córtes y plazas,
- »Enseñan al mas estulto
- »Algo de la ciencia humana ;
- »Y cuando el mundo y los años
- »Rinden su cerviz cansada,

(1) **Angelotes de oro**, moneda escocesa, cuyo valor se acercaba á la libra esterlina de nuestro tiempo, segun se deduce del excelente libro de M. Dargaud, **Histoire de Marie Stuard**, reine d'Écosse.—París.

» Sólo en los libros encuentra
» La memoria que le falta ;
» Que la vida de los viejos
» En mirar atrás se pasa.
» Yo quise por mis pecados
» Hacer mi vida mas larga ;
» Para mis recuerdos, hoy ;
» Para mis hijos, mañana ;
» Y en cartapacios de á fólio,
» Que en mis estantes se guardan ,
» Gasté las horas perdidas,
» Que asi llamo yo ganadas.
» —¡Hermano! (dijo fray Pedro),
» Hombre humilde no se alaba.»—
Pero prosiguió su hermano,
Como si no le escuchára:

—«Historias son, que cumpliendo
» La antigua sentencia sábia,
» Juntar quise en mis borrones
» El recreo y la enseñanza.
» *La Crónica* alli de *Enrique*,
» A quien el *Doliente* llaman,
» Que por darle yo mi nombre,
» La llamo la *Maldonada*: (1)
» Alli la *Historia de Flandes*
» Y *principes de Alemania*,
» Desde los tiempos remotos

(1) Ha visto la luz pública recientemente en esta córte, inaugurando los trabajos de una sociedad bibliográfica histórica, que por la muerte de uno de sus principales fundadores, el señor don Emilio Lafuente Alcántara, no pasó del primer libro. A esta circunstancia deben atribuirse tambien las incorreccio-

- »Hasta nuestro gran monarca: (1)
- »Alli de *historias francesas*
- »*Recopilacion* muy larga,
- »*Desde Carlomagno*, al rey

nes del texto y carencia de preliminares con que apareció. Hé aquí su título:

Crónica
del rey D. Enrique III de este nombre
en la
casa de Castilla y de Leon,
copilada
por
Pedro Barrantes Maldonado.

(Escudo: cisne cantando. Letra: **excogitando**.) Madrid MDCCLXVIII.--Reverso:--Tirada de 300 ejemplares.--Imprenta de M. Galiano, plaza de los Ministerios, núm. 2.--**Colofon**.--Acabóse la presente obra en Madrid en casa de Manuel Galia no á XXIV dias del mes de julio. Año de MDCCLXVIII.--126 páginas en 4.º menor, papel de hilo.

(1) El manuscrito, que se conserva en la Biblioteca nacional de esta corte (K 66) con todos los indicios de autógrafo y con la fecha de 1566, lleva este título:

Historia
de los condes de Flandes
y
Emperadores de Alemania,
por Pedro Barrantes Maldonado.

El insigne caballero portugués, Manuel Sueyro, debió manejar mucho esta obra para sus **Anales de Flandes**, impresos en Amberes, en 1624; y al no men s insigne historiador francés M. de Barante, le hubiera asimismo estado muy bien conocerla, para no padecer algunas omisiones que deslustran su excelente **Histoire des ducs de Bourgogne**, impresa en París en 1839. Sirva de muestra la catástrofe de Carlos el Temerario, cuyos mas interesantes detalles omitió por esta causa el Académico francés.

- »Que trajimos preso á España: (1)
»Allí como el oro guardo
»*Antigüedades de Alcántara*; (2)
»Que la patria y sus memorias
»¿Para quién no son doradas?
»Y allí, señor, y perdone
»Si mi relacion le cansa,
»Tengo unos *Apuntes breves*
»*De los Barrantes y Aldanas*,
»Para ejemplo de mis hijos,

(1) λ Esta obra tiene el título siguiente:

Recopilacion
de todas las crónicas de Francia,
desde Carlomagno
hasta el rey Francisco I,
que fué prisionero en Pavia.

(2) D. Fabian de Cabrera y Barrantes, que en el siglo pasado conservaba en Alcántara los manuscritos de nuestro insigne historiador, bien porque el de esta obra no estuviese completo, bien por otras causas difíciles hoy de averiguar, tuvo la desgraciada ocurrencia de mezclar y confundir por lastimoso estilo, haciendo un solo volumen, las **Antigüedades de Alcántara**, con los **Apuntamientos para la historia de los Barrantes, Maldonados y Aldanas**, y otros linages nobles de **Extremadura**, que tambien cita el romance mas adelante. Así, perdidos ya los manuscritos auténticos, sólo queda para dar idea de ellos el del señor Cabrera, cuyo original posee el ilustre orientalista D. Pascual de Gayangos, y yo copia muy correcta y adicionada por mí, siendo imposible deslindar lo que pertenece á la historia del pueblo natal de Pedro Barrantes y lo que se refiere á la de su familia.

El trabajo de D. Fabian Cabrera, por demás interesante y curioso, aunque confuso y embrollado, ha sido de grande utilidad á muchos escritores, entre ellos al anticuario aleman, E. Hubner, para sus eruditas investigaciones sobre el puente de Alcántara, que tenemos á la vista en la traduccion italiana (**La ponte d'Alcántara**, trattato di E. Hubner—Roma, tipografia

- » Y limpieza de mi casa. (1) —
- » Pero todo mi caudal
- » De libros, caballos y armas,
- » Por amor de Dios lo diera,
- » Y desnudo me quedára,

tiberina 1863, con tres magníficas láminas); y al Sr. Gayangos para sus prólogos é ilustraciones de la obra que mas adelante describirémos, publicada en el **Memorial histórico** de la Academia.

Aquel centon del siglo pasado es un grueso volúmen en folio, y lleva el titulo siguiente, que prueba la confusion y desbarajuste que padecieron los m. n. manuscritos de P. Barrantes en manos de su irrespetuoso é indirecto sucesor:—**Copia que yo don Fabian Antonio de Cabrera y Barrantes, vecino y natural de esta villa de Alcántara, he sacado de los mismos papeles originales que escribió Pedro Barrantes Maldonado, hermano de nuestro San Pedro de Alcántara, tocada á algunas noticias de familias y cosas sucedidas en esta provincia y fuera de ella á los Maestres y Canónigos (sic) de la órden y de dicha villa (sic).**

(1) Además de las obras citadas en el romance, escribió el historiador alcantarino:

Libro de las cosas mas notables acaecidas en la cristiandad.

Recopilacion de crónicas de España desde los tiempos de Alfonso el Sabio hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos.

Origen de los turcos.

Este libro, segun el Sr. Gayangos, es traduccion del que escribió en italiano el célebre obispo de Nucchiera, Paulo Jovio. El mismo Carlos V, en 1532, se lo entregó á Pedro Barrantes para que lo pusiese en castellano.

En los últimos años del autor se imprimió el siguiente:

Diálogo entre Pedro Barrantes Maldonado y un caballero extranjero, en que cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar. Y el vencimiento y destruccion que la armada de España hizo en la de los turcos.—Año 1540.— Dirigida al muy excelente Sr. D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medinasidonia, conde de Niebla, etc.—**Colofon:** impresso en Alcalá de Henares, en casa de Sebastian Martinez año de M. D. LXVI.—En 8.º, 88 fojas sin foliar y tres de

- » Sólo por haber compuesto
- » El de la *Oracion cristiana*,
- » Que tiene en letra de molde

preliminares, donde llama la atencion un soneto muy malo del capitán Eugenio de Salazar. Letra de Tortis.

En la dedicatoria de este raro libro hace un brevísimo extracto del siguiente, que declara haber compuesto veintiseis años antes:

Ilustraciones de la casa de Niebla y hechos de los Guzmanes, señores della.

Por su gallardo estilo, copiosidad de noticias y otros méritos insignes, esta obra es la mas celebrada de Pedro Barrantes, habiéndose multiplicado sus copias entre los eruditos, que aun lamentan la pérdida de un ejemplar magnífico, escrito en vitela y con notables iluminaciones, que se conservaba en la Cartuja de Jerez. La real Academia de la historia posee el autógrafo, que perteneció á la selecta biblioteca de D. Luis de Salazar y Castro, y por él hizo en 1837, bajo la inteligente direccion del Sr. Gayangos, una correcta impresion en los tomos IX y X de su **Memorial histórico**. De ella hemos sacado algunas de las anteriores noticias.

Otra muy peregrina se debe á D. Agustin Durán, en sus índices bibliográficos del **Romancero**, que es la de un pliego suelto de Barrantes, las **Trovas de Alemaña**, ya citado en la pagina 26. El ejemplar del señor conde de Campo-Alange, forma parte de una importantísima coleccion de romances góticos. Los continuadores del **Ensayo de una biblioteca de libros raros**, de D. Bartolomé J. Gallardo, lo han descrito modernamente con mas precision que Durán, en la columna 38 del tomo II, y no perdemos la esperanza de verlo muy pronto **in integrum** reproducido en alguna de nuestras notables colecciones clásicas.

Finalmente, en la citada Miscelánea del Sr. Cabrera se dice que escribió Pedro Barrantes otro libro, desconocido á todos los bibliógrafos, que fué una **Crónica de los maestros de Alcántara**; y añade que trata de ellos largamente, mucho mas que lo hizo el licenciado Rades, colegial de Salamanca y capellan de Felipe II, en su **Crónica de las tres Ordenes**, impresa en Toledo en 1572.

»Mi hermano Pedro de Alcántara.» (1)

Un suspiro tenebroso,
Y más llanto que palabras,
Dió por respuesta el buen fraile
A tan nobles alabanzas.

—«Hermano (dijo) ¡ay de mí!

»¿Qué profieres? ¿Qué dislatas?

»Obra del hombre... ¡miseria!

»Solo mi intencion la salva...

»Lo escrito... ¡cuántos errores!...

»Es obra humana... obra humana...

»¡Calla por Dios!

—«Calla, hermano,

(Repuso el hidalgo),» ¡calla!

(1) No hemos alcanzado á ver un solo ejemplar de la primera impresion de este libro, que algunos suponen hecha en Lisboa, confundiendo, sin duda una noticia de Valerio Andrés Taxandro, en su **Catálogo de escritores**, que dice se imprimió también en Lisboa el año de 1562; pero la primera debe ser muy anterior, como sostiene con buenas razones Fr. Márcos de Alcalá, en el prólogo que puso á la edicion de 1750, hecha á costa del convento de San Gil de Madrid.

«El año de mil quinientos y treinta y tres, dice, estando San Pedro de Alcántara por guardián del convento de San Onofre de la Lapa, legua y media distante de la villa de Zafrá, en Extremadura, escribió el libro **De la oracion y meditacion**. Fueron tantas y tan repetidas sus impresiones, que por el año de 1539 habia visto la luz pública, segun el testimonio de nuestro carísimo hermano Fr. Juan de San Bernardo.... y aun juzgo, no sin fundamento, haber sido su primera impresion el año de 1533, por haber sido este el año en que S. Pedro de Alcántara escribió el libro, y (le) entregó con carta dedicatoria á D. Rodrigo de Chaves y á Doña Francisca de Chaves, su mujer, cuya devocion y posibles no escasearian dar á la estampa el libro de un padre que los gobernaba su espíritu.»

Dicha carta del santo, que en todas las ediciones figura por dedicatoria, no tiene fecha de lugar ni año. D. Rodrigo y Doña

- »¡Que no puedo yo alabar
»Lo que todo el mundo alaba!
»¡El tener tu misma sangre
»Me ha de servir de mordaza!
»—Díce bien (exclamó el Rey,
Sonriendo de las lágrimas
Que el franciscano vertía
En corriente desatada);
»Dice bien; que ese *Tratado*
»*De oracion*, es una alhaja,
»Por dicha de Portugal,

Francisca de Chaves pertenecian á la primera nobleza de Plasencia, y por imitar á su confesor se retiraron á hacer vida eremítica al desierto del Pedroso, entre Plasencia y Coria, que luego en 1557, cedieron á aquel para edificar un convento.

La circunstancia de haber existido por entonces una imprenta anónima en Extremadura, en Zafra, Llerena ó Fregenal, probablemente establecida por el inquisidor general D. Alonso Manrique, antes obispo de Badajoz, con una mira político-religiosa, nos induce á suponer extremeña la primera edicion del *Tratado*. En aquella imprenta debió aprender su oficio Vasco Diaz Tanco, hijo famoso de Fregenal, que reprodujo en España al mediar el siglo XVI el curioso tipo del escritor é impresor ambulante, que tanto habia enaltecido á la Alemania en la anterior centuria. Sin embargo, residiendo en Plasencia los personajes á quien estaba dedicado, tambien pudo imprimirse el libro de la *Oracion* en Salamanca, aunque ocurre la dificultad de que ya en aquella fecha el pié de imprenta no solia omitirse, y hace creer que se omitió en éste el silencio que guardan los cronistas de la Orden.

Entre las infinitas traducciones que del *Tratado de oracion* se hicieron en el mismo siglo XVI, parece fué la primera la de fray Antonio Dulkenio, monje cartujo, impresa en Colonia en 1560 en latin. Habla de otras muchas, sin especificar los años ni los autores, Fr. Juan de San Bernardo, en la *Crónica de San Pedro de Alcántara*, escrita con presencia del proceso de su canonizacion, por estas palabras:—«dejando las multiplicadas impresiones que se han hecho en España, de ciento y veinte años á esta parte (escribia en 1666) han pasado á los reinos de Fran-

- » A mi corona engarzada.
- » En él estudian mis hijas,
- » Que ván saliendo unas santas.
- « Yo, cuando al azar lo cojo,
- » Siento que camina el alma
- » Para el cielo mas aprisa,
- » Por una senda mas llana;
- » Y lo mismo le sucede
- » Al arzobispo de Braga,
- » Que en mi Consejo lo dice
- » Cuando de libros se trata.
- » — Es un libro que hace santos,
- » Segun la monja de Avila,
- » Que de Dios goza en 'a tierra,
- » Por nombre Teresa Ahumada;
- » Y fray Francisco de Borja,

» cia, corriendo las provincias de Flandes, penetrando hasta los
» Paisés bajos de aquellas regiones.... El dilatado imperio de
» Alemania y los católicos del reino de Suecia, Holanda, Hibernia,
» Inglaterra, Valle de Lucerna y otras partes, han hallado en
» este rayo calor para resistir el hielo de las heregías. En Po-
» lonia ha sido grande el fruto.... En Roma, Saboya, Nápoles,
» Sicilia y otros Estados de Italia se ha estampado diversas veces...
» penetrando hasta el Occidente é Indias universales del Oriente,
» Filipinas, Japon hasta la gran China.... reduciéndole cada na-
» cion en su idioma.»

Sobre este último punto podemos dar nosotros algunas curio-
sas noticias.

Fray Juan de Garrovillas, franciscano de la provincia de San
Gregorio, en los últimos años del siglo XVI hizo un breve ex-
tracto del **Tratado de oracion y meditacion**, para los cris-
tianos de Filipinas.

Fray Juan de Oliver, de la misma orden, que murió en 1399,
lo tradujo al tagalo.

Tambien debe hallarse en chino entre **varios opúsculos de-
votos**, que imprimió el padre fray Antonio de Santa Maria,
muerto en Canton en 1669, desterrado por la corte de Pekin, y

- »De alta cuna y alta fama,
- »En su cabeza lo pone
- »Cuando á la mano lo halla.
- »—Es el de Borja mi amigo,
- »Y Sor Teresa mi hermana,—
- (Dijo el religioso humilde,
- Enjugándose las lágrimas);
- »Por su corazon me juzgan,
- »Y como buenos se engañan.
- »—No, fray Pedro (dijo el Rey),
- »Que la descalcez andaba
- »Como oveja sin pastor,
- »Antes que á vos os mirára.
- »Claustrales y conventuales
- »De la regla franciscana,
- »¡Qué batallas no reñian!
- »¡Qué escándalos no causaban!

en otra coleccion análoga, que en lengua japonesa hizo el agustino fray Estasio Ortiz.

Finalmente, en los archivos religiosos de Manila existen abundantes traducciones, anónimas y en su mayor parte manuscritas, del **Tratado de oracion y meditacion**, de San Pedro de Alcántara, en vicol, pampango, visaya y casi todos los dialectos de Filipinas.

Pero la mayor gloria de este libro consiste en los elogios que mereció á San Francisco de Borja y Santa Teresa, y en haber inspirado á Fr. Luis de Granada su magnífico **Tratado de la oracion y meditacion**, impreso por primera vez en Salamanca en 1579. Algunos autores añaden que, habiendo preguntado Fray Luis á su amigo Fr. Pedro, cómo serviría mejor á Dios, predicando ó escribiendo, le ordenó el franciscano que **perfeccionase su Tratado de oracion**, prueba insigne de humildad, que en el autor de un libro, sólo siendo santo podria creerse.

No fué tanta la del famoso dominico, que ni siquiera confiesa en el prólogo de su obra haberle debido la inspiracion y la pauta al escritor extremeño.

- »Ni los Católicos Reyes,
- »Ni el Cardenal, que Dios haya,
- »Enfrenarlos consiguieron
- »Como vuestra mano santa.
- »—Que lo diga Extremadura,
- »Que lo diga nuestra pátria,
- »Donde es mejor la frailia
- »Desde que está reformada.—
- »Hermano (añadió el hidalgo,
- Volviendo al suyo la cara),
- »No por ser mi hermano impidas
- »Que en tu gloria me complazca.
- »Antes romperé los nudos
- »Con que la sangre nos ata,
- »Que echárselos á mi lengua
- »Para verdades tan claras.—
- »Señor, vuestra alteza ignora,
- »Ignora la misma España
- »Lo que por Dios y por ella
- »Padece Pedro de Alcántara.
- »Treinta años hace le ví
- »A la orilla del Guadiana,
- »Acarreando las piedras
- »De una religiosa fábrica;
- »Entonces era mancebo,
- »Que el bozo no le apuntaba,
- »Y hace ya mas de diez años
- »Que no le quedan ni canas.
- »Fuera su vida un martirio,
- »Si con dolor la pasára;
- »Es sempiterna agonía,
- »Y él se place en prolongarla.
- »Sus noches de rezo y vela

- » En una celda las pasa,
- » Estrecha como su cuerpo,
- » Menos que su cuerpo larga.
- » Su cabeza dolorida
- » Sólo apoya en una tabla,
- » Desde pared á pared
- » Con gruesos clavos clavada;
- » Y es otra tabla desnuda
- » La que le sirve de cama.
- » Su celda no tiene puerta,
- » Porque los piés de ella salgan,
- » Como quien tiene un vigia
- » Mirando si sale el alba.
- » Si hace frio, se despoja
- » Del mal hábito que gasta;
- » Si hace calor, se lo pone
- » Cuando sus miembros descansan.
- » Su comida son legumbres
- » Aderezadas con agua,
- » Y si el cuerpo las resiste,
- » Ceniza mezcla y retama.
- » Sólo á los frailes conoce
- » Por el sonido del habla,
- » Que siempre los llama hermanos
- » Y nunca les vió la cara (1).

(1) Santa Teresa, que nos ha dejado una admirable pintura del santo alcantarino, en el capítulo 27 de su propia **Vida**, tanto mas exacta cuanto que le conoció de persona y le trató íntimamente, escribe estas palabras textuales: — «Me dijo que le habia acaecido estar tres años en una casa de su Orden y no conocer fraile sino era por la habla, porque no alzaua los ojos jamás, y así á las partes que hauia de ir no sauia, sino íuase tras los frailes. Esto le acaecia por los caminos.»

- » En los viajes, camina
- » Por su pié, lleno de llagas,
- » Tirando del jumentillo
- » Del lego que le acompaña.
- » Andando pasa los rios,
- » Montes, sierras y quebradas,
- » Y hay quien dice que le llevan
- » Los ángeles en sus alas;
- » Que es milagro ver entero
- » Ese cadáver que anda,
- » Mal compuesto de raices
- » Y tierra enfermiza y vana (1).
- » Nunca un bocado de pan
- » Lleva para sí en sus marchas,
- » Y cuando el lego le pide,
- » Limosna para él demanda.
- » Así un dia y otro dia,
- » Que es eterna su jornada;
- » Así fundó los conventos
- » De su Custodia seráfica, (2)

(1) De esta misma figura se vale Santa Teresa para pintar la demeracion del Santo, en el citado capitulo 27 de su **Vida**.— «**A** mujeres jamás miraba, esto muchos años. Deziame que ya no se le daua más ver que no ver, más era muy viejo quando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raizes de árboles.»

(2) La llamada en la historia eclesiástica, **Provincia de San José**, compuesta de los conventos que fundó el santo en Extremadura y de los que le cedó la orden franciscana. Fué erigida en el capitulo de 2 de febrero de 1561, celebrado en el Pedroso bajo la presidencia de **San Pedro de Alcántara**, y tomó por sello al santo de su nombre, con el niño Jesús en el brazo izquierdo y en la mano derecha una vara florida, que remata en una paloma.

- »Espejos de la pobreza,
- »Que tanto el Señor amaba.
- »Edificados en yermo,
- »Sin renta, sin pompa vana,
- »Con el rezo y la limosna
- »Por oficio y esperanza,
- »Otras almas no los buscan
- »Que las que huelen á santas.
- »—Yo soy de eso buen testigo
(Dijo el rey), que en la comarca
- »Dichosa, que vió á Tubal,
- »Nuestro padre y primer nauta,
- »Cerca del Sado, á la orilla
- »Del mar, sobre una montaña,
- »Que solo habitaron antes
- »Bestias feroces y águilas,
- »Un eremitorio tengo,
- »Que la Arrabida se llama,
- »Por el modelo fundado
- »De los de Fray Pedro Alcántara.

Los conventos de la provincia eran 40, cuando vivia Fr. Martín de San José, de cuya **Crónica**, impresa en Arévalo en 1645, por Jerónimo Murillo, tomamos estos datos.

Sin contar los que San Pedro de Alcántara habia fundado en la provincia de San Gabriel, que era extremeña toda ella, antes de hacer su tránsito á la Custodia de San José, en ésta hizo los siguientes, contribuyendo por su persona á las obras como peon, aunque era ya Provincial:

El del Palancar, junto al lugar del Pedroso.

El de la Viciosa, término de Deleitosa.

El del Rosario, junto á Oropesa, á orillas del Tietar.

El de San Andrés de Arenas, provincia de Avila, donde murió.

El de Cadahalso, en la Sierra de Gata.

Y el de Paracuellos, en Castilla la Nueva.

(**Crónica citada**, tomo I, libro II, cap. 4.º)

- »—Y mi hermano lo prefiere,
- »Y allí años enteros pasa,
- »Por sus bosques seculares
- »Y su aspereza selvática;
- »Sinaí donde resuena
- »La voz de Jehová mas clara.
- »—Como que vé en la Arrabida
- »Otra hija de sus entrañas,
- »Y trajo de Extremadura
- »Tres frailes para criarla. (1)
- »Así me ha dado mas santos
- »Que toda la Lusitania.
- »En los picos de la sierra,
- »Ceñidos de tosca barda,
- »Las pobres celdas están
- »De esa moderna Tebaida,
- »Esparcidas por el monte,
- »Y á gran trecho separadas,
- »En derredor de una ermita
- »De la Virgen soberana.
- »Peñascos duros las forman,
- »Sin encalado ni traba,
- »Y solo por techo tienen
- »Sarmientos ó secas ramas.
- »La menor es de fray Pedro:

(1) Habia fundado la primera ermita Fr. Martin de Santa María, hijo del conde de Santistéban, en 1540, cediéndole el terreno el duque de Aveiro; pero no progresando bajo su mano, pues un sol fraile que quiso acompañarle abandonó muy pronto tan áspera vida, llamó el duque, en 1542, á nuestro alcantariño, que se llevó á Fr. Juan del Aguila y más tarde otros dos frailes extremeños.

- » No cabe en pié por lo baja,
- » Ni extendido por lo corta,
- » Ni encogido por lo ancha.
- » Toca á media noche un fraile
- » En la ermita la campana,
- » Y salen *los Arrabidos*
- » A maitines hasta el alba.
- » Descalzos van por la nieve,
- » La cabeza destocada,
- » Y es el hábito tan áspero,
- » Que con sogas se lo atan (1).

(1) Esta descripción está copiada al pié de la letra de aquella de sus historias que consagra mayor atención á esta provincia portuguesa de la Arrabida.

«Hicieronse cinco celdas, dice, á donde habian de vivir, asintiendo el Duque á que se fabricasen sin esceder del tamaño que el Santo les tenia dado. Hizo el Duque una cerca, recogiendo de su distrito gran pedazo de la sierra, viniendo á estar dentro la Hermita de Nuestra Señora, repartiendo las celdillas por el monte, apartada la una de la otra un tiro ó dos de piedra. La celda de San Pedro era la menor de todas, pues no cabia en pié por ser muy faja, ni se podia estender echado, porque era mas corta que su cuerpo, fabricada de piedras toscas, una puercecilla de dos tablas sin desbastar; y el sitio donde la fabricó era el mas apartado de la Hermita, y mas retirado de todas las demás.

«Aquí vivian de manera, que se vieron resucitados los ejercicios de la antigua Tebayda y la vida que estableció el gran Antonio en los desiertos de Egipto. El sustento era frutas y legumbres; dormían sobre una gavilla de sarmientos, ó una tabla desnuda. Andaban del todo descalzos, no trayendo sandalias, ni choclos, y guardando estrecha pobreza; no gastaban vino ni carne; los hábitos eran ásperos, estrechos y remendados, gruesa sogá por cordón; y con la capilla algo piramidal, como la usó N. P. S. Francisco, y como la trajeron así al principio, por espacio de diez y siete años todos los religiosos de las primeras provincias descalzas (que fueron la de la Piedad, y la de San Gabriel) y por esto los llamaban Religiosos Capuchos, y con este nombre ahora son conocidos y se llaman

- »De lo demás de su regla
- »No hay, buen hidalgo, palabras
- »Para encarecer lo duro:
- »¡Si él hizo las Ordenanzas!
- »A ejemplo de la Arrabida
- »Ha fundado aquí otras casas;
- »Que ni la vejez le rinde,
- »Ni los trabajos le cansan.
- »—Tampoco en Extremadura
- »Huelga una sola jornada.—
- »Entre Salamanca y Cáceres
- »Hay una sierra muy alta,
- »Que á Portugal y Castilla
- »Sirve á la vez de atalaya.

en Portugal los de esta muy reformada provincia de la Arrabida, y todas las demás que de la seráfica descalcez hay en aquel reino.

«A media noche tocaba la campanilla del e-emitório ó Hermita, uno que se quedaba en ella. Salía primero de su celda ó choza San Pedro de Alcántara, y iba á llamar á la mas cercana; salía el que estaba en ella, y de aqui los dos iban á la segunda, y de allí discurrían por las demás del monte; y así juntos diciendo devotamente el **Miserere**, llegaban á la Hermita donde rezaban los maitines con gran devoción, quedándose en oracion hasta la mañana. A la hora de prima y despues de haberla rezado, decían misa, ayudándose unos á otros, quedando uno por decir la, y se volvían á las celdas ocupándose en orar y contemplar, hasta la ora de tercia, en la cual saliendo el santo de su retiro, llamaba á los demás en la forma que queda dicho. Rezaban el oficio divino, y se decia la misa mayor. Despues de otros devotos ejercicios se retiraban á las celdas, hasta hora de comer, y volvían á las de visperas, observando esto mismo en tiempo de nieves, yelos, aguas ó calores.»

(**Historia y admirable vida del glorioso San Pedro de Alcántara**, dedicada al conde de Oropesa, por Fr. Antonio de Huerta.—Madrid, por la viuda de Diego Diaz de la Carrera, 1669.—En 4.º)

- » Su pico más elevado,
- » Que hasta las nubes se alza,
- » Aun de la morisma impia
- » El recuerdo conservaba;
- » Que jamás hollarlo pudo
- » Ninguna planta cristiana,
- » Hasta una tarde de invierno,
- » Que descalzo, casi á gatas,
- » Cargada una cruz á cuestras,
- » Subió Fray Pedro de Alcántara,
- » Y al dulce nombre de Dios,
- » Allí la dejó clavada.
- » —Decid, ¿dónde está esa sierra,
- (El rey portugués exclama);
- » Que ir quiero yo en romería
- » A adorar esa cruz santa?
- » —Esa sierra está muy lejos:
- » Se llama sierra de Gata;
- » Y allí un pueblo se ha fundado,
- » Que es Santa Cruz de Paniagua (1).

(1) Es tiernísima y por extremo conmovedora la narracion que de estas escenas hacen sus historiadores. Hé aquí la mas breve y menos gongorina que hallamos á la mano: —«Disponia que la jente fuese á modo de procesion, y el glorioso Santo (como imitador de Cristo Nuestro Señor) ponía la cruz sobre sus hombros, y rezando devotísimamente salmos, caminaban hasta llegar al sitio donde se habia de poner. Acababan la funcion con el himno: **Vexilla Regis prodeunt, fulget Crucis mysterium.**—Aquí, hincado de rodillas exortaba á que todos llorasen sus culpas, que tan dolorosos tormentos costaron al Señor de todo lo criado. Deshaciáanse los corazones en lágrimas, pidiendo á Dios misericordia, sacando la Divina Magestad maravillosos frutos de su gloria, y las almas gran utilidad para su salvacion. Eran muy á costa de su cuerpo estas devotas estaciones, que hacia el Santo con el gran peso de la cruz, porque demás de

»—Fray Pedro, tengo de ir
»En vuestra santa compañía...
(Repuso el Rey, revoliéndose
A donde Fray Pedro estaba).
»... Pero... ¿dónde está Fray Pedro?
»¿Ha salido de la cámara?
»—¿Hermano?» (gritó Barrantes).—
Y el Rey:—«Búsquenle mis guardias,»
Y se alborotó el palacio,

estar muy exausto y flaco, y andar siempre cubierto de silicios de hierro, desde los hombros hasta las rodillas, cargaba la cruz sobre la espalda, causándole doloroso tormento; y así con el peso grande, la colision y el movimiento corria la sangre desde los hombros y espaldas hasta los piés.

»El haber de llevar las cruces y fijarlas en lo alto de las sierras y montañas, era el mayor trabajo y mayor admiracion, porque deseando que se pudiesen en tan eminente lugar, para que fuesen vistas de muy lejos, fué necesario hacerlas muy grandes. **En la Sierra de Gata** (que es en Extremadura) fué la primera que se fijó y era tan grande, que de lejos parecia ser de cuartones grandes de madera, la cual cuando el santo la llevó la cargó sobre sus hombros, sin permitir que nadie le ayudase, y caminó con ella con tanto espíritu, que causó admiracion á todo el pueblo, que estaba presente para acompañar la procesion. Salió así del lugar, tomando el camino de la sierra; y habiendo caminado la mayor parte de él (como solia) descalzo, y maltratando los piés con las espinas, pedrezuelas y pedernales, aliviaba esta pena con la tierna y compasiva consideracion de la fatiga lastimosa, con que Cristo Señor Nuestro caminó al Monte Calvario con el pesado leño de la Cruz sobre sus espaldas. Y del cansancio, sudor y llagas abrumadas del peso que le afligia, y atormentaba con dolores intensos, inferia lo mucho que el Señor debió de padecer en aquella penosa jornada.

»Inflamándose mas el espíritu del Santo, encontró nueva traza de seguir á su Maestro, para que le hiciese mas penosa la jornada. Hincóse de rodillas, y así anduvo lo restante del camino, subiéndole las cuestas de la montaña con admiracion de los que le seguian. Este fué uno de los mayores martirios, que en orden á mortificaciones y penitencias hizo en el discurso de su vida, porque como la cruz era tan larga y pesada, iba arastrando el

Sin que nadie le encontrára;
Pero se supo á la tarde
Que en Santo Domingo estaba,
Confesando humildemente
A Fray Luis de Granada
Pecados de vanidad,
que... oyó... su propia alabanza.

pié de ella, y á cada golpe que daba en la tierra, se clavaba de nuevo las puas del silicio que traía. De cuando en cuando mudando la cruz santa de un hombro al otro, igualaba las llagas, y aumentando el tormento, renovaba el dolor. Como la subida desta sierra de Gata es tan fragosa, y está cubierta de gujarros, pedernales y abrojos, fué necesario que las rodillas experimentasen tanto daño como los hombros y espaldas, porque todo el peso de arriba sustentaban sobre sí, y ellas se clavaban en las espinas y piedras, de cuyas llagas dió testimonio la sangre, que dejó en las mismas piedras.

»Seguíale la jente acompañándole con devotas lágrimas de compasion, no bastando sus ruegos, para que el santo permitiese que le aliviase algo el peso. Todos entendieron que era divina asistencia la que tenia en esta funcion, pues al llegar cerca de lo alto, no pudiendo la gente pasar de allí á la eminencia del escollo fragoso, él solo subió con el peso de la cruz, ayudándole invisiblemente los ángeles, pues segun el juicio de todos los que le veian no era posible menos; y así enarbolando la cruz, como si fuera una caña la fijó allí; y habiendo hecho una devota oracion, adorándola profundamente, se volvió con la jente.»

(Huerta, lugar citado, libro I, cap. VII.)

IV.

Cuarta y última parte de este devoto romance, en que se dá noticia del glorioso tránsito de San Pedro de Alcántara.

En el primer tomo de esta obra, en el tomo
segundo y último de esta obra, en el tomo
tercer del glorioso reinado de San Fernando de Alcazar.

— 102 —
«Al noble señor don Pedro
Barrantes y Maldonado,
Regidor perpétuo.»—ALCÁNTARA.

«Es de varones cristianos
Sufrir con ánimo fuerte
Las desdichas y trabajos
Cruz es la vida del hombre,
Que le rinde á cada paso...
En cruz murió por nosotros
El Cordero immaculado.
A vuesa merced envío
Dura cruz, cáliz amargo,
Por estas letras, que borran
Las lágrimas que derramo.
Nuevas son de aquel Fray Pedro,
De vuesa merced hermano,
Que en la órden de San Francisco
Goza ya honores de santo.
De hoy mas, señor, cantarémos
A compás del incensario:
«Por tí de Francisco luce
»El linaje renovado,

»Que su virtud resucita
»En tí el cielo soberano (1).
»No ha muerto, no, nuestro Padre,
«El Serafin no ha volado,
»Que vela en su casa, aquel
»Pedro que siguió sus pasos,
»Sin torcer de su camino,
»por sus pisadas marchando.» (2)
¡Dichoso vuesa merced
Que tuvo tan santo hermano!
¡Madre que parió tal hijo,
Ventre bienaventurado!—
Haciendo vida eremítica
En lugares solitarios,
Bebiendo el agua del cielo,
Comiendo yerbas del campo,
Dar á Dios lo que era suyo
Poco á poco le mirábamos.
En Santa Cruz, el Pedroso,
Y en otros retiros ásperos,

(1) Paráfrasis del himno de visperas, que consagra la Iglesia á San Pedro de Alcántara en su festividad.

Per te in antiquos renovata mores
Clara Francisci soboles nitescit,
Crescit; et virtus rediviva largo
Munere caeli.

(2) Otra paráfrasis del primer responsorio de las Lecciones del primer No turno:—*Mortuus est Pater noster seraphicus, et quasi non est mortuus; similem enim sibi reliquit Petrum post se: quem constituit defensorem domus suæ; hic ambulavit per omnes vias Patri sui, non declinavit ad dexteram, sive ad sinistram.*—Las he tomado del curioso libro *San Pedro de Alcántara defendido contra los opositores de sus glorias*, por Fr. Marcos de Alcalá.—Madrid, 1739 (?) en 8.º

Si no se murió Fray Pedro,
Lo tuvimos por milagro. (1)
Con vénia del Provincial
Vivia tan retirado,
Que sin ver persona humana
Se le pasaban los años.
¡Qué vida, señor, qué vida
La de aquel varon extático!
Mil veces los caminantes
A la alta noche le hallaron,
De rodillas, puesto en cruz,
Tras una peña rezando.
Otras veces, por huir
Del demonio los halagos,
En el agua se metía
Desde medio cuerpo abajo.
¿Cuerpo he dicho? No era cuerpo;
Era un velo, era un sudario
Donde puso Dios su alma,
Cual perfume en frágil vaso.
La vida solo vivía
En los ojos y en los labios,
Para mirar á los cielos,

(1) El convento del Pedroso, que fué el primero que fundó el Santo en el terreno que le cedieron los Chaves en la sierra del Cañaveral, fué tambien, como dice muy oportunamente el cronista antes citado, la zanja de la Reforma, y en sus planos realizó San Pedro el ideal de pobreza que le animaba.
«..... toda ella (la santa casa) con lo grueso de las paredes, medido por la parte de fuera, era de treynta y dos piés de largo, y veynte y ocho de ancho. Dentro de tan pequeño compás auia vna iglesia con su capilla (ya se vé de qué tamaño sería que solo cabia el sacerdote y el acholito que le ayudaua, y si otro alguno entraua, estaban apretados). El claústro constaua

Y decir á Dios—¡*te amo!*
Pero... ¡ay de mí! que los míos
Han de rendirse al engaño,
Si á vuesa merced no cuentan
Lo que es de mi regla escarnio.
Desabridos ciertos frailes,
Que no he de llamar hermanos,
Con la bendita reforma
Que él á los conventos trajo,
De Fray Pedro maldijeron,
De su padre renegaron,
Y... ¡réprobos!... y... ¡Caines!
¡En él pusieron las manos!
¡Día de luto y de afrenta
Para los frailes descalzos!
—«Está loco (murmuraban
Por iglesias y por claustros);
»Está loco, que prohíbe
»Que renta propia tengamos;

de un quadro muy pequeño, de manera que puestos dos religiosos en lo alto, uno á otro se dauan la mano, y á esta medida las demás celdas, refectorio, cocina y oficinas (que tenia todas las que otro cualquier conuento) tal fué el espíritu de la pobreza del Santo, que aun lo dicho le parecia mucho, por el zelo y amor grande de esta altísima virtud, que en él, y en los que le seguian habia puesto el Señor. Dedicóle á la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, de quien como referirnos en su vida era tan devoto, que todas sus ansias fueron servirle y venerarle. Vivian con grandísimo gusto en casa tan reformada (y por mejor dezir sepultura de viuos) doze religiosos.»

(Primera parte de la Historia de los Padres Descalzos franciscos. Maravillosa vida y milagros de nuestro B. padre fray Pedro de Alcántara y de los religiosos insignes en virtudes y santidad que ha producido la Reforma que el mismo Santo fundó, por fray Martin de San Joseph.—Arévalo, 1647, en folio. Tomo I, lib. I, cap. XV.)

»En los desiertos nos tiene,
»De hambre y tedio extenuados,
»Y rezar nos hace al día
»Más que otros rezan al año.
»¡Matémosle, si, matemos
»A ese fraile temerario!»—
Ni su enfermiza persona,
Ni su carácter sagrado,
Parte fueron á impedir
Que algunos.... con sendos palos...
Pero ¡Dios mio!... ¿qué digo?
Perdonadlos, perdonadlos (1).

(1) Porque no se crea exageración del autor, ó se eche á mala parte este episodio, copiaré aquí á uno de los mas graves historiadores de suceso tan escandaloso:

»Rugiase ya por aquellos contrarios á beneficio de los que al parecer no tienen mas oficio que echar voces y cartas falsas, que fray Pedro de Alcántara andaba vagueando de unas partes en otras; y esta calumnia no tenia mas fundamento, que el preciso tránsito que hizo de la Hermita de Santa Cruz al Pedroso.

»Decian que era inventor de supersticiosas novedades, que la licencia para fundar era fingida, y nada mas que una supuesta voz que esparcia para asegurar en su partido á los frailes que inquietaba, trayéndolos y llevándolos en realidad fuera de la Orden y viviendo á su libertad sin religion, sin casura y sin obediencia.

»En dias tan maliciosos, que tam'ien los dias tienen su malicia, en tan menguada hora y ocasion tan importuna llegó el Santo mendigo á la puerta de un convento de Plasencia á pedir su bendita limosna. Salió el Portero, y debió de conocer quién era el pobre que la pedia, porque se la dió mas á medida de su deseo de padecer, que de su necesidad. Dijo que entrase, disimulando su mal ánimo en traje de cariño. Ya que le vió dentro, cerró la puerta, y dejándole entre ella cogido, fué á dar aviso al Prelado, de quien tendria órden, para lograr, si á las manos se le venia, este lance. Bajó el Prelado, convocáronse los demás religiosos y todos congregados á Cabildo en el claustro le llamaron á juicio. Comenzó por baldones el interrogatorio, y fué condenado antes que oido: dándole una fraterna asperosísima el

Tamañas contradicciones
Nunca su celo entibiaron;
Que achacoso, agonizante,
Proseguia su trabajo,
Visitando los conventos,
Corrigiendo y reformando.
Sor Teresa de Jesús
Dos veces le vió á su lado,
En Avila y en Toledo,

Prelado, y alternando todos, que era reo por revolver de conventos y causador de alborotos.

» Pidieronle las Letras que llevaba: y Pedro, que no las traía consigo; y aunque las trajera no tenía obligación de presentarlas, respondió con humildad y mesura, que no las traía. De esta mansa y verdadera respuesta, como si fuera muy atroz y grave culpa, tomaron motivo para ultrajarle indignamente de palabra y de obra, tirándole del manto con furiosa cólera, y haciéndole muy de veras otras burlas con tan pesadas bocas como manos. Pedro, sin mover las suyas, ni decir una palabra en su abono, se estaba en medio de todos, sufriendo quanto permitió el Señor, para probar su fortaleza, y añadir preciosidades á su corona. Entrando despues en junta, salió de ella que fuese preso y castigado como apóstata; y para intimarle, renovaron las injurias, diciéndole que aquel hábito no era de San Francisco sino un costal ó saco remendado y ridiculo, ni él hijo del Santo ni de su Religion Seraphica, sino deshonor y afrenta suya; y así, que se despojase para absolverle de las censuras en que estaba incurso, á que les movia la pura caridad, para que no diese en el abismo de su perdicion.

» A ninguna de sus personales injurias respondió Pedro; pero cuando oyó decir que no era hijo de San Francisco, ni aquel su hábito, respondió como su maestro Cristo, que habiendo llamado á las muchas y graves acusaciones y á las impertinentes preguntas del Pontífice, habló para volver por la honra de su Eterno Padre. Arrodillóse obediente al precepto de despojarse. Quitóse la cuerda, y despojándose, dijo: — **Este hábito, padres mios, que yo de él indigno traygo, es el hábito de mi padre San Francisco, y el que traen sus hijos verdaderos.** — Decir esto, y echárselo sobre los hombros, todo fué uno: porque tal cual era, no tenía mas que aquel solo, sin otra ropa ni inte-

Anunciándole los astros (1);
Y sin su eficaz ayuda,
Aquella agitada nao
Del reformado Carmelo
Sufrido hubiera naufragio.
Tal como padre amoroso
Que á un tiempo escucha el reclamo
De todos sus pequeñuelos,
Y á todos tiende sus brazos,
No olvidaba nuestro padre
Que en el reino valenciano

rrior abrigo; y no tardó mas en volver por el crédito de su hábito que en echar ropa fuera y quedar desnudo. Postróse ofreciendo **las espaldas descubiertas á los azotes capitulares**. Apenas vieron su cuerpo desnudo, cuando se quedaron todos temblando; porque de la cintura á los hombros, le cubria un horrible silicio de rallo, que teniendo por muchas partes la poca carne ulcerada y carcomida, le penetraba hasta los huesos; y las que no heria el hierro, estaban tan lastimadas de los azotes, que cuidaba de darse, que no habia en todo él parte sana sobre que cayese la disciplina. Al ver aquel santo esqueleto, armado solo de huesos, piel y llagas, aquel espectáculo sangriento, livido y lastimoso; llenos de horror, de asombro, de confusion, de vergüenza y tambien de lástima, cubriéndose los ojos con las manos, y sin tener aliento para contemplar aquel **ecce-homo**, se fueron saliendo todos del claustro, como los acusadores de la adúltera, uno despues de otro.»

(Vida admirable del **Phenix Seraphico** y redivivo **Francisco San Pedro de Alcántara**, obra póstuma de fray Diego de Madrid.—Madrid 1736, en cuarto.—Tomo II, lib. IV, capítulo V.)

(1) Cuentan sus historiadores que cuando entró en Avila en busca de Santa Teresa, apareció un luminar, que no dejó de verse un solo dia mientras estuvo el Santo en aquella poblacion.—Sus trabajos en pró de la reforma del Carmen constituyen una de las mas bellas páginas de su admirable vida, y pueden verse por estenso en la que escribió Fr. Diego de Madrid. El agradecimiento de Santa Teresa lo grabó tambien ésta con caracteres de fuego en sus obras inmortales.

De moriscos y judíos
Honda raiz ha quedado,
Y allá sus frailes mejores
Mandó tambien, que fundaron
La provincia de San Juan,
Su planta en Elche asentando.
Por los siglos de los siglos,
Desde el Oriente al ocaso,
La semilla que él sembraba
Llenará el cielo de grano (1).

(1) Es verdaderamente admirable el fruto de San Pedro de Alcántara. Hizose de él en el siglo pasado un curioso árbol genealógico para la portería del convento de San Gil de Madrid, que puso fray Márcos de Alcalá en la portada de su **Crónica de la provincia de San José** 1726.— Dos tomos en folio) y que debía de ser obra suya, pues la defendió valerosamente contra sus infinitos impugnadores. Aunque publicamos en el **Catálogo de los libros que tratan de Extremadura**, un breve extracto de esta rara genealogía, aquí tiene indudablemente su lugar mas oportuno.

Sale el tronco del pecho de San Francisco de Asís, y pasando por el de San Pedro de Alcántara, que tiene á Nuestro Señor Jesucristo á la mano derecha, eleva su follaje en la forma siguiente:

Tronco.

Provincia de **San José**, en Extremadura; de **San Juan Bautista**, en Valencia; de **San Gregorio**, en Filipinas; de **San Pablo**, en Castilla la Vieja; de **San Diego**, de Méjico; de **San Dionisio**, en Aquitania; de **San Pedro de Alcántara**, en Nápoles, y de la **Madre de Dios**, en la India Oriental.

(Aquí el tronco se remata en unas palmas, que sirven de dosel á la Virgen Santísima, rodeada de dos interminables hileras de frailes de San Francisco, crucificados.— Las dos primeras ramas laterales solo contienen los medallones del mártir **San Juan de Prado** y del confesor **San Pascual Baylon**.)

Primera rama de la derecha, que brota de la misma cabeza del Santo de Alcántara.

Provincia de **San Gabriel**, en Extremadura; de **San Diego**, de Sevilla; de **San Juan de Prado**, mártir; provincia de **San**

Ya andaba en un jumentillo,
De puro rendido y flaco,
Y siempre al hablar decía:
«—Me acabo, hermanos, me acabo.»—
Era verdad; que viniendo
Amoroso á visitarnos
A este convento de Arenas,
Crecieron sus males tanto,
Que en Oropesa, el buen conde
Se le llevó á su palacio,
Por arrancarle á la muerte
Con amorosos regalos.
Allí estuvo pocos días;
Que al ver su fin más cercano,
Morir quiso entre sus hijos,
Y al convento nos le trajo.

Francisco, de Zacatecas; de **Santa Elena**, de la Florida; de **Santiago**, de Jalisco; de **San Jorje**, de Nicaragua; del **Dulce nombre de Jesús**, en Guatemala; de **San José**, de Yucatan; de **San Pedro y San Pablo**, de Mechoacan, y del **Santo Evangelio**, en Méjico.

Remontando el tronco (siempre á la mano derecha del Santo.)

De la provincia de **San Juan Bautista** (Valencia) sale la de **San Pedro de Alcántara**, en Granada.—De la provincia filipina de **San Gregorio**, el convento de **Meaco** (¿Macao?), el de **Ficam** (sic), el de la ciudad de **Yendo** (¿Yedo ó Jedo?), el de los reinos del **Quanto** (sic—Canton?) el de **Bocayama** (¿Yokohama?), el de **Osaca** y el de **Nangasaqui**.

(Aqui, como se vé, anda la China confundida con el Japon.)

A la mano izquierda: rama primera que sale de la cabeza del Santo.

Provincia de la **Arrabida**, en Portugal; **Reforma del Carmelo**; **Descalzas Reales de Madrid**, y provincias **Descalzas** de Portugal.

¿Diré yo á vuesa merced
El estado en que le hallamos,
El dolor de los vecinos,
Y de los frailes el llanto? —
Despoblada la comarca,
Por las calles y los campos
Sólo oraciones se oían,
Su vida á Dios demandando
Cuando acostarse le vimos,
Al Señor le encomendamos,
Que fué la primera vez
Que le vimos acostado.
El doctor nos afligia,
Dándonos muy corto plazo
Y él dudaba muchas veces

Rama segunda, que sale en parte de la provincia de San José y se enlaza con la anterior.

Convento de **San Diego de Sevilla**; convento y hospital de **Marruecos**; convento de **San Isidoro de Roma**; convento de **San Pascual Baylon**, en Roma; convento de la **Madona del Miráculo**, en Roma; custodia del **Maluco**; custodia de **Extremadura**, y custodia de **San Simon y Judas**.

De la provincia valenciana de **San Juan Bautista** sale **San Pascual Baylon**.—De la filipina de **San Gregorio**, la custodia de **Malaca**.—De **San Dionisio**, de **Aquitania**, los dos conventos de **Recoletos** y **Recoletas** de Francia,—y por último, de la provincia napolitana de **San Pedro de Alcántara**, el convento del **Galvario en Génova**, las provincias reformadas de **Italia**, y el famoso convento de **Santa Lucía del Monte**.

Dá mayor importancia á este árbol genealógico la fecha en que se publicó, pues pasada ya, como iba, la moda de las fundaciones religiosas, ofrece hoy en cuadro casi completo los frutos de la fecunda semilla del santo alcantarino. Contiene algunas inexactitudes, hijas del exagerado celo del autor, que ocasionaron interminables polémicas.

No mas que por consolarnos;
Pues al confesar conmigo,
Los frailes viendo apartados,
Me dijo con gran secreto:
—«A la madrugada acabo:
»Procure que no lo sepan
»Mis pobrecitos hermanos.»—
Vino el cura de la villa
Con Jesus sacramentado,
En gran procesion de nobles
Y de mujeres llorando;
Y pese á nuestros esfuerzos,
Tembloroso, pero rápido,
Se levanta á recibirle
Abiertos entrambos brazos.
¡Grabado está en mi memoria
Aquel rostro sobrehumano,
Trasparente de alegría
Cuando recibió el Viático!
El ayudaba á los rezos,
El repetía los salmos,
Abrazado á un Crucifijo,
Sobre el lecho arrodillado.—
Llégase un fraile á cubrirle;
Todos de frio temblábamos;
Y él le responde:

—«Hijo, déjame,

»*Que aun se resiente este barro.*»
Vuelto despues hácia mi,
Siempre con los ojos bajos,
Me dice:

—«Padre guardian,

»*Por amor de Dios, un hábito*

»Deme peor que este mio
»Para ser amortajado.»
Y aqui nos vimos los frailes
En un terrible embarazo;
Que no habia en el convento
Otro mas estropeado.

.
Luégo, alzando la cabeza,
Cuando solos nos quedamos,
Cayeron estas palabras
De sus moribundos lábios:

—«Hijos, la santa pobreza
»Es mi postrimer encargo;
»La pobreza nos dejó
»El Señor por mayorazgo,
»Muriendo en desnudo leño,
»Como nació en pobre establo.
»Sed peregrinos del mundo,
»Como siempre os he enseñado;
»Que la oracion, hijos, sea
»Vuestro ejercicio ordinario...
»Amad á Dios sobre todo,
»Y... unos á otros... ¡jamáos!»

.
A la madrugada dijo:

—«Doctor, ¿cuándo caminamos?»

El le respondió:—

—«Muy presto,

»Padre.»

—«*Lætatus, lætatus,*

»*Sum in his quæ dicta sunt...*» (1)

(1) Todas estas palabras del moribundo las ha conservado Santa Teresa.

Antes que acabase el salmo,
Como estaba.... de rodillas,
Mal cubierto por el hábito,
Sobre la paja del lecho,
Con la cruz entre las manos,
Lleno el venerable rostro
De resplandecientes rayos,
Cual pavesa consumida....
»Cayó muerto en nuestros brazos.»

.
La descalcez pierde un padre,
Vuesa merced un hermano....
Vuesa merced se consuele,
Como los frailes descalzos,
Que le hemos de ver un día
En los altares por santo.—
Ataja el dolor la pluma...
No puedo más....

Su criado

EL PADRE GUARDIAN DE ARENAS,
Que besa humilde sus manos. •

Antes que acabase el salmo.
Como estaba... de rodillas.
Mal cubierto por el hábito.
Sobre la piel del techo.
Con la cruz entre las manos.
Llamo el venerable rostro
de resplandecientes rayos.
Cual pavesa consumida.
Cayo muerto en aquellos brazos.

La descalcez pierde un padre.
Vuesa merced un hermano.
Vuesa merced se consuela.
Como los frailes descalzos.
Que le reinos de ver en día.
En los ritos con gusto.
Atiza el dolor la gloria.
No puedo más...

su cristo.
En haber carnal de Araya.
Que han perdido sus ignora.

INDICE.

DEDICATORIA.	
Prólogo.	VII.

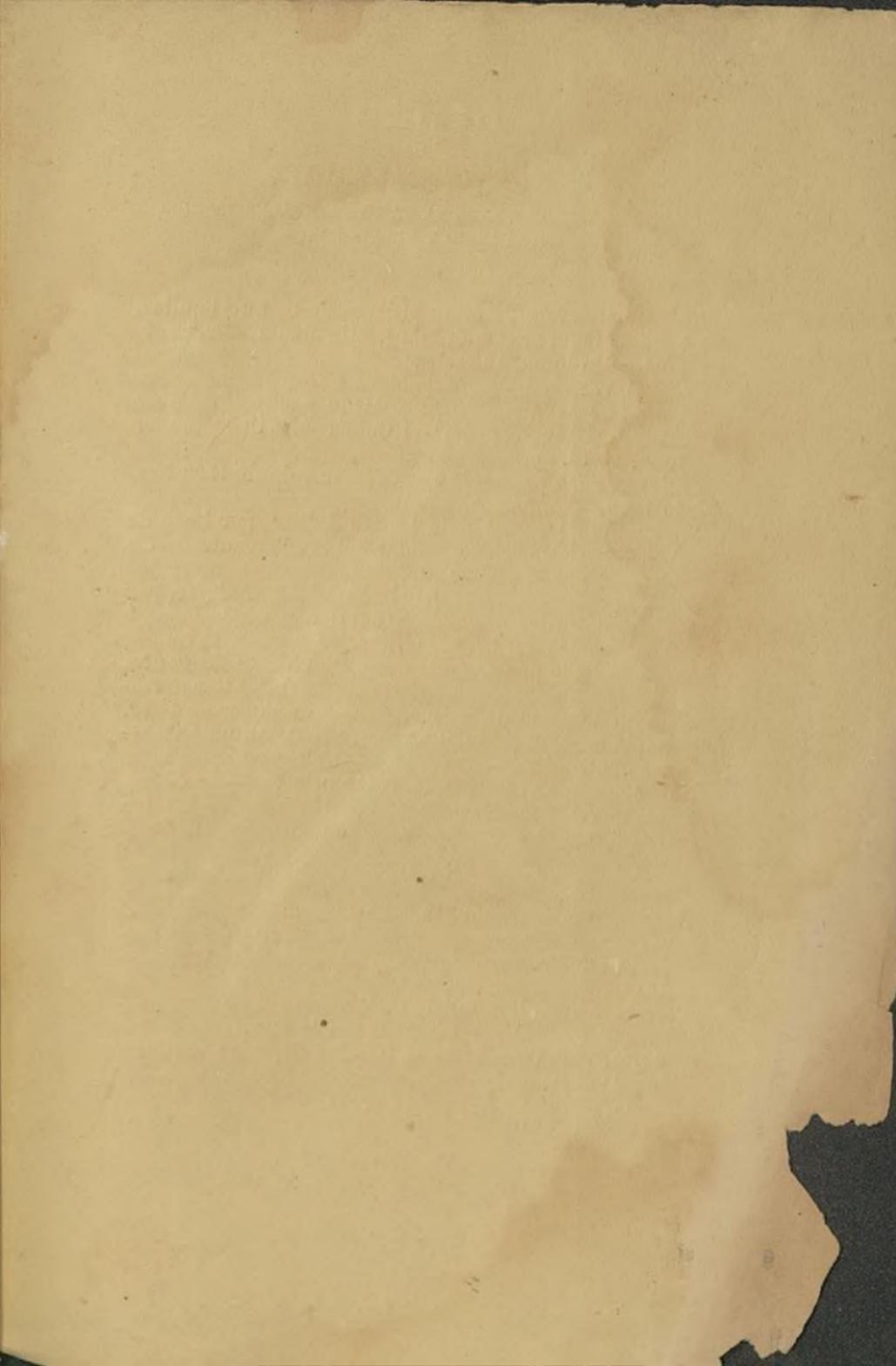
LA SERRANA DE LA VERA.

I.—Precedentes históricos y poéticos. . . .	1
II.—Romancero de la Serrana.	11
III.—De cómo aquella hermosa mujer no fué solo en amores desdichada.	19
IV.— <i>La Serrana de la Vera</i> , comedia de Lope de Vega.	31
V.— <i>La Serrana de la Vera</i> , comedia inédita de Velez de Guevara. . . ,	67

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

I.—Dáse cuenta en esta primera parte de un extraño suceso que aconteció en una alegre boda. (<i>Aquí comienza el devoto romance en que se refiere la vida y virtu- des del extático varon San Pedro de Al- cántara, reformador y maestro de la ór- den de San Francisco en Extremadura.</i>)	101
--	-----

II.—Segunda parte, en que se refiere la sencilla historia de un convento de franciscanos, hoy convertido en polvorin por las mudanzas del tiempo.	113
III.—De la entretenida plática que pasaron con el rey de Portugal, fray Pedro de Alcántara y el famoso historiador Pedro Barrantes.	133
IV.—Cuarta y última parte de este devoto romance, en que se dá noticia del glorioso tránsito de San Pedro de Alcántara.	161



OBRAS

DE

D. VICENTE BARRANTES,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS
DE MADRID Y PROVINCIAS.

Baladas españolas, con un prólogo de D. Luis Eguilaz, y un artículo crítico de D. Agustín Bonat.—2.^a edición.—Un tomo, 10 rs.

Catálogo razonado y crítico de los libros históricos que tratan de Extremadura, premiado por la *Biblioteca Nacional* é impreso por el Gobierno.—Un tomo en fólío, 24 rs.

La instrucción primaria en Filipinas, desde 1596 hasta 1868.—Un tomito, 5 rs.

Soliloquios amorosos de un alma á Dios, por Lope de Vega, con un prólogo y notas del Sr. Barrantes.—Un tomo de gran lujo, 40 rs.

Discursos patrios de la Real ciudad de Badajoz, por Rodrigo Dosma Delgado (1601), con un prólogo é ilustraciones del Sr. Barrantes.—Un tomo, 14 rs.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes ante la Real Academia de la Historia, al tomar posesion de plaza de número, en 14 de Enero de 1872, con la contestacion del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—2.^a edición.—Una peseta.

NARRACIONES EXTREMEÑAS.—Parte primera—*La Serrana de la Vera*.—*San Pedro de Alcántara*.—Un tomo, 8 rs.

EN PRENSA.

NARRACIONES EXTREMEÑAS.—Parte segunda.—*La Imprenta en Extremadura*.—*La Asociacion de Cáceres*, periódico manuscrito.—*Comedias resucitadas*.—Un tomo.

Tercera y magnífica edicion del *Discurso en la Academia de la Historia*, costeadá por la provincia de Badajoz, por acuerdo de su Diputacion, para regalar á los Ayuntamientos, Corporaciones, etc., etc.—Un tomo.—No se pondrá á la venta.